MAIA **DEBOWICZ**



por más escondida que esté

lcrj



Por más escondida que esté

MAIA **DEBOWICZ**

Por más escondida que esté

Índice de contenido

1. PARTE I. La promesa del tiburón
    1. Día 1
    2. Día 2
    3. Día 3
    4. Día 4
2. PARTE II. El aliento de la ballena
    1. Día 4 (por la tarde)
    2. Día 5
    3. Día 6
3. Agradecimientos

1. 11
2. 13
3. 15
4. 16
5. 17

6. 18
7. 19
8. 20
9. 21
10. 22
11. 23
12. 24
13. 25
14. 26
15. 27
16. 28
17. 29
18. 30
19. 31
20. 32
21. 33
22. 34
23. 35
24. 36
25. 37

26. 38
27. 39
28. 40
29. 41
30. 42
31. 43
32. 44
33. 45
34. 46
35. 47
36. 48
37. 49
38. 51
39. 53
40. 54
41. 55
42. 56
43. 57
44. 58
45. 59

46. 60
47. 61
48. 62
49. 63
50. 64
51. 65
52. 66
53. 67
54. 68
55. 69
56. 70
57. 71
58. 72
59. 73
60. 74
61. 75
62. 76
63. 77
64. 78
65. 79

66. 80
67. 81
68. 82
69. 83
70. 84
71. 85
72. 86
73. 87
74. 88
75. 89
76. 90
77. 91
78. 92
79. 93
80. 94
81. 95
82. 96
83. 97
84. 98
85. 99

86. 100
87. 101
88. 102
89. 103
90. 104
91. 105
92. 106
93. 107
94. 108
95. 109
96. 110
97. 111
98. 112
99. 113
100. 114
101. 115
102. 116
103. 117
104. 118
105. 119

106. 120
107. 121
108. 122
109. 123
110. 124
111. 125
112. 127
113. 128
114. 129
115. 130
116. 131
117. 132
118. 133
119. 134
120. 135
121. 136
122. 137
123. 138
124. 139
125. 140

126. 141
127. 142
128. 143
129. 144
130. 145
131. 146
132. 147
133. 148
134. 151
135. 153
136. 154
137. 155
138. 156
139. 157
140. 158
141. 159
142. 160
143. 161
144. 162
145. 163

146. 164
147. 165
148. 166
149. 167
150. 168
151. 169
152. 171
153. 173
154. 174
155. 175
156. 176
157. 177
158. 178
159. 179
160. 180
161. 181
162. 182
163. 183
164. 184
165. 185

166. 186
167. 187
168. 188
169. 189
170. 190
171. 191
172. 192
173. 193
174. 194
175. 195
176. 196
177. 197
178. 198
179. 199
180. 200
181. 201
182. 202
183. 203
184. 204
185. 205

186. 206
187. 207
188. 209
189. 211
190. 212
191. 213
192. 214
193. 215
194. 216
195. 217
196. 218
197. 219
198. 220
199. 221
200. 222
201. 223
202. 224
203. 225
204. 226
205. 227

206. 228
207. 229
208. 230
209. 231
210. 232
211. 233
212. 234
213. 235
214. 236
215. 237
216. 238
217. 239
218. 240
219. 241
220. 242
221. 243
222. 244
223. 245
224. 246
225. 247

226. 248

227. 249

228. 250

229. 251

230. 253

231. 254

Puntos de referencia

1. Portada
2. Portadilla
3. Legales
4. Tabla de contenidos

Página de legales
Página de legales

Debowicz, Maia
Por más escondida que esté / Maia Debowicz. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : La Crujía, 2025.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-601-390-1

1. Narrativa Argentina. 2. Literatura. I. Título.
CDD A860

1.ª edición en Argentina: noviembre de 2025

Todos los derechos reservados

© 2025 Maia Debowicz
© 2025 Cecilia Fanti, por el epílogo
© 2025 Leonardo Oyola, por el epílogo
© 2025 La Crujía, de todas las ediciones
Viamonte 1984 –C1056ABD Ciudad Autónoma de Buenos Aires– Argentina
Tel.: (+54 9 11) 4170-4232 | ventas@lacrujia.com.ar | www.lacrujia.com.ar

Diseño de tapa: Departamento de Arte de La Crujía
Fotografía de la autora: © Sebastián Freire
Imagen de cubierta: © Allexxandar/alla_lebedeva88/Shutterstock.com
Imagen de cortesía: © Maia Debowicz

1.ª edición digital: noviembre de 2025
Versión: 1.0
Digitalización: Proyecto 451

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, la transformación, el alquiler, la distribución, la difusión, la venta, la cesión, la transferencia o la entrega de toda

o parte de esta obra en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopias, digitalización u otros), sin el permiso previo y por escrito del editor. Tampoco se podrán crear obras derivadas de esta obra, ni realizar cualquier acto que viole los derechos de autor de la misma. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual y está penada por las leyes 11.723 y 25.446, y los Tratados Internacionales ratificados por la República Argentina.

Hecho el depósito que previene la Ley 11.723

A mi enfermera Elsa,
que me cuidó con brutalidad y amor.

Alterar el cuerpo, altera la realidad.
DAVID CRONENBERG

PARTE I
La promesa del tiburón

Día 1

La uña del dedo anular de mi mano derecha comenzó a despegarse. Una mancha había aparecido días atrás, una sombra amarillenta. Tenía la deformidad del espíritu que pinta su silueta en la pared.

Las uñas no tienen terminaciones nerviosas, son anejos cutáneos formados por células muertas. Sin embargo, hay dolor.

Mi pantalón y bombacha están empapados, un hilo rojo asoma por uno de mis tobillos. No encuentro posición en la silla, me dejo caer al piso helado, los músculos me pesan. Sostengo las rodillas con mis manos, me hago un bicho bolita para contener la sangre. En las últimas horas perdí mucha, no por un corte o un golpe contundente. De adentro de mí salen bolas gigantes de sangre, gelatinosas, brillantes, escurridizas, perfectas en su anomalía. Mi vagina expulsa medusas que impactan contra el agua del inodoro, otras se agarran al piso de azulejos del baño. Salen cada vez más grandes, una después de otra, crecen fuera del cuerpo. No son transparentes como las que veía de chica enterradas en la arena, pero tienen esos mismos tentáculos que parecen raíces. Si toco las extremidades de células urticantes van a picarme. Pienso en mi útero como una plantación de medusas, el órgano colmado de estas criaturas marinas que saco tras la fuerte contracción. Trepan el sanitario y resbalan por la base de porcelana, un tobogán pincelado de sangre. El inodoro desborda de ese líquido rojo, el baño se inunda. ¿Será así como muere una persona? Las criaturas marinas convierten mi casa en su propio hábitat, nadan de la bacha a la cortina y se deslizan para caer de bomba a la bañera vacía. Después vuelven a subir por el plástico flameante, se ordenan en fila respetando los turnos.

Mi abdomen hinchado, la imagen de un pez globo, parezco una embarazada de seis meses. La panza de otra. El tatuaje de la sirena, ubicado debajo del ombligo, se estira hasta volverse un garabato abstracto, una sombra de lo que fue alguna vez. Pierdo la cuenta de cuántas medusas salieron de mí, son tantas que mis pies se apoyan sobre ellas, cubren el piso como una alfombra. Hacen un ruido acuoso cuando mis dedos se hunden en sus campanas con forma de sombrilla. Intento retener a estos monstruos, controlar el espasmo, pero pierdo una batalla tras otra. Gozan de una fuerza que yo desconocía. Un impulso para escapar de mí. Las medusas pueden evaporarse si se exponen al sol. Son noventa y cinco por ciento agua, solo sobrevive un cinco por ciento de su organismo. Miro por

la pequeña ventana, afuera es de noche. Adentro también. Ellas estaban a salvo y habían decidido vivir.

Cuando salen, el abdomen se desinfla, el tatuaje recupera su figuración, una sirena aparece. Entonces llega el alivio. El fin de la pesadilla. De repente otra contracción, el abdomen vuelve a expandirse. Estos animales invertebrados no tienen sangre en su interior, pero ahora llevan la mía. Llenan su campana muscular de mi propia sangre y la lanzan a chorros para propulsarse hacia adelante, jugar carreras en el baño.

¿Qué era eso que guardaba? ¿Cuándo se metió? Las medusas me arrastran a la muerte con la furia de una corriente de río.

No sé si pasaron veinte minutos o diez horas. Miro para arriba, el techo se puso rojo, ¿es el techo o el piso se dio vuelta? Algo frío me toca la frente. Una gotera de sangre pinta puntos en mi piel. La sangre no es siempre roja, esta es de color más oscuro. Atrapo las medusas, las aprieto fuerte entre las manos y explotan como Bombuchas. Sobre mi palma quedan los tejidos, pequeños grumos de una cosa que perdió su forma. Las achico con apuro porque las medusas podrían fundirse, formar un solo cuerpo de mayor tamaño que el mío, un cuerpo gigantesco que logre aplastarme.

Así debe ser parir. Hay un desprendimiento, algo sale del cuerpo y no soy yo. ¿Quién soy yo? En las salas de parto no hay espejos porque no hay manera de reconocerse. Dejás de ser vos. Parir. Es una separación, algo se parte para siempre. Se va y no regresa. Las medusas no tienen ojos, pero reconozco mis brazos en ellas. Igualitas a mí. Dos gotas de agua. Heredarán un cutis grasoso y una cabellera prominente difícil de domar.

Un hijo está hecho a partir de una célula, pero es otro individuo. No me pertenece, sin embargo, lo siento mío. Más mío que mis piernas, mi cuello, mi nariz. Tal vez sea el único parto que experimente, el último que yo pueda gestar.

Sin hacer fuerza sale otra medusa, más ancha que las demás. Es hermosa, bajo los fluidos de mi cuerpo que la abrigan como ropa brilla con la violencia de un diamante. La acaricio antes de que se deshaga y de ella no quede nada. Quiero memorizar cada irregularidad de su rostro, su olor, cómo siento al tacto su piel esquiva, cuánto pesa, de qué manera me mira. Podrá escapar de mi útero, pero no de mi memoria. Escaneo su cuerpo, de arriba para abajo, de izquierda a derecha, repaso zonas borrosas, completo la figura. Pienso un nombre adecuado, tiene cara de flor. Azucena. Mi azucena. En unos años la anotaría en la escuela, turno tarde, ninguna niña quiere madrugar. Le compraría vestidos marineros, en las piernas le pondría medias can can de lana para que no pesque un resfriado. Antes de dormir le leería un cuento, cada noche practicaría una voz distinta, actuaría algunas escenas hasta que Azucena ya no se resista al sueño. Me quedaría un rato estudiando la belleza de su calma. Cada tanto pondría el dedo índice debajo de su nariz para confirmar que respira.

Si no la mato, puedo morir asfixiada por sus tentáculos. Es ella o yo. Azucena no es como las otras medusas, me niego a apretarla fuerte entre las manos, para evitar que crezca. ¿Y si me quedo con ella? La guardo en un cajón de la mesa de luz. O dentro de un libro, la dejo secar como un clavel. Un clavel del mar.

Un parto es un pacto y Azucena decidió romperlo. Se derritió con la velocidad de un helado, sus partes cayeron sobre el empeine de mis pies. Me quedo sola. Vacía de vida.

Así debe ser parir. Mi cuerpo enloqueció. Me estaba desangrando.

***

No recuerdo cómo llegué al sanatorio. Tampoco puedo describir el espacio, el piso está frío como el agua de Mar del Plata en julio. Tiemblo y temblar está prohibido, si me muevo volverán las

contracciones. Veo zapatillas ir y venir. Naranjas, azules, una del color de la nostalgia. Verde botella. Mi punto de vista no me permite observar rostros, apenas un caminar. Escucho los pasos en sus diferentes ritmos, ligeros, torpes, otros suenan pesados. Cargan la responsabilidad de salvar una vida o la preocupación de perder la propia. Personas con guardapolvo blanco pasan de un lado a otro, atraviesan el perímetro del lugar como veleros, cada uno deja su olor que dura el tiempo de un calambre. Sus perfumes me envuelven y me sueltan. Ningún aroma es feo, pero no los reconozco.

Se oyen unos tacos, bajito, están lejos, pero me concentro para comprender ese sonido seco, terminante. Imagino el color de los zapatos, la piel que llevan, el tamaño. Deben ser borravino, de pana, la punta de metal, la suela algo gastada. Cada vez me cuesta más oírlos, los zapatos se distancian de mí, se van a algún lado, yo no los abandono, me resisto, desaparecen. Ahora escucho una voz que se derrite, recita apellidos. López; Alfano; Grosman. Grosman lo repite tres veces. La identidad de personas que quedaron atrapadas o perdidas. Son buscadas como un pasajero cuando un avión está por despegar.

Cierro los ojos, hago fuerza para quedarme dormida, olvidar donde estoy. Dejo caer los párpados e inmediatamente los levanto, una medusa presiona para salir. La retengo unos minutos, o tal vez segundos, el tiempo ya no me pertenece. ¿Y si inundo el sanatorio de medusas? Aguanto la respiración y hago unos leves movimientos pélvicos que desconozco donde los aprendí. Meto la panza para adentro, limito el espacio en el que nadan. Tal vez si achico mi útero las criaturas no crezcan tanto. Ensayo una inspiración profunda, y empujo y contraigo, empujo y contraigo, largo las medusas en partes. Las voy rebanando como si en el cuello del útero hubiera una cuchilla que corta vegetales en cubitos. Siento los fragmentos de monstruo deslizarse por el muslo, lo hacen lento, suave, hasta quedar frenados por el volumen de la rodilla. Un paredón. Cuando me levante del piso, caerán todas juntas en forma de cascada, mientras tanto las escondo dentro del pantalón.

Siento un calor en la pantorrilla, es la mano de mi marido, Ciro. La reconozco porque es peluda como las patas de una araña

acuática. *Ahora te van a venir a buscar*, me dice. La forma en la que me mira no es la de siempre. Ya no soy una persona, soy un cuerpo herido. El hilo rojo que asomaba por mi tobillo gana caudal, el líquido fluye, una laguna se forma alrededor de mis piernas, avanza por el *hall* del sanatorio. Tres pares de zapatillas oscuras se acercan a toda velocidad, estaban tan lejos y de repente puedo medir la longitud de los cordones que terminan en moño.

Limpieza en el pasillo 4, escucho por el altoparlante. Por un momento me traslado a un supermercado lleno de un domingo a la mañana. Los paquetes de arroz ordenados por marca, los viejitos acercándose a leer los precios en busca de la mejor oferta, los matrimonios discutiendo en la fila para pagar, los curiosos que espían el carro ajeno, un par de niños empacándose en la góndola de chocolates, pataleando para que sus padres aprueben la compra de una caja de alfajores. Una orden me trae de vuelta. *No te duermas, por favor, linda*, escucho distorsionado. Lo primero que me pregunta un médico, antes de mi nombre, antes que nada, es si estoy embarazada. Pienso que si un cachalote hablara tendría esa voz. *No*, susurro.

Nunca hay que descartarlo, podrías estar teniendo un aborto espontáneo, pronuncia con apuro otro médico, de voz femenina y carrasposa. Sé que eso es imposible por el mioma que ocupa mi útero, pero decido no discutir. Enmudezco y me entrego a ellos. Los médicos se retiran caminando de costado. Son cangrejos, sus tenazas marcan el recorrido con un sonido hueco, llevan zapatos de tap.

***

Mi apellido no es pronunciado como el de los demás. *Por aquí, síganme*, dice uno de los médicos. Escucho la voz de una señora que

se queja porque ella espera hace horas para ser atendida. Por primera vez, prefiero no ser prioridad, porque sé qué significa eso. Las puertas se abren aunque no sean automáticas. Alguien lo hace por mí, pero no logro enfocar la mirada. Avanzo zigzagueante, quiero aclarar que no estoy ebria aunque las piernas se enreden, pero mi boca está pastosa. Me hacen entrar sin preámbulos a un consultorio del área de ginecología. Bajo el marco de la puerta freno los pasos y entrecruzo los dedos de la mano con los de Ciro para impedir que lo separen de mí. *Está muy asustada, me gustaría entrar con ella*, dice Ciro con una amabilidad extorsiva. A regañadientes aceptan. Las dos médicas son mujeres. Qué alivio. Me trepo a la camilla y ahí me quedo, tendida como una abeja sin aguijón que es consciente de que le queda poco tiempo.

Las palabras dentro de mí van desapareciendo de a poco. Se agotan, mi lenguaje es un estanque seco. Comienzo a comunicarme con gestos tenues, me ayudo con las manos, señalo con el dedo índice el bajo vientre. No me entienden, o eso dicen. Ahora soy una existencia primitiva. Le pido a Ciro que responda por mí. *Está con una hemorragia muy importante*, les explica. *Vamos a revisarla ya mismo*, dice la más menudita. No me dicen sus nombres, podrían llevar el mismo porque funcionan como unidad. Un monstruo de dos cabezas. Entonan las frases a dúo, no como un coro que superpone voces. Son un cadáver exquisito, completan la frase de la otra. La que habla primero tiene ojos de huevo, salidos para afuera, unas cejas tan prolijas que abandonan su carácter de cejas, una nariz huesuda que impone presencia en su rostro ovalado, y un pelo que alguna vez fue rojizo y ahora solo es un ocre deslucido. Tiene rulos bien armados que nacen desde la raíz, al igual que su compañera. Comparten la misma cabellera, el bucle de una cabeza se enreda con el tirabuzón de la otra, dónde empieza el rulo y termina es imposible de descifrar. Quien termina cada oración habla moviendo sus labios gruesos y rosados, estira la boca para que las palabras salgan con envión y ahí aparecen ellos: dos colmillos de vampiro buscando una vena.

¿Posibilidades de embarazo?, preguntan. Niego con la cabeza. *Te vamos a hacer un análisis de sangre para quedarnos tranquilas*, advierten. Y agregan: *Tenés el abdomen demasiado abultado y rígido, como si tuvieras una pelota de básquet*. Busco algo del espacio que me saque de ahí, enfoco los ojos en una de las paredes, hay un póster, pero no es de una película. Es la imagen de un feto, en ese estadio donde se parece más a un renacuajo que a un bebé.

Vamos a ver cómo está el cuello del útero, escucho que me dicen. Las piernas no me responden, ellas flexionan mis rodillas como si fuera un muñeco de alambre. Encastran los pies en unos frenos metálicos, una presión aguda. Algo sale disparado y provoca un ruido seco. Mi vagina empujó el espéculo y lo hizo estrellar contra el escritorio. La médica del pelo que alguna vez fue rojizo rompe el envoltorio de un segundo espéculo, lo estrena en mi cuerpo y espía cómo soy por dentro. *El cuello del útero está perfecto*, dicen aliviadas. Tiran del espéculo y la sangre sale en cantidad como si hubieran derribado una represa, avanza entusiasta por la tela descartable que cubre la camilla. La médica de colmillos se pone blanca, la otra se contagia. Me doy cuenta, están asustadas.

Ya no me hablan a mí, se dirigen a Ciro. Le avisan que van a ordenar una ecografía transvaginal de urgencia para detectar si el problema está en el útero o los ovarios.

¿Cómo se llama?, preguntan en coro. Las voces se fusionan en una, como las cabezas. Ya no existe individualidad física entre las dos, tampoco de pensamiento. El nombre del monstruo marino es Carmen.

Se llama Roberta, dice Ciro. Es como si no existiera, soy una extraña para mí. Carmen apunta mi edad y fecha de nacimiento en una hoja cortada con los dientes. Veo todo blanco, el color del papel en el que escribe el monstruo. Un bicho me muerde el brazo. *¿Dolió mucho?*, dice alguien. Es otra voz. Dulce, aniñada. *Ya está, ahora mismo mando la muestra de sangre al laboratorio, Roberta*, vuelve a hablar la misma voz. Es la primera vez que pronuncian mi nombre en vez del apellido. Quiero entender quién es ella, pero hay un viento delante de mí que me impide ver. Solo puedo identificar el moño esponjoso y amarillo que posa arriba de su cabeza, anudando

una cola de caballo a la que no logro ponerle fin. Me gustaría que me dijera algo más, la pausa que hace entre palabras me seda. La pausa se hace larga, no escucho su voz. Un portazo confirma que abandonó el consultorio. Carmen sigue escribiendo, clava la lapicera y araña el papel. Me tapo los oídos con las manos, aprieto los párpados, hago fuerza para aparecer en otro lugar.

***

El quejido de unas ruedas me despierta. Estoy en un espacio de iluminación tenue, se parece a esos interminables minutos antes de que empiece la película en el cine. La luz previa a la intimidad. Le pregunto a Ciro cuánto tiempo pasó, *dieciocho minutos*, me dice. Observo a mi alrededor, frente a mis ojos hay una pantalla monocromática.

Algo frío entra a mi cuerpo, un témpano. Proyectan mi útero. Es distinto a cómo lo recuerdo. No entiendo la imagen, dónde empieza y termina el órgano, sin embargo, me asusto. Es un océano inquieto, las olas mueven desechos de un lado a otro. Latas, zapatillas, cañas de pescar. Mi útero tiene la forma de un barco abandonado, imponente, iracundo. Se sacude por el movimiento del agua, avanza hacia mí. No quiero ver, cierro los ojos y me embarco.

Viajo hasta un momento. Estoy sentada en un barco de cristal. Mis pies no tocan el piso, soy demasiado pequeña. Tengo cinco años. A lo lejos escucho a mi mamá, pero el vozarrón del guía turístico la tapa. El barco es inestable, tengo el estómago revuelto, busco a mi mamá para decirle que quiero vomitar, no la encuentro. El cielo es de color turquesa al igual que el suelo. Mientras todos los pasajeros se maravillan con los cardúmenes naranjas y verdes que bailan por esa pequeña ventana indiscreta, yo vigilo que ningún animal exhiba sus dientes. Me aterra que un tiburón quiebre el vidrio.

¿Tenés hijos?, me pregunta el ecografista. Esa pregunta es nueva. Abro los ojos y disparo un *No* categórico. No pronuncia palabra, solo levanta las cejas y esconde los labios. Un gesto mínimo puede resumir la tragedia. Todo lo que dice es *Podés limpiarte,* al ofrecerme una pila de toallas de papel. Le avisa a Ciro que en minutos vendrán a buscarme. Quedo inmóvil sobre la camilla, el televisor parece roto. La imagen quedó detenida, era la foto de un accidente.

***

Ciro salió del cuarto para hablar con el ecografista. Pasaron varios minutos y nadie vino a buscarme. La tela blanca que cubre la camilla tiene un manchón de sangre, traduzco el paso del tiempo en el cambio de color de mis pérdidas. El rojo se oscurece hasta parecer petróleo. Una naturaleza contaminada. No hay flores a mi alrededor, sin embargo, estoy en un funeral a solas con el muerto. Una soledad difusa. Entre estas paredes hay un cadáver que busca compañía. El televisor hace un ruido ínfimo, como esos pitidos que solo pueden oír los animales. Pero yo lo escucho, es un llamado. Me concentro en la línea áspera que traza el sonido, escapa de la pantalla y se expande en el aire. Clavo los ojos en la estela de avión para no perder su recorrido, la raya va perdiendo nitidez. Avanza borrando su origen. Golpean. La puerta se abre como un telón. Es un hombre con otra cara. En el sanatorio, los médicos son una sola persona que cambia su máscara. Caretas de cotillón con nariz, bigote y anteojos incluidos. Cuando posan el estetoscopio, la apariencia del otro pierde sentido, nada más importa el olor y la voz. Solo de esa forma reconocemos al cuidador. El hombre que me viene a buscar tiene una nube delante del rostro que me impide entender a quién se parece. Tiene las dos manos apoyadas sobre una silla de ruedas vacía. No hay una imagen más triste que la de una persona

sosteniendo una silla de ruedas sin ocupar. *¿La llevo, señorita?*, me propone el hombre sin cara. El carruaje espera por mí.

***

El cuarto se achica. Me llevan a una maqueta de habitación, ínfima como una burbuja de detergente. Un lugar pequeño, pero no por eso acogedor. *Ya viene la enfermera*, anuncia el hombre sin cara y se va. En este cubo blanco no hay ningún ruido. Un hospital no puede permitir el silencio. Los sonidos compiten, se superponen hasta volver imposible discriminarlos. Una música clásica en la que las personas son los instrumentos, médicos que corren de acá para allá, visitas que entran y salen de los cuartos, familiares que cuchichean en los pasillos, un concierto de voces metálicas. Se hace ruido para resaltar que algo sigue vivo. La muerte puede filtrarse en un silencio.

Ahora te voy a poner una vía, me dice una chica alta, de labios carnosos y andar enérgico, que entró por algún lado. Miro alrededor para descifrar cómo apareció, si hay alguna puerta secreta. Grito, el dolor me saca del letargo. Pispeo el brazo porque sospecho que me clavaron un picahielos. En la palma de la mano izquierda tengo un pequeño silbato, en la derecha una pulsera de papel que informa mi nombre. *Roberta Perchik*. *¿Te hicieron un electrocardiograma alguna vez?*, me pregunta. *Pienso que sí,* respondo. La enfermera levanta mi remera y dispersa unos círculos como si fueran posavasos y yo una mesa, se adhieren a la piel con la determinación de una calcomanía. Eligen quedarse en ese territorio frente a todas las islas del continente. No siento movimientos dentro del útero. Las medusas se calmaron. Una tregua.

¿Qué hora es?, pregunto. *La una y media de la madrugada*, contesta la enfermera. *¿Tenés algo que hacer?* No respondo y me pierdo en el rodete de su pelo. Doy una, dos, tres vueltas, tomo carrera y despego hasta que recuerdo que estoy débil, ralentizo el

paso. Primero troto, después camino, antes de llegar a la mitad del recogido me abandonan las piernas. Avanzo a gatas, despacito bordeo el chichón de cabello. *¡Ay!,* la enfermera se rasca y las uñas en punta rasgan mi piel, vuelvo a la camilla, la quietud, el ritmo del corazón. El único tiempo que existe ahora es ese latido.

La enfermera me cuenta que el electrocardiograma da bien, despega los círculos y desaparece por la misma puerta secreta por la que entró.

***

¿Continuamos el paseo?, me dice una voz que sale de atrás de mi nuca. No lo veo, pero sé que es el camillero sin cara. Atravesamos los pasillos que nos trajeron hasta acá, en la dirección contraria nada se ve igual. Mi chofer detiene el carruaje, estamos frente al consultorio de Carmen. El camillero sin cara toca la puerta con tres golpes y tras el permiso dado la abre. *¿Dónde está Ciro?*, pregunto con un hilito de voz. *Está en la sala de espera, ahora lo buscamos*, me dice Carmen. El monstruo marino tiene los ojos de la mala noticia, el anuncio se dilata como el reencuentro con Ciro. No lo ubican en el sanatorio. *Seguramente salió a fumar un cigarrillo de la ansiedad*, sentencia Carmen. Ciro no fuma, pienso. Pregunto si puedo recostarme, el torso apoyado en las rodillas. El monstruo marino me ayuda a subir con sus cuatros brazos, la camilla es un bote donde debo hacer equilibrio. Mientras estiran mis piernas, Ciro irrumpe en el consultorio. *Acá estoy, te estaba buscando*, me dice, y una gota de sudor cae de su frente y salpica mi remera. *Tu mujer va a quedar internada*, le informa Carmen a Ciro, dándome la espalda. *¿Sabías que tu mujer tiene un miomaque le deformó el útero? Es grave. Tienen que transfundirle mucha sangre y evaluar qué van a*

hacer con su útero, agrega mientras cambia el peso del cuerpo de una pierna a otra.

Carmen le entrega a Ciro unos papeles que debe llenar por mí. Se sienta y comienza a escribir. Sigo los rulos que dibuja la lapicera, las lágrimas que deslizan por mis mejillas imitan los firuletes. Lloro en la mudez, Carmen observa mi llanto, pero no se acerca. El monstruo marino se impacienta, quiere desalojarme para atender a otros pacientes. Ciro levanta la voz, pide piedad porque ya no tengo la autonomía para levantarme de la camilla, mi estado empeoró en la última hora. Tengo los dedos transparentes, las manos temblorosas, los labios rajados. Carmen quiere despacharme, pero estamos atrapadas en la espera.

***

A las dos y cuarto de la madrugada por fin consiguen una habitación para mí. Escucho que Carmen murmura con una persona que lleva otro uniforme. *Es la única ala del sanatorio donde hay una cama libre*, dice la distinta. Sigo aferrada a la camilla, la decoloración de mi cara anticipa los resultados del análisis de sangre. Mi cuerpo es una estrella de mar que se está secando, va quedando duro, momificado, casi no puede mover sus patas en forma de peine. Cuando tenía siete años nadé en las aguas del caribe mexicano, entre pequeños peces de colores rojizos descubrí una estrella de simetría perfecta. Era la primera vez que veía una, era la primera vez que una me veía a mí. La tomé con las dos manos, era de una belleza incomprensible. Si los extraterrestres existieran deberían ser así. Como no podía quedarme a vivir bajo el agua, me llevé a la estrella conmigo. Di unas brazadas hasta llegar a la orilla, mi papá me envolvió en una toalla. *Encontré una estrella de mar*, anuncié. Se la presenté y le pedí que la tenga con él, faltaban varias horas para regresar al hotel. Aceptó la responsabilidad y la guardó bajo el elástico del traje de baño. Olvidó que la estrella estaba viva. Cuando

cayó la noche, mi papá gritaba de dolor, la piel de su ingle estaba rasguñada. Unos relámpagos dibujados de lado a lado. La estrella intentó escapar y volver a su hábitat, luchó con esas patas que lastiman como pezuñas de gato. Mi papá iba a sobrevivir, pero la estrella corría peligro. Estaba muriendo. Llené un vaso de agua y sumergí al bicho. Después me arrodillé frente a la cama de mi habitación de hotel, junté las palmas de la mano y recé. Recé por ella. Al otro día volvió a moverse, esa misma tarde la devolví al mar.

Soy esa estrella de mar, y el sanatorio es el vaso de agua.

***

¿Me extrañaste?, pregunta el camillero sin cara antes de acomodar mi cuerpo en la silla de ruedas. Cuando me alza, la sangre escapa por todos lados. Deja marca. Mi pantalón pesa, la sábana descartable que cubre la camilla deja de ser blanca, se expande el rojo por la tela como si fuera un papel secante. Las medusas se están despertando.

El camillero empuja el carruaje, tomamos un ascensor que nos conduce al tercer piso del edificio. *Pedro es mi nombre*, me dice. No tengo fuerzas para presentarme, asiento con la cabeza. Entrecierro un ojo para tratar de deshacer la nube que tapa el rostro del camillero. Pero la nube es cada vez más grande, va cubriendo su cuello y parte del pecho.

El trayecto es una ruta que no termina, los pasillos vacíos de gente parecen alargarse. El sanatorio está completo, sin embargo, no hay a la vista ningún rastro humano. Abren la puerta de mi habitación, veo la cama. Es ancha, gigante, impersonal. Solo es por una noche, me digo. Son esas muletas laterales color cemento que me dan escalofríos. Pienso que alguien agonizó en ese mismo colchón. Pedro acerca la silla de ruedas hasta pegarla a la cama. Me levanta como una pluma y me apoya suavemente sobre las sábanas tirantes.

De su delantal saca unas etiquetas y las pega sobre mi pulsera de internación. Soy un pollo envasado rodeado de marcas. Son etiquetas de diferentes colores: fucsia, rojo y amarillo fluo, desconozco qué significan. ¿Informará en código que estoy yendo al matadero? Si de algo necesito protegerme ahora es de la verdad. No pregunto. Quedo en ese falso silencio de hospital. Estoy en un submarino, a cien metros de profundidad. El clima es álgido. Hago un reconocimiento de la zona fótica, estudio el espacio que a partir de ahora será mío. De izquierda a derecha:

- Una puerta entreabierta que permite espiar la bacha reluciente del baño.
- Un cuadro de marco grueso, salmón, con la reproducción de una pintura de Kandinsky. Rojo, azul, gris, negro y amarillo. Geometrías discutiendo entre sí, formas que suplican ser admiradas.
- Un sillón de dos cuerpos del color de la impaciencia.
- Una puerta para escapar cuando todos duerman.
- Una botonera para subir o bajar la temperatura del cuarto.
- Una televisión mediana colgada de una pared.
- Una ventana tapada por unas cortinas color maíz. Paisaje a descifrar.
- Una silla plateada de respaldo duro.

Una guarda de ositos marrones divide el empapelado en dos, arriba blanco, abajo beige. Es un cuarto para recibir a un bebé.

***

¿Llegó mi nueva paciente?, interrumpe una voz amable de hombre. Se para delante de los pies de la cama con la seguridad de un ángel.

Soy Luis, tu médico de esta noche. Están preparando todo para transfundirte, con eso te vas a sentir mejor, belleza. Pronuncia esa

palabra y pienso en lo fea que me debo ver, un escracho. Y el olor que debo emanar con toda la sangre vieja adherida a la piel, una cerda tras revolcarse en el lodo. Cuando Luis habla no existe otro sonido que no sea su voz. Tiene una presencia imponente, dirige las palabras levantando alto el mentón, el pecho armado, la espalda derecha, un caparazón flexible con huesos en forma de cresta. Mide dos metros, es una tortuga laúd. La tortuga marina más grande de la Tierra. Como el reptil prehistórico, Luis migra por las diferentes áreas del sanatorio para llegar al ala de maternidad, nada kilómetros con el fin de realizar el ritual nocturno: revolver la arena para dificultar la detección de los depredadores de una nueva vida. La muerte es un depredador. Preserva a los seres indefensos del peligro. La tortuga laúd se alimenta de medusas, comiéndolas controla que no se multipliquen.

La paciente no puede levantarse de la cama por ningún motivo, está muy débil, le informa Luis al camillero. *¿Y si tengo que hacer pis?*, pregunto con las cejas caídas. *Una enfermera va a traerte la chata. Es un riesgo que estés de pie… Roberta*, agrega después de pispear el papel de su carpeta. *¿Sentís algún dolor?*, me pregunta apoyando la mano en mi hombro. *Quiero irme a casa*, le confieso y abandono la mudez del llanto. Luis intenta calmarme contándome que cuando mi marido termine de firmar los papeles de internación puede quedarse a hacerme compañía en el sillón. *La cocina ya cerró, pero voy a ver qué te rescato para que cenes esta noche*, me dice moviendo sus aletas.

Ciro se acerca por los pasillos, huelo el olor ácido que desprenden sus poros cuando el cuerpo abandona su cabeza. *Soy yo, amor*, pronuncia mientras se asoma detrás la puerta. Espero su sonrisa, por fin un rostro familiar. Observa las paredes de derecha a izquierda hasta descubrir el sillón, el del color de la impaciencia, que será su cama. Apoya la mochila sobre los almohadones y recorre la habitación, se detiene en el cuadro y cuenta con el dedo la cantidad de formas geométricas. *¿Le dejaste suficiente alimento a Munch por esta noche?*, pregunto cuando recuerdo que tenemos una vida, una casa, un perro. *Doble ración con un poco de arroz*, me asegura.

¿Se puede?, escucho tras el rechinar de la puerta. En eso se parecen todos los lugares: las puertas hacen ruido si no se las lubrica. Y nadie lo hace. Es una mujer, tiene cara de buena. Es sencillo detectar a las personas con cara de buena: llevan dos damascos de mejillas, la frente ridículamente larga, un suspenso entre los dientes incisivos centrales, el surco nasogeniano dibujado con fibra permanente, las pestañas cortas y uno de los dos ojos caído, porque no doblegarse frente a la crueldad de algunos agota.

Buenas noches, Roberta. Me llamo Miriam, soy técnica en hematología y estoy preparando todo para tu transfusión, me dice la mujer de delantal blanco y hablar lento. Las palabras tienen la misma separación entre sí que sus dientes. *Tardo un poco en encontrar la sangre porque quiero que provenga de un donante con el pelo enrulado y brillante como el tuyo, quien pudiera tener tu cabello*, dice Miriam tras acomodarme un mechón de pelo detrás de la oreja. Me pide que le cuente algo de mí, una estrategia para distraerme del susto. *Soy artista plástica, pinto cuadros y dibujo*, digo bajito, como si tuviera temor de despertar a los internados que duermen profundo. *Lo supe apenas te vi, tenés cara de artista*, asegura. Miriam le pregunta a Ciro si es mi pareja, él contesta orgulloso que es mi marido. Un término que solo usa en aeropuertos. Cuando nos casamos hace siete años, Ciro hizo hincapié en la importancia de la unión civil por si uno de los dos quedaba internado en el hospital y un familiar debía firmar papeles.

Ese momento había llegado. *Prendele la televisión a Roberta, busquen algo lindo para ver así pasan el mal trago, va a llevar varias horas*, le sugiere Miriam a Ciro. Antes de irse me saca sangre sin hacerme doler.

La pantalla ilumina la habitación, el televisor tiene el tamaño de la esperanza, los internos le ruegan a ese pequeño rectángulo que aturda sus miedos hasta dejarlos tontos. Yo le suplico al televisor que me saque de mi cuerpo y me ponga en otro. Sano, cuerdo, obediente. *Dejá en ese canal*, le ordeno a Ciro y relaja su pulgar del botón del control remoto. Las novelas mexicanas nunca me traicionaron, y si hay un antídoto que necesito ahora es la lealtad. No quiero sorpresas, prefiero conocer el futuro de los

acontecimientos. Un buen culebrón, donde las villanas se comportan como villanas y las puertas siempre están entreabiertas para escuchar secretos ajenos. Le pido a Ciro que suba el volumen, él me responde que es tarde y nos pueden retar. Bufo. No escucho casi nada, entrecierro los ojos para leerles los labios a las actrices de la telenovela sin nombre. Nada. No entiendo nada. Bufo.

¿Qué hora es?, le pregunto a Ciro. *Las tres y cincuenta de la madrugada. ¿Tenés hambre?*, me pregunta. *De torta de chocolate tengo hambre*. Miriam regresa y entra el cargamento de a poco, una mudanza humilde. Empuja una mesa de silueta deforme que encastra al costado de mi cama. Sobre ella apoya una bandeja con un plato de comida. El menú: pollo seco. *Es lo único que logramos rescatar, mañana vas a comer más rico*, me promete Miriam. *Comé ahora porque voy a necesitar tus brazos, no vas a poder moverte en toda la noche*, me explica. Clavo el tenedor y rebano con el cuchillo unos trozos que llevo a la boca. Los bajo con agua porque raspan de tan secos. Si me atraganto al menos estoy en un sanatorio, pienso. Al sexto bocado abandono el optimismo, la comida no me pasa. Miriam sigue trayendo bártulos, hasta que por fin anuncia que está todo listo para la transfusión. Desencastra la mesa de la cama y arrima su cuerpo al mío, la cercanía física en un hospital es importante para recordar que no somos el único cuerpo que existe. Huele a aloe vera. Giro la cabeza, me da impresión ver cómo conectan la manguera a la vía. *Ya está, te estoy transfundiendo hierro por el brazo izquierdo y sangre por el derecho*, me avisa.

No me quiero morir, le digo con una voz que se va extinguiendo. *Vas a estar bien*, desliza mientras le da unos golpecitos al suero para acelerar el ritmo de la sangre prestada. Mi cuerpo dibuja una cruz, tomo aire y miro, la manguera está sedienta. El rojo comienza a aparecer, una temperatura densa baja del suero y busca mi piel. La otra sangre entra en el torrente. El líquido, peludo, trae sosiego. Los glóbulos rojos poco a poco dejan de ser de otro, se vuelven míos acariciando las venas, un mimo tan suave que no logro atraparlo, se desliza. Un calor me recorre los brazos, tibio como el círculo de mar que te rodea cuando hacés pis esperando que nadie se dé cuenta. La sangre me infla, la respiración

es más larga, profunda. No estoy sola en el océano, por la ventana circular del submarino veo un cardumen plateado. Miles de arenques actúan en conjunto, practican una coreografía, hacen nado sincronizado como en una película de Esther Williams. Se desplazan al unísono, giran y modifican la figura sin chocar, jamás detienen el movimiento ni se separan. El comportamiento colectivo les permite disuadir a los depredadores, los peces forman una mancha gigante que vuelve dificultoso individualizar a la presa. La eficiencia del movimiento es la clave de la supervivencia.

Dentro de mí también nada un ejército. Así se llama el cardumen de arenques. Cuando los peces cambian de dirección me da cosquillas, río con los labios sellados, la implosión de una pequeña carcajada. Tardo en acostumbrarme a la marea dentro de las venas, una vibración constante, el motor de una pecera. La calma no viene de la quietud sino del movimiento. La danza del cardumen mece el submarino como una cuna, voy bajando la guardia, el fin de la vigilia.

***

Buenos días, llegó el desayuno, creo escuchar mientras despego los párpados chiclosos. Miro alrededor, no es mi casa, no es mi habitación, no está Munch. Entonces lo recuerdo: estoy en un sanatorio.

Una mujer de uniforme fucsia prepara un banquete sobre la mesa que encastra con el cuerpo. Los alimentos tienen un envoltorio, como si fueran regalos, pequeñas ilusiones. Tres galletitas de agua, un queso untable, una mermelada de frambuesa, un paquete con vainillas, un saquito de té negro. Vajilla blanca, frágil como la salud de los enfermos, una lechera diminuta, una jarra de café caliente y otra con agua hirviendo. Tengo los dos brazos inmóviles, por uno sigue entrando sangre, por el otro hierro líquido. Habré quedado vacía, pienso. Me llenan como si fuera un auto al

que le inyectan nafta. Ciro sabe que odio el té, me revuelve el estómago desde chiquita. Sin preguntarme, toma la jarra de café y vierte un poco en una taza honda. Corta la oscuridad con un chorro de leche, me pide que le avise y eso hago: *Suficiente*, digo. Ciro acerca la taza a mi boca, yo sorbo, con la boca y también con la nariz, no es cómodo el sistema. Mis ojos se encuentran con los de Ciro y descubro lo que trata de ocultar: no durmió en toda la noche. Ni una hora, ni quince minutos. Se quedó despierto como testigo de mi cuerpo, vigilando que no vuelva a romperse. *En un rato van a hacerte otra transfusión, amor*, me informa. *¿Qué día es?*, le pregunto. *Sábado*, responde. Un silencio. Una pausa que me hace escuchar el hablar de dos ratones, es la televisión que murmura. Le pido a Ciro que suba el volumen. Levanta los almohadones del sillón, mueve las sábanas de mi cama, abre el cajón de una mesa de luz que antes no estaba. *¿Qué buscás?*, le pregunto. *El control remoto de la televisión. Desapareció*, dice agitado. Lo veo desesperar y me asalta una risa, la primera desde que estoy acá. Una situación que me hace sentir en casa.

La puerta se abre, es otro personaje. Pelo rubio hasta los hombros, llovido, un invisible de cada lado despejan su rostro de un mechón invasivo. Está vestida de enfermera, viene acompañada de un mueble alto, avanza a la par. Es un tótem con ruedas que ella arrastra como un cochecito de bebé. *Vamos a sacarte sangre para ver si mejoraron esos valores*, me dice. Le pregunto el nombre. *Dora*, me responde mientras desencastra la mesa del desayuno de mi cuerpo. Antes de preparar la aguja, pone un termómetro en mi axila y un broche en el dedo índice. *¿Y esa uña?*, pregunta horrorizada. Es difícil explicar sin mover las manos, no me hago entender. *Quedate tranquila, más tarde te la extraigo*, me dice. Le ruego que no. Me mira como una madre enojada. *36.2* susurra y anota en una carpeta. Antes de que me diera cuenta mi sangre ya estaba en un tubito. La veo alejarse con su equipaje y *pum*, ya no está. En un hospital las acciones son en cámara lenta o rápida, nunca a velocidad real.

***

La puerta de una habitación de hospital queda abierta, aunque se cierre. Las personas entran y salen, cambia el color del uniforme. Lo reconozco por su andar, es Luis, al verlo pienso que durmió la misma cantidad de horas que Ciro. Ninguna. Sin embargo, sus ojos no transmiten cansancio. Un médico debe disimular su malestar porque las dolencias del paciente tapan las propias. *¿Te sentís un poco mejor, Roberta?*, desliza con esa voz que me acuna. *Hoy ya puedo volver a mi casa, ¿no?*, pregunto. *Vemos*, responde sin hacer contacto visual. Lo miro a Ciro, abro grandes los ojos en pedido de ayuda. Extraño mi casa como si estuviera sumergida en este submarino hace meses. Tengo miedo de olvidarme de ella, de lo hermosa y fea que es, de sus lujos y traiciones. Las casas también se enferman.

Ruidos que extraño de mi casa:

- El desahogo que hace el microondas cuando tiro de su puerta.
- La ametralladora del chispero que enciende las hornallas.
- La explosión de gas que produce la botella de soda cuando desenrosco la tapa.
- El choque de las aguas agitadas del termotanque en su mayor momento de exigencia.
- El burbujeo de las paredes a las seis de la tarde: el saludo protocolar de la caldera antes de comenzar su jornada.
- El traca-traca de la impresora al tatuar papel que me ayuda a fantasear estar dentro de un tren.

Roberta, Roberta… me llama Luis. Le pido perdón, la cabeza se me fue. Habla y levanta sus aletas, siento envidia por la libertad de movimiento de la que goza. *Los valores de hemoglobina siguen bajos. En un rato van a transfundirte un litro más de sangre*, dice parado en los pies de mi cama. *¿Estás cómoda?*, pregunta. Digo *No* con la cabeza. Luis sale de la habitación y regresa con una almohada

vestida de blanco como su delantal, la carga con la seguridad de que ese objeto podrá impedir que me ahogue. Un salvavidas. Acomoda la nueva almohada detrás de la otra, le da unos golpecitos y me mira aliviado. *¿Mejor?*, pregunta. *Mucho mejor*, miento. *Recordá que no podés levantarte de la cama, Roberta*, dice y le da un apretón de manos a Ciro.

***

Estreno la botonera que cuelga con un cable de la cama, es un catálogo de posiciones, un kamasutra de la agonía. Necesito dormir, aplano el respaldar con un solo botón, mi torso desciende lento hasta estar a la misma altura que las piernas. El colchón ahora es un ataúd, pero a diferencia de los muertos yo estoy imposibilitada de juntar mis manos sobre la falda. Cierro los ojos. Nada. Es imposible conciliar el sueño con los brazos en cruz. Le pido a Ciro que llame a una enfermera. *Quiero una pastilla para dormir, así se pasa más rápido el procedimiento*, le digo. Ciro se levanta del sillón y sale al pasillo, prefiere no solicitar la presencia de una enfermera apretando un botón porque, asegura, es una actitud descortés. *La gente vive equivocada, cree que una enfermera es su secretaria*, repite elevando la voz. Ciro sale del cuarto, me quedo con la compañía de los personajes de la telenovela, no la de antes, tienen otros recogidos, vestidos acampanados, es de época. Hablan y hablan mientras se abanican, y no oigo una sola palabra de lo que dicen. Pienso que nadie sabe que estoy en el sanatorio, es mejor no avisar, las personas no están preparadas para las indefiniciones. Reconozco un olor, es el perfume de los rulos de Carmen.

¿Cuánto dura una guardia médica?

Buen día, ¿cómo anda la paciente?, pregunta a una distancia prudencial de mi cama el monstruo marino, sosteniendo una carpeta con actitud de maestra de escuela. *Con poca paciencia*, respondo. La mitad de Carmen saca de un bolsillo del delantal una caja

rectangular, se acerca a mí empujada por un entusiasmo desmedido. *Vas a empezar a tomar estas pastillas cada doce horas, son hormonas que van a frenar la hemorragia, esperemos que funcionen*, me explica y apoya la caja sobre la mesa de luz. Una fe para volver a casa. Agradezco y se va, pero no del todo. Me quedo trabada en muchas dudas: ¿dónde vive Carmen? ¿En casa o departamento? ¿Cuán ancha será la cama para que quepa ese cuerpo unido? ¿Quién es Carmen cuando no está en el sanatorio?

Ciro reaparece sin la enfermera e interrumpe el recorrido de mis preguntas con otra pregunta: *¿Vos viste la figura que está en la puerta de tu habitación?* Le pido que le saque una foto así puedo verla. *Es mejor si te la describ*o, me dice, y relata: *es un hombrecito resbalando, a punto de caer.*

***

¿Qué hora es? ¿No pasó Miriam, la de hematología?, escupo apenas abro los ojos, como si la pregunta hubiera iniciado entre sueños. *Seguí durmiendo, faltan muchas horas para que vuelvas a tomar la pastilla*, dice Ciro desde el sillón, con un libro entre las manos. *Necesito hacer pis y no pienso usar la chata, me quiero levantar*, le digo. Tocan la puerta. Que sea Miriam, que sea Miriam. Es ella. La reconozco, aunque la sombra lila de los párpados haya perdido impronta y su labial se haya esfumado. Le ruego que me saque algunos cables. *A eso vine, a darte un recreo*, me promete. Revisa mi pulso, la temperatura corporal, apretuja el brazo izquierdo con el tensiómetro, el corazón se hace oír. Lo escucho como suenan las voces sumergidas bajo el agua.

Miriam anota y en dos movimientos desconecta la manguera de una bolsa arrugada. Absorbí hasta la última gota de sangre. Toco un piano invisible con los dedos, despiertan de a poco. *Gracias*, pronuncio. *Estás muy paliducha todavía, en un rato vamos a transfundir otro litro de sangre, vas a quedarte otra noche en el*

palacio, me dice Miriam antes de despedirse por el cambio de personal. Quedamos Ciro y yo, es mi única oportunidad de levantarme de la cama sin que me descubra la tirana. Camino hasta el baño arrastrando el perchero que sostiene la bolsa de hierro. Hay un espejo gigante, de lado a lado, miro para el otro costado para esquivarlo. Ningún enfermo necesita ver el reflejo de su deterioro. Choco la base del socotroco que sostiene la bolsa del hierro con un tacho de basura. Ahora tengo tres pies. *¿Estás bien, amor? ¿Entro?*, pregunta la voz asustada de Ciro. *Estoy bien*, lo tranquilizo. Me siento en el inodoro, la puerta entreabierta, escucho un grito: *¿Cómo que la paciente se levantó? ¿No fui clara con la orden?*, dice como un gruñido la enfermera. Oigo sus pasos, retengo el chorro de pis, la vejiga en tensión. *Señorita, espéreme, la llevo de vuelta a la cama*, dice al abrir la puerta y verme clavada al sanitario. *¡No!*, grito, *voy a hacer acá, sola*, sentencio mientras estiro el único brazo libre para cerrar la puerta. Del otro lado se oyen palabras de resignación y fastidio: *La señora quiere intimidad*, le explica Dora a otra enfermera. El pis sale de mi cuerpo, fluye, la vejiga se relaja. Corto unos pliegos de papel higiénico, lo paso de adelante para atrás y antes de tirarlo al inodoro espío si hay presencia de sangre. Un líquido color óxido. ¿Estará haciendo efecto la pastilla? Suspiro y tiro la cadena. Estiro el brazo, quiero sujetarme de la bacha para no caerme, necesito lavarme las manos. Hay otro espejo, le quito poder ignorando su presencia. Observo las canillas, siempre me asalta la duda de cuál es la fría y cuál la caliente. En la secundaria tuve un profesor malvado que enseñaba el funcionamiento de las cañerías, de qué manera llega el agua a cada ambiente. Su nombre era Carlos Fogel. La primera clase nos dijo: *Cuando no sepan si el agua caliente está a la izquierda o a la derecha, recuerden mi nombre. Carlos Fogel*. Caliente y fría. Cada vez que me paro frente a una bacha pronuncio: *Carlos Fogel*.

¿Querés que le avise a tu papá que estás internada?, me pregunta Ciro mientras me ayuda a meterme en la cama. Con solo bajar el mentón lee mi negativa. Cuando alguien está endeble no debe disputar el protagonismo del drama. Y mi papá nunca toleró ser segundo. *Escribile a Iván, quisiera verlo mañana*, le pido. Mi

mejor amigo inventó el drama, sin embargo, sabe compartirlo. Incluso, como una declaración de amor, desarma su identidad para ensayar un tono alejado de la tragedia. La empatía lo salva de sí mismo. Ciro teclea en el teléfono, jamás le quitó el sonido de burbuja. *Confirmado, mañana viene Iván a la tarde*, me dice mientras ordena su billetera. *Ya es de noche, voy a ir de una corrida a casa para darme una ducha, alimentar a Munch, cambiarme de ropa*, me informa con ojos de culpa por dejarme sola un rato. *En cuarenta minutos hago todo y vuelvo corriendo a abrazarte*, agrega. *Traeme una remera y un par de bombachas, y hacele muchos mimos a Munch*, le pido. Ciro me besa en la boca y sale al trote, intenta correr una carrera contra el tiempo, pero se olvida de que estamos sumergidos. El agua ralentiza sus pasos, tarda en llegar a la puerta, le cuesta irse. Busco la hora en la pantalla de la televisión, pero es un canal mexicano, informa el horario de otro país. Hago un ejercicio para entretenerme, enumero los objetos que veo en cada escena. Un carruaje, una silla mecedora, un escritorio, una biblioteca, libros de lomo verde, libros de lomo azul, un tintero… de repente, un puñal por la espalda: la imagen de un hospital, una de las muchachas es internada, su cuerpo bajo las sábanas blancas, los brazos recibiendo líquidos transparentes y rojos. El espejo del baño que no quise enfrentar estaba delante de mí.

Día 2

Durante la noche el color amarillento de la uña viró al naranja. Cerré los ojos y al abrirlos mi dedo era otro. Me lo cambiaron. Sobre la piel un cuadro percudido, la uña rajada es el vidrio que cubre un atardecer sucio.

No todas las células mueren al mismo tiempo. Cuando el corazón deja de latir, el suministro de oxígeno al cerebro se corta. Sin embargo, las células cutáneas sobreviven unas horas más.

Un llanto de bebé me despierta. El sonido de la desesperación de existir. Proviene de otra habitación, pero se siente tan cerca que parece que saliera de mí. Mis brazos otra vez en cruz, a la madrugada me transfundieron el segundo litro de sangre. Aún gotea, un ruido chiquito como el que hace la canilla del baño cuando pierde en el silencio de la noche. Los ruidos chiquitos aturden más que un estruendo.

¿Estás despierta?, me pregunta Ciro con su cuerpo desparramado en el sillón, posición horizontal, los pies en el aire, las zapatillas puestas. *Lamentablemente estoy despierta*, le contesto, y agrego, *¿te dijeron cuando me van a dar el alta?* Ciro intenta animarme con una frase imprecisa: *En cualquier momento*. Desde ayer no siento movimientos dentro del vientre, el útero es una laguna. Las medusas dejaron de hablarme, o hablan muy bajito como las actrices de la televisión de este cuarto. No las escucho, me dejaron sola. O, tal vez, ya no están. Para seguir viva algo tiene que desaparecer. Le pido a Ciro que corra la cortina, quiero ver por la ventana, me falta el aire, siento claustrofobia. Imagino que tras el vidrio se esconde un cielo celeste, uniforme como el fondo de la vieja foto del documento, nubes que cambian de peinado, un pájaro en busca de pareja. Ninguno de esos colores. La ventana da a otra pared, la pared del edificio. No hay salida. *Cerrala, por favor*, le pido.

Trato de ser optimista, pensar que hay cosas más graves que estar internada: ser niña e ir a la escuela. Al menos no tengo que ir a la escuela.

Lo peor de ir a la escuela:

- Levantarse de la cama cuando todavía es de noche.
- Llegar al colegio con el estómago revuelto por tomar el café con leche apurada.
- Tener ganas de hacer pis a mitad de la clase de geografía y que la profesora no me permita salir del aula.
- Luchar para no quedarme dormida, los párpados caen y la voz de la maestra de inglés pierde sentido, un limbo.

- Escuchar mi nombre, ser obligada a responder delante de todos en qué año fueron las invasiones inglesas, quedar en blanco, sentirme tonta.
- Mirar el reloj de pared y que falten más de tres horas para volver a casa.
- Pensar que cuando vuelva a casa faltarán pocas horas para regresar a la escuela.

Miro la pared, la reproducción de la pintura de Kandinsky sigue ahí. Un cuadro es una ventana, un paisaje paralizado. Las obras de arte existen para escapar del agobio, huir de los lugares donde no queremos estar. Calabozos en forma de casas, personas o palabras. Tal vez la única forma de fugarme del sanatorio sea a través de ese cuadro, ocultarme en las piezas geométricas. El personal debe estar tan habituado a la decoración de cada cuarto que seguro lo dejaron de ver. La rutina de hospital para un profesional de la salud es una anestesia en los ojos, anula el dolor pero también los estímulos de placer. Las enfermeras jamás me buscarían en los colores del cuadro. El objetivo es mimetizarme con la paleta de la obra, volverme indetectable como el pez pipa fantasma robusto. Anfitrión de la fiesta de disfraces del mar. Sus vestuarios imitan el pigmento de las algas o la textura de las esponjas, se balancea en el oleaje con la parsimonia de una hoja inanimada. Estos peces deben ocultarse del hombre porque son cazados para ser reducidos a objetos decorativos de acuarios.

El primer paso para escapar es estudiar la composición de la obra, dónde se ubican los pesos, de qué manera guía la mirada. Un imponente triángulo azul señala el lado izquierdo, un triángulo amarillo más delgado en dirección a la derecha, tres figuras de la oscuridad se fusionan en el centro y tres líneas pasan por encima, un pequeño cuadrado rojo flota en el cielo de cemento, una burbuja azul al borde del piso, arriba un círculo mucho más grande hecho con compás, delineado con pulso negro, relleno de agua sucia. Es la

luna. Nadie pudo alguna vez escapar en los cimientos de la noche, me concentro en las otras estructuras. Debo esquivar el filo de las puntas, aguijones que al pincharte te devuelven la palidez de la piel, desnudan el engaño, revelan la forma humana. Elijo el triángulo amarillo, penetro el vidrio, llego hasta la figura, la monto como si fuera un delfín, me meto dentro de ella.

***

Llegó el tecito, dice estirando la última vocal la misma mujer del uniforme fucsia que me alimentó ayer.

El desayuno se repite, una fotocopia del pasado:

- Tres galletitas de agua.
- Un queso untable.
- Una mermelada de frambuesa.
- Un paquete con vainillas.
- Un saquito de té negro.
- Una jarra de café caliente.
- Una jarra de agua hirviendo.
- Una pequeña lechera.

Ciro rompe el envoltorio de las galletitas de agua, pincela una con queso untable, la acerca a mi boca. Me siento una niña a la que le hacen un avioncito para que coma. Surte efecto. Muerdo, mastico, trago. Ciro hace de su mano un cuenco ubicado debajo de mi mentón, intenta atrapar lo que mis dientes no pueden. Las sábanas reciben las migas. No es práctico darle galletitas de agua a un enfermo con motricidad limitada. Llevo puesta la misma remera gris desde que llegué al sanatorio. Es una forma de resistir, tener fe de que en un rato abandonaré esta habitación y ya no veré al cuadro de Kandinsky, ni a la guarda de ositos ni a las cortinas color maíz. Escucho que alguien toca la puerta, siete golpes seguidos sin

respiro. Antes de que autorice la entrada, ella ya está adentro. Una mujer bajita llega hasta mí sin que me dé cuenta, como un chiflete que se cuela por la rendija de la puerta. Camina alrededor de la cama, una danza. Sube y baja sutilmente, entonces reparo en que es renga. En su cara redonda caben dos ojos hundidos, una nariz ancha y una boca tan finita que el *rouge* uva completa la carne faltante. Las pestañas arqueadas a tono, las cejas pintadas con crayón cremoso color marrón, rezonga bajito, es un murmullo que viene de lejos, pero la queja sale de la mujer que está frente a mí. Entonces levanta el mentón, iza los párpados como si fuera una bandera pirata y me ve.

Te voy a tomar la temperatura y voy a medirte la presión, pero va a ser difícil porque me olvidé mis herramientas. Ya vuelvo, me dice tomando aire cada tres sílabas. Retoma el ritmo hasta traspasar la puerta. La observo de atrás, el cabello aplastado, desordenado, de un reciente despertar. Me deja sola. Peor. En espera. Mantengo la espalda erguida contra la almohada porque si desarmo la postura voy a quedarme dormida. *¡Volví!*, grita mientras empuja un carrito con ruedas donde guarda todo lo que necesita para estudiar un cuerpo enfermo. Un termómetro, un tensiómetro, un broche que aprieta el dedo. *No me presenté, ¿no? Soy Elsa soy. Conozco este sanatorio como la palma de mi mano*, dice sin quitar los ojos del tensiómetro que me corta la circulación hasta subirle el volumen al latido. *105/65*, masculla antes de tirar del velcro que me separa del aparato. *¿No me vas a contar nada de vos?*, me pregunta y anota algo en un papel. La lapicera no escribe y Elsa bufa, la desliza otra vez. Bufa y su aliento me envuelve. Algo está muerto dentro de su boca. Intento no respirar, pero Elsa me da charla. Se queja de que la administración no renueva las lapiceras, se queja de los sofocos de la menopausia, se queja de que ya no habrá feriados en enero. El olor nauseabundo se expande por la habitación, toma las paredes hasta adherirse a las cortinas. Todo el cuarto huele a atún. Odio el atún. Elsa tiene dientes de ballena, chuecos y largos. Podría morderme y tragar mis partes en dos bocados. Pero Elsa prefiere comer atún. Como las ballenas. Me esfuerzo en concentrarme en la textura de su piel opaca, cuento la cantidad de lentejas, una tela a

lunares. La tez poco saludable revela un pasado de fumadora. Tal vez nunca dejó el hábito. ¿Quién se atreve a criticar los pocos placeres que puede darse una enfermera? Dedica su vida a cuidar a los otros, es su derecho descuidarse.

Desde ayer que no veo a mi médico, Luis. ¿A qué hora vendrá a verme?, le pregunto a Elsa*. ¿Luis? No conozco a ningún Luis*, asegura mientras prepara la aguja para sacarme sangre. En un sanatorio nadie llega a conocer a nadie, llegan, se van, nacen, mueren, son olvidados porque no hay espacio para tanta gente. Sería imposible sostener ese nivel de intensidad, el corazón no aguanta. Una enfermera debe cuidar cuerpos, no personas, porque si no podría volverse frágil. Enfermar. ¿Quién cuida a las enfermeras cuando sus cuerpos duelen? Siento los dedos mojados, miro y confirmo que lo están. Escalo con los ojos, llego hasta el rostro de Elsa, su frente gotea, como la bolsa de sangre. *¿Seguís sangrando?*, me pregunta Elsa sin preocuparse por su sudor. *Creo que no, me sale un líquido color óxido, ya no es rojo*, le explico. *Es sangre*, sentencia. Me pide con tono firme que abandone el uso de toallitas y las reemplace por unas gasas que apila en cantidad sobre el bidet del baño. Se acerca una vez más a la cama, desconecta una de las mangueras, recupero el brazo izquierdo. Cierro y abro la mano, recuerdo que tenía una. Le pregunto a Elsa si escuchó a algún médico decir cuándo podré irme a casa. *Ya me siento mejor*, le digo. Es mentira. *¿Sabés el calor que hace afuera? ¡Un infierno! Ponés un pie en el asfalto y un rayo te calcina, la piel irritada de tanto sudar, los tobillos hinchados. No es vida enero en Buenos Aires. Tenés suerte de no salir a la calle hoy. La temperatura de esta habitación es un paraíso, me quedaría acá todo el día. No te quejes y disfrutá de tu descanso lejos del sol*, cierra su monólogo Elsa. Es insoportable. Más insoportable que el calor de enero. Amaga con irse, no se va. Camina lento hasta la puerta, frena, bufa, da dos pasos más, vuelve a bufar. *La menopausia es obra del diablo*, susurra. Su cuerpo desaparece de mi vista, pero el aliento se queda. En el interior de un submarino los olores corporales son más intensos. Viajan por la ventilación, se esparcen, giran, persiguen su

propia cola, y no hay máquina capaz de depurar el lenguaje de la piel.

Tirá un poco de desodorante, le pido a Ciro. Se niega, él es fiel a los perfumes naturales, insiste en que no hay peor remedio que querer tapar un olor con otro. Le exijo que eche desodorante o vomito, la habitación parece un puerto. Ciro revuelve mi mochila, saca el envase, bate el desodorante sabor limón y aprieta tres veces. Nada. El aliento de Elsa sigue ahí.

¿Hoy va a venir Iván?, le pregunto a Ciro. Es la tercera vez en el día que me confirma que sí. *Avisale a Iris, su presencia me haría bien*, le digo. Iris trabaja de contadora, somos muy diferentes. Es más grande que yo, tiene cuarenta y nueve años, un marido, una casa en un *country*, tres hijos. Los tuvo seguidos, diez meses de diferencia, tres cesáreas.

Iris es una amiga de esas que saben acompañar en los malos momentos, pero sobre todo en los buenos. Cumplir con los dos requisitos es una anomalía, como un ternero de dos cabezas. Iris desconoce la envidia porque no piensa que merece algo mejor. Se conforma con lo que tiene, aunque el precio sea el tedio. Ella repite siempre orgullosa: *Mi psicólogo dice que nunca me vio tan bien*. Dos veces por semana va a terapia.

Cuando uno encuentra una amiga así hay que aferrarse, no dejarla ir, darle todos los gustos, apoyar cada proyecto descabellado e imposible de alcanzar, y mentir. Hay que saber mentir. Sobre la mentira se construyen los vínculos más sanos, lleva tiempo mordernos la lengua y asentar con la cabeza una mala decisión de alguien que amamos, pero es su derecho equivocarse. Una buena amiga es quien nunca pronuncia *Te lo dije*. A veces hay que callar para que el silencio no sea eterno. Iris es una mujer práctica, apaga incendios de un soplido, toma aire y le arrebata la fuerza a la catástrofe. Su voz ordena, pone las cosas en su lugar, pero siempre de su cuerpo para afuera. De su cuerpo para adentro es un misterio. Iris nunca habla de su dolor, solo una vez deslizó una frase cuando nos despedimos en un taxi. *Nunca logré querer a mis hijos*, dijo. Después se puso en blanco, sus ojos negros me rogaron que olvide esas palabras. Y yo cumplí.

Toc toc, el sonido de mi nueva rutina. Dos segundos dura la intriga de quién está detrás de la puerta, en ese breve tiempo mi cabeza dispara decenas de ilusiones, hasta que la fantasía de un mal pronóstico destierra lo demás. No todos tienen la suerte de conocer sus miedos, yo sé a qué le temo. Tengo miedo de perder mi útero. Me rodean mujeres que tienen en sus brazos una vida que acaba de salir de ellas, protegen a eso nuevo que creen conocer, se aferran a sus bebés como yo me aferro a mi útero.

Un hombre y una mujer entran a la habitación con la confianza de quienes visitan a un pariente. Él es más alto y ancho que ella, lleva un racimo de cabello blanco a los costados, la frente lisa, sin interrupciones. Se parece a un padre. Ella es más joven, tiene en la mirada la ambición de cambiar el mundo, de algunas personas: sus pacientes.

Hola Roberta, somos Hugo y Clara, te queremos ayudar. Me preguntan si tengo planeado tener hijos. Cambia la pregunta, pero los ojos de lástima con los que me miran son los mismos. *Quiero tener hijos*, respondo. Los médicos cruzan una mirada y redirigen los ojos a las carpetas que sostienen entre las manos, levantan una hoja, espían la de abajo, deslizan la lapicera por el papel. De sus bocas no sale un solo ruido. Escucho la respiración nerviosa de Clara, me concentro en delinear su nariz, no quiero olvidar cómo dibujar un rostro, trazar las líneas verticales y horizontales, encajar la boca, calcular las proporciones, descubrir que un ojo está más arriba que el otro. La pintaría ahora mismo.

Lo que más extraño de pintar:

- Elegir la paleta de colores, ordenar los pomos en fila, los lomos pegados, mirarlos por un rato. Sus cuerpos cambiarán de forma.
- Buscar entre todos los pinceles el más añejo y cascado, la cerda reseca es obediente, se deja guiar. Un pincel debe tener memoria.
- Sentarme frente a la tela en blanco, tocar con los ojos la textura hasta sentir que camino sobre ella.
- Abrir la canilla de la cocina, llenar un frasco con agua que pronto dejará de ser transparente. La bañadera de los pinceles.

- Deshacer el vacío de una pincelada, asumir el riesgo, tener miedo de arruinar la obra.
- Cubrir la totalidad del lienzo con un pincel ancho, peinar la tela para arriba y para abajo, pasar por el mismo lugar otra vez, intentar deshacer la huella humana.
- Esperar. Ser vencida por la ansiedad y volver al cuadro cuando la pintura todavía está fresca.
- Ser la dueña del espacio, ubicar la figura en el fondo, dibujar con carbonilla cuánto lugar ocupa un cuerpo.
- Deslizar el pincel por sobre la línea de carbonilla, inflar los cachetes, aguantar la respiración para controlar el pulso, acompañar las curvas con una inclinación de cabeza.
- Tolerar el error, evaluar si no estoy en presencia de un hallazgo.
- Mancharme con pintura las uñas, los brazos, el pelo. Una suciedad festiva, excitante. Evitar bañarme hasta el día siguiente.
- Tomar distancia del cuadro para poder verlo.

Clara tiene el pelo mustio, la cara aplastada, los dientes castigados y corridos de lugar. Las personas con dientes torcidos son de fiar. Los hombres dirían que es una mujer fea, ¿qué es una mujer fea? Un reflejo de lo prohibido, el deseo desobediente. Un diseño sin par que exige ser mirado, laberintos sin salida donde nos perdemos para no salir nunca más. Rasgos inquietantes que ponen en duda todas las creencias, la educación de una vida, gustos que te dejan solo.

Clara tiene la belleza de un pez víbora: las puntas del cabello están rígidas, son espinas. Los ojos en alerta, demasiado abiertos, como su boca que no cierra jamás porque el gran tamaño de los dientes se lo impide.

Dicen que el humano que tenga la mala suerte de ser atacado por un pez víbora sentirá el fuego en su piel. A pesar de no medir más de treinta centímetros, la mayoría de los animales marinos le temen por ser una de las especies más peligrosas de la zona abisal.

Salvo un depredador que lo persigue hasta el fondo del mar: la medusa.

A Clara su aspecto la tiene sin cuidado, me mira a través de unos aparatosos anteojos de vidrio grueso del que cuelga un collar de canutillos. No debe tener más de veintiocho años, pero su imagen es la de una abuela. Si mi mamá estuviera en esta habitación diría que tiene que aprender a ser coqueta. Por suerte no está. La gente coqueta no tiene ojos para los demás. Y Clara no podía darse ese lujo. Ella habla corto, escupe un puñado de palabras y las vuelve a meter en su boca, siempre abierta, las succiona. Caza y despedaza con sus desmedidos dientes las palabras como si fueran presas. No queda rastro de lo que dijo. Pude oírlo cuando lo repitió Hugo, lento, demasiado lento: *Tus valores de hemoglobina siguen bajos. Las hormonas que estás tomando no van a resolver el problema a largo plazo. La única solución es operarte, quitar el mioma del útero, es gigante, más grande que el útero.*

Pero, ¿voy a poder tener hijos?, pregunto bajito. *No tengo la bola de cristal*, sentencia Hugo. La incomodidad del silencio es interrumpida por el llanto de un bebé. Gritos pelados, una voz aguda que está tan cerca y al mismo tiempo tan lejos. Podría ser mi llanto, pero la conmoción me dejó seca. Amarga. Ciro quiere tapar la presencia invasiva del bebé de al lado con su vozarrón: *Roberta nunca entró a un quirófano, le tiene pánico. No quiere perder su útero*. Hugo le asegura que no lo voy a perder. El bebé sigue llorando, el sonido de lo que no puedo tener. No estoy lista para entrar a un quirófano, *¿Puedo operarme más adelante?,* pregunto. *El mioma está en actividad, va a seguir creciendo*, lanza a toda velocidad Clara y atajo las palabras en el aire como si mis oídos fueran un medio mundo. *Quiero volver a casa, por favor*, suplico. Clara y Hugo me proponen un trato: una transfusión más de hierro y de sangre, y firman mi alta al día siguiente. Acepto.

***

Al mediodía el menú sube de nivel. No debe ser fácil cocinar para los pacientes, cada uno tiene una dieta diferente. Es mucha presión para un cocinero crear el único estímulo de placer que puede tener una persona en el día. La mujer del uniforme fucsia carga la bandeja hasta mi cama, en su rostro una sonrisa escueta, cinco palabras: *Hoy va a comer rico*, dice al apoyar el plato. En los sanatorios deberían dar un mantel cuadrillé rojo y blanco o de hule y con motivo floreado. Imaginaríamos que estamos haciendo un pícnic sobre el césped de una plaza. Un internado debe encontrar las maneras de salir del encierro, escapar no solo del hospital sino del propio cuerpo. Con el correr de los días te vas metiendo más para adentro, capas de intimidad. Primero la ropa, después la piel, la carne, los órganos, los huesos. Es más probable entrar que salir. Observo la bandeja unos segundos, contemplo el orden de los objetos, los cubiertos plateados, el vaso de vidrio, tres sobrecitos de sal presentados como cartas de truco, el plato misterioso plastificado, la comida aplastada, un miñón. Un solo pan puede arrasar la desesperanza. Cuando era chica mi mamá me mandaba a la panadería y al llegar al mostrador pedía un kilo de muñón. Confundí el término hasta hace muy poco.

También tiene postre, señorita, se lo dejo en la mesa para después, dice la camarera. Ciro le agradece por su amabilidad, antes de irse desliza un *Buen provecho*. Hace dos días que la conozco y todavía no sé su nombre, tomo aire para preguntarle, pero la voz se frena. Me inhibo. Mañana me iré, no es momento ya de conocer gente, encariñarme, despabilar sentimientos.

Ciro despega la película retráctil que envuelve al plato de losa y el humo se libera, la comida aparece de a poco, un truco de magia. Una, dos, tres, cuatro… catorce papas *noisette*. Parecen una igual a la otra, pero no lo son. Cada una es especial, apenas diferente en su forma. Al costado dos piezas de pollo. De nuevo, pollo, pero esta vez a la plancha. Tiene buen aspecto, al primer bocado compruebo que no solo es una cuestión de imagen, está sabroso a pesar de estar poco condimentado. Vacío los tres sobrecitos de sal en las papas, son muñecos de nieve. Una, dos, tres, cuatro… catorce papas *noisette* me como. En un sanatorio no se sabe qué menú tocará por

la noche, cuando te ofrecen una comida deliciosa hay que dejar limpio el plato, lamerlo como un perro. El postre es *lemon pie*. Nunca me gustó, era el preferido de un novio. Una vez intenté hacerlo para él, es complicado porque lleva tres preparaciones: la masa, el relleno y el merengue suizo. Las tres me salieron mal. A partir de ese fracaso considero al *lemon pie* mi enemigo. Le doy una chance, lo pruebo y no me disgusta. Como otra cucharada, no entiendo el sabor y eso me provoca curiosidad. Al quinto bocado sentencio: *Este lemon pie está hecho con amor*. Tal vez sea por la sangre, tener en mi cuerpo parte de otra persona. Quizás cambien mis gustos y ahora sea adicta al *lemon pie*, quizás incluso ahora pueda cocinarlo de taquito, volverme una experta. Quizás ahora ame lo que odiaba y odie lo que alguna vez amé.

***

Suena una alarma. *Hora de la pastilla*, dice Ciro y la libera del blíster. Es liviana, redonda, rosa, como las aspirinetas que robaba de la cartera de mi mamá y comía a escondidas. Tengo los ojos abiertos, pero sueño despierta. Me ataca un rostro, queda fijo, como la última imagen de las películas argentinas de los ochenta, un plano congelado. Reconozco esa cara, los ojos achinados, el pelo cortito, dos mechones ceniza que se encuentran en el mentón, la boca roja brillante. Es Adela. Mi primera maestra de pintura. A los doce años, mi papá me llevó a su taller sobre la calle Monroe. Era gigante, luminoso, una playa donde en vez de sombrillas había una hilera de atriles. En esa época era una preadolescente que casi no hablaba, al volver de la escuela me encerraba en mi habitación y pintaba con acrílicos desparramada en el piso hasta que mi mamá me obligaba a meterme en la cama. Copiaba obras de August Renoir, René Magritte, Edgar Degas. Pero nunca sus obras más famosas, me interesaban las menos atendidas. Plagiaba la composición sin culpa, todo igual, salvo un detalle. No dibujaba manos. Los brazos

terminaban en la muñeca. Mi papá se molestaba, decía con tono rezongón *Le falta algo, ¿no?* La escena se repetía, yo dejé de responder. Cuando me llevó al taller de Adela me recordó cuatro veces que guardara en la mochila mi carpeta de pinturas, le hice caso. Adela hojeó los folios que protegían del polvo a mis humildes imitaciones. Sonrió al ver una y dijo: *Sos una gran observadora*. Mi papá comentó jocoso *Te debe las manos*. Ella desarmó la sonrisa y levantó la vista, una sola mirada bastó para callar a mi papá. A pesar de que tardé un mes en pronunciar más de diez palabras durante sus clases, supe esa tarde que no sería una persona pasajera. En esos seis años que fui su alumna me enseñó cómo dibujar una mano, porque ella decía que una artista plástica debía saber dibujar todo. Jamás me preguntó por qué no dibujaba las manos. Hace diecinueve años que no sé nada de Adela.

***

Elsa hace un sonido de bocina con la boca para exigirle a Ciro que se corra del paso, sus manos al volante, conduce su botiquín con ruedas. Lo estaciona en paralelo a mi brazo izquierdo. Cuelga del portasueros la bolsa de hierro, la engancha como si fuera una bufanda. Conecta el líquido con la vía clavada en mi muñeca. Replica el mismo proceso con el otro brazo, acomoda la bolsa de sangre en el otro portasueros, mira la manguera para atestiguar que deslice la primera gota, se hace desear, no pestañea. *¡Ahí está!*, dice, al ver cómo la manguera se llena de color. Contengo la respiración, pero es demasiado tarde, de su boca salió el vaho. Por unos minutos solo puedo pensar en ese olor incisivo, hasta que un malestar físico lo deja sin efecto. Una agujeta, otra. Me retuerzo en la cama, grito. Tengo la seguridad de que van a explotar mis venas. Elsa pregunta qué pasa, Ciro corre hasta mí, se lleva por delante el botiquín con ruedas. *La sangre me está lastimando*, digo con los ojos vidriosos. Elsa se acerca de nuevo al portasueros, lo envuelve con las dos

manos, aprieta algo chiquito que tapa con su dedo carnoso. La sangre viaja por el conducto con la violencia de una sudestada, la presión me sacude, el dolor se vuelve concreto. De repente, el alivio. Elsa modifica el ritmo de la sangre que entra a mi cuerpo. Desacelera la urgencia, el río se vuelve manso. *Basta de llanto que usted no es bebé*, lanza Elsa y tira por la borda su gesto de empatía. Me guardo el agradecimiento, Ciro habla en mi nombre. *¿Todavía no te arrancaste esa uña, nena?*, pregunta Elsa mientras observa con asco mi dedo, y agrega: *termino mi ronda y vuelvo para sacártela. Ya se va a caer sola*, le contesto. Escupe un *bueh* y se marcha ofendida.

¿Dónde esconderá el atún?

***

Hace cuarenta y ocho horas que no me miro al espejo. Dos días en un sanatorio bastan para derribar un estilo distinguido, la trayectoria del buen gusto. No es necesario ir al tocador para confirmar que mi pelo es un helecho seco, olvidado al sol de verano. Las manos describen el estado calamitoso de mi belleza, por la mañana tuve la idea desafortunada de tocarme la cara. La frente, las cejas, los párpados, la nariz, la boca, el mentón. Un reconocimiento facial. Cuánta inocencia. La feminidad te abandona, toma carrera y se va. Arreglate sola, como puedas. Se desentiende de que seas mujer. Problema tuyo. ¿Qué es ser mujer? Mostrar las piernas lampiñas y suaves al tacto, el bozo libre de pelusa, ovular, menstruar una vez por mes, poder gestar una vida. Uno, dos, tres. Cinco pelos en la barbilla palpé. Largos, casi lacios, podría hacer una trenza cosida. Deben ser las hormonas que estoy tomando. El cutis lleno de resentimiento, la piel crujiente, con escamas. Pronto seré un pez. Lo más conveniente cuando una tiene el aspecto desmejorado es concentrarse en otros rostros, olvidar que tenemos uno. O inventarnos una cara que nunca tuvimos, ojos violetas, una nariz

chiquita como botón, pecas en las mejillas. Si voy a dejar de ser yo misma, que el proceso sea completo. Mientras no caiga frente a un espejo estoy a salvo. La mentira y la imaginación están a solo dos pasos.

Mi proyecto es estudiar a las actrices de la telenovela, a partir de ahora la televisión será mi espejo. Un *casting* de caras donde elegiré la propia. No necesito oírlas, verlas es suficiente.

Escena 1: Un portarretratos de plata contiene la imagen de la caballería. Tres hombres de traje, el señor canoso del centro reparte sus brazos entre los otros dos de menor edad. Debe ser un padre orgulloso de su descendencia masculina. Una mano acaricia la foto. La cámara toma distancia y descubrimos a una dama sexagenaria de espaldas. Mira con nostalgia el pasado. La cámara se aleja un poco más, el espacio crece y sobre un espejo se refleja el señor canoso de la foto. Tiene el ceño fruncido, mueve los labios, no abre la boca lo suficiente como para descifrar lo que sale de ella. Afilo los ojos y sigo mirando.

Rescato una frase:

—Voy a cambiar el testamento.

La señora gira la cabeza, busca la cámara, apunta, rompe la cuarta pared. No es necesario el volumen para percibir la música dramática, el aviso de que estamos frente a la villana de la historia. Ella me mira con un solo ojo. Una mujer pirata.

El hombre vuelve a hablar, las palabras se van, logro atrapar seis:

—El segundo paso será el divorcio.

La mujer pirata levanta su único párpado visible, impone autoridad. Separa su cuerpo de la silla, camina unos pasos hasta un escritorio de madera, abre un cajón donde solo caben objetos pequeños, de él saca un frasco y pronuncia:

—Eres tú o yo.

Entiendo su mensaje porque modula para mí, abre tan grande la boca que puedo contarle los dientes. Me hace su cómplice, ahora sé que matará a su marido y no puedo hacer nada, salvo garantizar fidelidad cada tarde. Mi telenovela elegida.

Le pregunto a Ciro qué hora es, no quiero perderme el capítulo de mañana. *Cuatro y cuarto,* me dice. Tengo una cita con un drama que es ajeno. La telenovela me toma porque la cámara se posa cerca de los rostros y los días en un sanatorio son así: en primer plano.

***

Faltan veinte minutos para la visita de Iván, prometió llegar a las seis. Ciro tiene la mochila preparada, al fin un relevo. Le preocupa que Munch esté tanto tiempo solo, es un perro que no está acostumbrado a la falta. Nosotros no estamos acostumbrados a que nos falte él. Le pido a Ciro que le saque fotos a Munch, muchas, hasta captar esos ojos de loco que pone cuando llegamos a casa, aunque hayamos salido unos minutos. Para él, no hay diferencia, todo encuentro es desbordado, resume en un salto el amor que le da sentido al dolor inevitable. Munch estira su cuerpo, relincha como un caballo, apoya sus patas sobre mi pecho y olvido la muerte. Si pudiera pedir un deseo sería que Munch me visite, se adaptaría enseguida al hábitat. Hace dos veranos lo llevamos a un lago, cerca de Chascomús. Munch reptó por la arena, la cabeza baja, el hocico atento, la cola tiesa. Miraba hacia adelante, el lago reflejado en sus ojos negros, nosotros dejamos de existir. Esa tarde dejó de ser un perro, se convirtió en caimán. Nadó por horas, como si ese medio fuera su naturaleza, recorría las aguas levantando la vista, intentando ponerles nombres a los sonidos forasteros. Cuando le dimos la orden de salir no vino solo, guardaba algo grande entre los dientes. Trotó sobre el agua hasta tocar la arena y dejó caer su presa: una flecha plateada. Más conocido como pejerrey. Munch estaba orgulloso, se sentía feroz. Le sacamos una foto con su trofeo, él posó moviendo la cola.

Traeme también la pinza de depilar, le recuerdo tres veces a Ciro. Tengo el mentón que parece un cactus y un pelo finito, negro,

muy negro, que me creció en el centro del cuello. Lo estiro y vuelve a su forma. Me pregunta dónde la guardé, le indico cinco posibles lugares con el temor de que no esté en ninguno. *Te compro una en la farmacia*, me dice.

Siento envidia de Ciro, de la libertad de salir del sanatorio. Caminar al aire libre. La incertidumbre de qué te esperará en la siguiente esquina.

Situaciones que te regala la calle:

- La cumbia a todo volumen de un auto que deja su estela. Seguirla por unas cuadras para no abandonar la canción.
- Observar varios minutos una mancha de aceite sobre la acera que comprime los colores del arco iris.
- Acariciar a cada perro que pasa y preguntarle su nombre a quien lo pasea.
- Presenciar la apertura de un negocio nuevo en el barrio, la ilusión en los ojos del dueño, el olor a comienzo. Entrar, comprar varios artículos, desearle suerte.
- Estudiar a un niño que avanza lento, detrás de su madre, porque salta las juntas de los adoquines. Recordar que yo también tuve esa estatura y la misma obsesión.
- Encontrar en el piso un juguete de piñata. La vida en miniatura.
- Los viejitos que se juntan los jueves en un bar a comer una porción de pizza con un pocillo de café negro porque es el día de promoción.
- La risa a coro de los encargados de la cuadra que se amontonan en la entrada de un edificio para intercambiar anécdotas.
- Ser sorprendida por una empleada de la panadería que sale corriendo del local para informarme que acaban de sacar del horno una tanda de napolitanos. Mi factura favorita.

Cómo me comería un napolitano. De masa esponjosa, elástica al tacto, un colchón inflable. Nunca se sabe qué texturas esconde en el centro, tal vez un fruto seco o un pellizco de chocolate. El

napolitano. Discriminado por estar hecho con partes de otros cuerpos.

Ciro aprovecha el relevo y sale del agua, tiene menos de dos horas para ir a casa y volver, hacer algunas compras. Iván llega y lo hace saber. Su entrada desnaturaliza la vista porque él es distinto, hace de la vereda más rota un corredor verde que peregrina con sus patas prolongadas de ave, otorgando a cada pisada un carácter majestuoso, una celebración del caminar. Avanza en puntas de pie, no se aferra a la Tierra, su pisada aérea lo viste de gala, aunque su ropa sea de entrecasa. Una garza mora, grande y delgada, plumas largas en nuca y dorso, sobre la cabeza una gorra negra que cubre su calvicie. La pérdida de plumas lo doblega, afecta su autoestima. Es arisco y ante la menor amenaza levanta vuelo. Estira su cuello blanco recogido en forma de *s*, hincha su pecho, observa al resto desde las alturas. No es una actitud arrogante sino una respuesta al temor de extinguirse, ser lastimado y que nadie arriesgue su vida por la de él. El miedo a no ser querido. Repite que es solitario, pero ese decir es un escudo para no hipotecar su independencia, la estructura ósea que lo sostiene sin esperar que otro hombre cumpla sus promesas de amor. La gente pasa y él toma forma de estatua, el plumaje rígido, los ojos estáticos, una estrategia para evitar que le hablen. Un primer contacto. Iván no confía en las personas, salvo en mí.

¿En esta habitación es la fiesta?, son las primeras palabras que salen del pico de Iván para hacerme reír. No sale del personaje, su trabajo es animar cumpleaños infantiles. Exagera la alegría porque odia a los niños, los odia porque él sigue siendo uno y no quiere competencia. *¿Me pasaron mal la dirección del evento?*, grita en un tono de voz poco propicio para un sanatorio. Conozco sus intenciones, quiere ahuyentar la muerte como si fuera una mosca, sacarme del peligro a través de un chiste. Esbozo una sonrisa al escuchar sus graznidos, la fiesta comienza. No sabe qué decir, percibo que le impacta verme tan frágil, la tez transparente, dos cuencos grises debajo de los ojos. Cacarea para que no oiga sus

pensamientos apocalípticos, un niño asustado. Iván teme acercarse a la cama, dejar salir una mirada de pena, se queda en la orilla y camina en círculo rezando *ru-ru-ru*. Es el llamado de aterrizaje cuando la garza llega al nido, el saludo de pareja. De alguna manera eso somos. Una sociedad amorosa. Iván no tiene la habilidad de nadar a pesar de ser un ave acuática, mete la cabeza en el agua solo en situaciones extremas. Detesta sumergirse porque al mojarse sus plumas de revestimiento quedan visibles los faltantes de pelo. Su piel desnuda. Sin embargo, decide adaptarse al espacio, el frío, empapa las patas, esconde algo en sus alas, avanza sigiloso a paso firme para no ser sorprendido por un pozo. Se acerca a mí haciendo oídos sordos a la arquitectura de su infierno a medida: quedar atrapado en un hospital. *No sabía que eras tan fuerte*, me dice Iván, sus ojos están húmedos. *Parecés Jesucristo con los brazos en cruz*, agrega. Le pregunto qué oculta en sus alas. *Adivina qué es*, dice. Me arriesgo: *una galera, un ventilador portátil, zapatos de bailarina*. Desilusionado de que no responda con seriedad la adivinanza, Iván exhibe su regalo, una caja de caramelos confitados. Tres tonalidades: celestes, rosas y amarillos. Los colores de la ropa tejida para bebés. *Custodiá el tesoro, si aparece la enfermera escondelo*, le sugiero. No me permiten comer golosinas.

No sé su nombre, pero lo reconozco, el recién nacido de la habitación pegada a la mía llora. El otro bebé da un alarido más débil, llora por obligación, porque eso hacen los bebés. En cambio, el de al lado grita de fastidio, es una mojarrita que la sacaron del agua. *¿Qué es ese barullo? ¿Hay un bebé llorando?*, pregunta Iván. *Me internaron en el ala de maternidad*, le explico. *Si hay algo más escalofriante que la muerte es un bebé: demandante, histérico, demasiado vivo*, dice apretando el pico. Ni un solo gesto, mi rostro no reacciona, cuando escucho la palabra *bebé* un dolor se origina en el ombligo y se esparce por todas mis terminaciones nerviosas. Baja hasta las piernas, toca la rodilla, continúa por el empeine de los pies hasta llegar al dedo chiquito. Toma envión y sube por los gemelos, los muslos, la ingle, rodea las costillas, el esternón, busca el cuello para deslizarse por los hombros, los brazos, las manos, el dedo gordo. El dolor no sale de mí, regresa por el camino inverso, se

trepa al mentón, escala los labios, la nariz y se mete dentro de mis ojos.

A veces pienso que los bebés pertenecen a otra especie, alguien cambia los cuerpos y creemos que es la misma persona que muta, crece en altura, desarrolla sus músculos, pega el estirón. Pero por las noches dudo. ¿A dónde van los bebés cuando los reemplazan por niños?

***

Con Iván nunca tuvimos secretos, nos contamos todo. Fantasías turbias que nos ponen en peligro, detalles de un encuentro sexual, el estado de las hemorroides. Pero no le dije nada de Azucena, mi Azucena. Si la nombro en voz alta la terminaré de perder, se desdibujará su rostro, la textura gelatinosa de los tentáculos que buscan mis pechos, la voluminosidad de la campana que protege su deseo de ser arropada por una madre. Me niego a que se reduzca a un recuerdo. No menciono delante de Iván la palabra *medusa*. Que no las vea no significa que no existan.

Me retuerzo en la cama, Iván salta de la silla, hunde el dedo índice en el botón que llama a la enfermera. Algo araña mis venas, una tortura. *Qué pasa acá qué pasa*, pregunta Elsa al entrar a la habitación, avanzando por el espacio al compás de su renguera. *Le duele la transfusión*, le explica Iván corriendo alrededor de la cama. Elsa se pone los anteojos, estudia la vía, el recorrido de la sangre. En menos de cinco segundos da su veredicto: *La manguera está tapada*. Le ruego que frene el goteo, no aguanto tanto sufrimiento. Elsa me pide que respire profundo. *Te va a doler, no quiero engañarte*. Hace una pausa y me da otra orden: *Pensá en algo lindo*.

¿Cuánto dura un pensamiento de refugio?

Para eso existe la memoria, puede ser una cueva oscura invadida de ratas, pero a veces se apiada y toma forma de castillo inflable. Me saco las zapatillas, asomo la cabeza por un enorme

orificio, el sonido del mar dentro de un caracol. Entro de clavado, un viento revolotea mi cabello, es una playa desierta al atardecer. Hago reconocimiento del espacio, una caminata lunar, el suelo es blando como un bizcochuelo, los pies son masajeados por la goma elástica. Detengo el paso y brinco, salto en medias hasta olvidar que tengo una piel. Es el trayecto al pensamiento de refugio.

Es el año 2000, sábado diez de la mañana. Estoy sentada en la mesa larga del taller de Adela, mi torso desplomado en la tabla, la cara aplastada contra la madera. Esa mañana estaba aturdida por la tristeza. En la adolescencia la tristeza no es un estado de ánimo, es una temperatura corporal. Unas líneas de fiebre que no menguan. Yo no sabía el nombre de mi tristeza, mi lengua apenas se movía, las palabras trabadas. Esa tarde no pinté, ni siquiera agarré un pincel. Adela me hizo una pregunta: *Vos, ¿querés estar acá?* Respondí que sí con la cabeza. *Si hoy no se te ocurre qué pintar, vamos a visitar un museo*, me propuso. Fuimos en su auto, ella manejaba rápido, tocaba bocina, insultaba a los taxistas que no ponían la luz de giro. Su impaciencia me daba miedo, pero también me excitaba, un modelo a seguir. Nunca había conocido a una mujer tan fuerte, segura de sí misma. Atravesó media ciudad y a mitad de camino, durante un semáforo en rojo, me hizo otra pregunta: *¿Tenés que llegar a alguna hora a tu casa? No tengo otros planes*, respondí. Cuarenta minutos tardamos en llegar al Museo de Bellas Artes sobre la calle Libertador. Recorrimos los tres pisos, nos repartimos los cuadros. Ella miraba una pared, yo la de enfrente. No ofició de maestra, era una compañera de silencio. Me detuve un largo rato delante de una obra gigante de 1851, casi dos metros de altura. Óleo sobre tela. Un retrato, siempre me fascinaron los retratos. No por la fidelidad con el rostro de la musa sino por la distorsión. La interpretación de las geometrías de una persona, en el uso del color se esconde la cercanía o distancia con el modelo. Las luces y sombras del pintor. El retrato era de una mujer atrapada en un vestido color sandía despampanante, acampanado. La pincelada cargada de verdad, podía tocar la textura de la tela con los ojos, un

terciopelo suave que se despeinaba si lo acariciaba a contrapelo. Volados de encaje en la terminación de las mangas, los hombros al descubierto, un brillante sobre el esternón, una peineta sobresalía del pelo negro. Debajo de la falda asomaba la punta del zapato, color blanco. Ese detalle fue mi obsesión por años, ¿por qué el pintor decidió mostrar la punta del zapato? La mano izquierda de la modelo tocaba una hoja apoyada sobre un escritorio, a la derecha de la figura había un sillón de un solo cuerpo. El retrato de Manuelita Rosas guardaba un enigma en la posición de la boca, si quien miraba estaba tomado por una ilusión veía una sonrisa, pero si al espectador le pesaban las piernas la traducción del gesto era la desdicha.

¿Alguna vez podré pintar así?, le pregunté a Adela, con temor a su respuesta. *Depende de vos*, me dijo.

Una hora después bajamos las escaleras del museo, ella iba adelante, caminaba tan ligero, siempre me quedaba atrás. Dudaba de si quería seguir estando conmigo o había terminado nuestro tiempo, la hora de clase. Frenó en el penúltimo escalón. *¿Te hizo bien la salida?*, me preguntó mientras buscaba las llaves del auto en su cartera. *Sí*. Le di un abrazo, la sentí tan cerca que olí el perfume de su lápiz labial: a montaña.

***

Grito tan agudo que toco el sonido. Lloro tanto que empapo mi remera, un desahogo. *Se terminó el horario del tormento. Sonría un poco*. *Hágala reír a su hermana, chico,* dice Elsa con fastidio.

No soy el hermano, aclara Iván. Él busca mi mirada, esquivo sus ojos porque sé lo que espera: preguntarme de dónde viene el olor hediondo. Iván fue bautizado por el aliento de Elsa.

Les falta carne. Se parecen, son flaquitos los dos. Lo que daría por recuperar la figura esbelta de mis años mozos. Era así, como ustedes, un fideo, balbucea Elsa y el vaho a atún lo deja sin aire a

Iván, un cinturón ajustado a la garganta. No respira, la boca sellada, se va poniendo morado. Un ruido lo sobresalta, los labios se despegan y el aire encuentra salida.

El ruido crece, es un trueno que estalla entre paredes. El motor de un crucero enorme que avanza por el océano con prepotencia, una prisión con lujos. Yo lo miro desde abajo, las aguas alborotadas, un *jacuzzi* desbordando espuma.

¿Qué es ese sonido tan penetrante?, le pregunto a Elsa. *Están remodelando el sanatorio, martillan, hacen agujeros, muelen paredes. No se puede ni pensar con semejante barullo. Los bebés se despiertan, lloran, no se calman. Las parturientas enloquecen. Y a mí, a mí que me parta un rayo me parta. Tres meses, Elsa. Tres meses nada más y chin pun*, vocifera. *¿Qué pasa en tres meses?*, le pregunto. *Me jubilo, nena, ¡al fin!*, grita y levanta los brazos buscando a Dios con sus párpados caídos de cansancio.

Bueno, nena, terminó mi jornada, ¿qué novela estás mirando? No se escucha nada, me dice y amaga dos veces con irse, pero se queda. *No sé cómo se llama la que dan a esta hora, me enganché con la de las cuatro. Si querés, mañana vení a verla*, dije sin entender lo que dije. No comprendo la razón por la que tuve ese gesto con Elsa, apenas se descontrolaron las palabras me arrepentí. *¿Por qué escuchás tan bajito?*, rezonga. *Desde ayer no encuentro el control remoto,* contesto. *Ay, estos jóvenes… no saben dónde tienen la cabeza. Nena, a partir de ahora cualquier queja se la hacés saber a Perla. Le falta experiencia a la pobrecita, es un poco tonta, pero tiene ganas,* reflexiona con una honestidad hostil antes de irse. *Ah, y convencé a tu hermana para que se arranque esa uña fulera.* Me pregunto si volverá a su casa o cumplirá un turno en otro sanatorio.

¿Y ese olor repugnante? ¿Hay algo podrido en el tacho de basura? Decime que se puede abrir esa ventana, desespera Iván. *Bienvenido a mi mundo. Es el aliento de Elsa, yo creo que come mucho atún*, le explico. *¡La ventana no se abre! No te moriste desangrada, pero vas a fallecer por asfixia. Qué baranda*, *es como nadar en el Riachuelo*, repite. *Podrías ofrecerle un chicle*. *No quisiera ofenderla*, me excuso. *Y a mí me ofende su mal olor*, sigue. El llamado a la puerta interrumpe su monólogo. La hora de la cena. La

camarera de todas las noches, servicial, delicada en sus breves movimientos. Verla es mi modesta alegría, la palabra de un crucigrama que debo deducir: el nombre del plato que me espera. *Mañana me voy*, le anuncio. *Disfrute su último banquete entonces*, recita como un mantra que debe pronunciar cada semana. Es corta de palabras, educada con lo justo.

Iván libera el humo de los platos. *A ver si el perfume de la comida tapa este olor nauseabundo*, dice. Ese es su único defecto: se atora con una idea y no hay maniobra que lo saque de ahí.

Plato principal: una pechuga de pollo, esta vez tiene una salsa *pomodoro* que pinta de rojo la carne pálida y demasiado cocida. Guarnición: puré de calabaza. El naranja es vibrante, el sombrero de un hongo unicornio.

Un segundo acompañamiento: una ensalada de tres colores. Amarillo, verde y carmín. El queso cortado en cubos, el tomate jugoso en rodajas, pequeños gajos, hojas de albahaca de carácter extenuado, pero con el perfume intacto. Verdes como algas marinas, mastico una para sentirme un caracol acuático. Tan chiquito que nadie lo puede ver. La voz aguda de Iván me devuelve a la cama. *Tenés postre*, cacarea. El postre: tarantela.

No conozco el sabor de la tarantela. A simple vista parece un flan. Mi tío preferido afirmaba que era su especialidad, lo cocinaba en los cumpleaños de mi abuela. Siempre me ofrecía una porción, yo la rechazaba diciendo que no me gustaba. Cómo saberlo si nunca probé un bocado. Qué mal educada. Una noche me contó que su nombre se debía a su consistencia temblorosa. La tarantela primero fue una danza popular del sur de Italia, la creencia dice que ese baile cura una clase de locura producida por la picadura de la mayor araña europea, la tarántula. Los movimientos espantaban al bicho, deshacían la amenaza.

Iván rebana la tarantela, lleva la cuchara metálica hasta mi boca, la abro grande. Detengo el temblor. El azúcar se fusiona con la saliva, un dulzor que me despega el ombligo de la espalda, el frenesí de un sabor desconocido, el descubrimiento de una isla, un paisaje virgen. Cierro los ojos y bailo los pasos de la tarantela en un compás de seis octavos, suenan las castañuelas, el tambor. Me agito,

transpiro y el veneno sale de mi cuerpo a través del sudor. Bailo con mi tío, durante una pieza musical hace una excepción, está vivo, sonríe. Un recuerdo inventado.

Exquisito, sentencio. *No sé por qué tardé tanto tiempo en comer tarantela*. Conservo la electricidad en los músculos. La danza dentro de mí.

Traje una cámara de fotos analógica que me prestaron, te voy a sacar una foto, dice Iván tras sacar una Canon de su mochila y colgarla del cuello. Un turista en el submarino. *¿Te emborrachaste con jugo? ¿Para qué? Estoy horrible,* repito dos veces mientras me sumerjo bajo las sábanas con ayuda de los dedos de los pies, como una almeja que se esconde bajo la arena. *Para reírnos en unos meses*. Acepto. Apoyo los talones sobre el colchón, dibujo una escalera ascendente y saco la cabeza. Miro al lente, pienso en que mañana me reencontraré con mi perro Munch. Sonrío.

***

A las nueve de la noche vuelve Ciro, el flequillo derretido y pegado a las sienes narra el clima externo. Es enero, recuerdo. Acá adentro no hay mes, ni día, ni hora. Ciro trae más cosas al submarino, una pequeña mudanza. Si yo no puedo ir a casa, la casa viene a mí.

No encontró la pinza de depilar, compró una en la farmacia. No creo que sirva, pero la recibo como si fuera una corona de diamantes. También me trae objetos que no pedí: un cuaderno de hojas lisas, un lápiz HB, una goma de borrar, un sacapuntas, una caja de lata con quince lápices de colores.

Por si te dan ganas de dibujar antes de que te den el alta, me dice Ciro guiñándome un ojo.

¿Se puede dibujar debajo del agua?

Solo dibujando a las personas puedo entenderlas, saber qué piensan, cuáles son sus deseos postergados, qué sienten, qué siento por ellas.

Tiemblo de frío, Ciro asegura que fuera del sanatorio azota un calor tropical. *Hay que pedirle a la enfermera que baje el aire acondicionado un poco*, agrega. Ni él ni yo entendemos el funcionamiento de la botonera industrial del equipo. Ciro también tiene frío porque se desacostumbró al agua en las tres horas que estuvo afuera. No se debe meditar mucho, hay que juntar coraje y zambullirse. Nunca de a poco, el agua no permite grises ni perdona titubeos. El chapuzón debe ser violento, oírse como si el sol cayera y desbordara el océano. Ciro tiembla, ¿es por el frío o tiene miedo? Le sugiero que se dé una ducha caliente, se niega. *No es mi baño ni yo soy el paciente*, se justifica para no quedar como un sucio. Es verano, es lógico que Ciro no haya guardado un suéter en el bolso. Dentro de un hospital siempre es invierno.

Se te ve agotado, le dice Iván. *Mañana ya volvemos a casa y podremos descansar*, responde.

Amor, tu papá me mandó varios mensajes. Está ofendido porque no contestás sus llamados, me avisa Ciro. Mi padre se comporta como un paciente internado aunque no lo sea.

Iván le da el parte a Ciro como un médico de guardia que terminó su turno: *Roberta ya comió la cena, probó la tarantela, lloró, recibió otra transfusión, solo le queda hacer pis cuando le desconecten la manguera de hierro*. Ciro lo miró con ternura y deslizó, con el mismo volumen de la televisión, *gracias*. Estaba perdiendo la voz. Los acompañantes de un paciente se vuelven endebles con el correr de los días, no es gratuito ver sufrir a una persona que amamos.

La visita se despide con un beso en la frente, camina hacia la puerta, detiene el paso, gira la cabeza hacia mí y formula una pregunta: *¿Qué significa ese dibujo que está en la puerta de tu habitación, del lado de afuera? No lo sé*, respondo. Baja el picaporte y regresa a tierra firme.

Día 3

Amanecí sintiendo nostalgia por el naranja de mi uña. Los colores se van apagando, solo queda un paisaje amarronado. El agua contaminada donde descansan los pinceles al terminar su tarea. Debajo de mi dedo se esconde una fruta machucada, el inicio de la putrefacción.

Las uñas no respiran y no necesitan estar expuestas al aire para estar saludables, reciben sus nutrientes a través del torrente sanguíneo.

Si me desangro, la uña se terminará de caer.

Soñé con Adela. Estábamos en su taller, las dos frente a un bastidor apoyado sobre el atril. La luz entraba por la ventana y quemaba los colores, una ceguera temporal. Adela me pedía que me alejara un par de metros de la obra, ella caminaba pegada a mí. Sostenía su pera con el dedo índice y pulgar, la posición del pensamiento, entrecerraba los ojos y me decía: *¿Qué le falta?*

No pude darle una respuesta, el ruido de las amoladoras me arranca del pasado de un cachetazo. Al menos el estruendo que provoca la remodelación del sanatorio tapa el llanto de los bebés.

Tengo un recuerdo ligero de que muy temprano me desconectaron una de las mangueras del brazo tras tomarme la temperatura y medirme la presión, pero estaba dormida y la enfermera de turno no tenía un olor tan mordaz como para despabilarme. Perla no se destaca por tener carácter en su piel, su presencia es evanescente.

Siete de la mañana. Hora del desayuno. La camarera ingresa al cuarto cargada de peso, es una equilibrista que no debe distraerse porque una pisada dubitativa podría ocasionar una fatalidad. Las tazas de losa, el café caliente, el agua hirviendo. Ella siempre está impecable, el pelo tirante, brilloso, el moño ajustado a la cintura. Me incomoda no poder ayudarla cuando sus dos manos no le alcanzan, Ciro lo hace por mí. La camarera se ofende. *Es mi trabajo*, repite. El desayuno de hoy ofrece una pequeña y significativa variante: las galletitas de agua han sido reemplazadas por dos medialunas de manteca. Una escultura perfecta que fue esmaltada antes de ir al horno, sutiles rugosidades en el centro, la tez dorada, los extremos unidos en un beso. Pellizco un costado, es esponjosa como una almohada de plumas, le doy un mordisco, el almíbar se disuelve en mi paladar, puedo sentir el verano en mi boca. El pelo goteando sobre mi espalda, la brisa despeinando mi flequillo, los cánticos de los vendedores ambulantes. La reposera hundida en la arena húmeda, mis ojos se nublan de placer.

Ciro me toca el hombro. *Se te va a enfriar el café con leche,* me dice. Podría mentir y asegurar que voy a extrañar este café con

leche, pero no es cierto. No hay que faltarle el respeto a la mentira, se usa cuando es debido. En resumen, casi siempre. Le sirvo con una mano el té a Ciro, se niega. *Es tu desayuno, amor*. A veces de tan educado se pone denso. Tomá el té, decí gracias, simple. No quise ponerme sentimental con la camarera, no es su estilo y quién soy yo para cambiarla en solo tres días. La saludé como cualquier mañana, ella se despidió con las mismas palabras: *Buen provecho*.

Tocan la puerta. No reconozco el sonido de la percusión. Cada uno tiene una forma propia de anunciar su llegada, una música distinta. Ante el silencio vuelve a golpear. *Adelante*, grita Ciro. Un rostro inédito, es un hombre, pelo plateado, ojos sin fondo. Es la imagen de un tiburón blanco. Huesos grandes, masa vigorosa, la mirada brusca y los dientes demasiado blancos. Cuesta verlos, destellan. No tiene delantal de médico, viste una camisa celeste, impoluta, cubre su pecho, pantalón pinzado oscuro y zapatos en los pies. Flamea su cola, nada por la habitación, rodea mi cama, una de sus aletas pectorales sostiene una bolsa rígida con el nombre del sanatorio tatuado en el centro. Detiene el movimiento, no me mira de frente sino de perfil. Un ojo en cada sien. Su mandíbula se abre: *Me hicieron llegar tu caso, estuve estudiando tus análisis. Tu situación es muy delicada.*

Los tiburones poseen la capacidad de oír las bajas frecuencias de animales heridos, detectan la fragilidad a cientos de metros de distancia. *Tenés que ir a cirugía cuanto antes. Si no te operás, te vas a morir*, dice y junta sus dientes en forma de peine. La fuerza de la mordida me bloquea el pensamiento, no encuentro el ímpetu para un contraataque.

Los expertos aseguran que cuando te topás con un tiburón blanco debés mantener la calma, hacer contacto visual. Empujo lejos el terror que me dejó sin lengua, lo acomodo detrás de las costillas. Cuando no es posible manejar el miedo, hay que pensar en un chancho vestido de frac bailando en un bosque. Me lo enseñó un amigo de la escuela cuando éramos chicos. Se requiere concentración, fijar la mente en los brincos del animal, el desplazamiento elegante por el verde, una danza donde el *partenaire* es el paisaje. El chancho cae al césped derrotado, un

tiburón blanco perfora la tierra y atrapa al bailarín de un tarascón. Somos él y yo, observo su comportamiento para evitar provocarlo, la regla dice que si mantengo la compostura, el tiburón se irá nadando de manera pacífica. La técnica no funciona. Sigue plantado frente a mí, decidido a abrirme el cuerpo con una cuchilla, el filo de sus dientes. Unos dientes que no terminan, son miles y miles. Cuando el tiburón pierde piezas vuelven a crecer, una hilera aguarda debajo para ser estrenados. Como un niño que rechaza la adultez.

Una voz interrumpe el duelo. *Disculpe, yo soy el marido. Roberta se asusta mucho, le tiene pánico al quirófano.*

El gran tiburón cambia de posición, dirige su ojo hacia Ciro: *Peor es morirse. Si no se opera cuanto antes, yo no me hago responsable de lo que le vaya a pasar. Por la presión que hace el útero tiene órganos en riesgo. El hígado y la vejiga, y también la aorta principal.*

Nunca pronuncia mi nombre, ni siquiera el apellido. Para él, debo ser una patología, un cuerpo descompuesto.

Con la urgencia no me presenté, mi nombre es Marco Genovese. Te voy a dejar mi teléfono para que estemos comunicados hasta mañana, cualquier problema me llamás. Tu esposa tiene un estado de gravedad. La hemorragia podría volver en cualquier momento y ser mortal.

La marea sube de nivel, trago agua, toso, me cuesta respirar. Tengo un sabor salado, mis lágrimas se mezclan con el agua dulce del océano. El Dr. Genovese no se conmueve con mi amargura silenciosa, tampoco me mira.

¿Voy a poder tener hijos?, le pregunto bajito y apenas puedo oírme. Un quejido.

La bestia tiene un escuchar sensible: *Nadie puede saberlo. Mi prioridad es salvarte la vida. Voy a sacarte gran parte del útero, intentaré cortar lo menos posible. Pero es mi obligación transmitirte que tal vez no puedas concebir un bebé con un tercio del útero.* Hago una última pregunta, muy poco original. *¿Tiene riesgo la operación? Toda operación tiene un riesgo,* repite como un estribillo que conoce de memoria.

Insisto, busco una palabra de seguridad: *¿Me prometés que no me voy a morir en el quirófano?*, susurro. A la bestia solo le pido una mentira. *No puedo hacerte esa promesa. Va contra la ética de mi profesión*, dice apenas despegando su mandíbula inferior de la superior. Su camisa igual de impoluta desde que llegó, ni una arruga, tampoco una aureola de sudor en la zona axilar. Nada.

¿Sienten los tiburones blancos?

Por la mañana te opero, a las once entrás al quirófano. A partir de las ocho de la noche tenés que estar completamente en ayunas, dice y se desplaza hasta la puerta sin mirar atrás.

Detono un llanto que despierta a los bebés de las habitaciones de al lado, son mis coristas. No hay amoladoras que tapen el barullo de la desesperación. El miedo a perder un fragmento, la incertidumbre de no saber cuánto cuerpo me quedará. Ciro me envuelve en sus brazos, cruza las manos para que esté contenida. No habla.

Mi casa se aleja hasta volverse un punto, una estrella lejana que apenas titila. Hago un ejercicio. Cierro los ojos y pinto mi casa para meterme dentro.

Recorro los ambientes en orden: entro por el *hall* angosto, toco las camperas colgadas del perchero, me tropiezo con un mordillo de Munch, logro encontrar un equilibrio y evitar darme la cara contra el piso. Camino hasta el comedor, cuento las sillas, una, dos, tres, cuatro, la cuarta tiene el respaldo flojo. Acaricio con los pies la alfombra mullida del living, frunzo los dedos y atrapo los pelos largos a punto de salirse de raíz. Giro la cabeza en busca del sillón esquinero, Munch duerme sobre él panza arriba, las patas abiertas de par en par. A la derecha, una pared me frena. No es una pared, son las puertas corredizas, tiro hacia afuera y las separo, mi cama aparece. Las sábanas desordenadas, la colcha hecha un bollo, una almohada en el centro del colchón, la otra a punto de caer al suelo. Todo está como lo dejé. Es la cama de alguien que está viva.

***

La ronda matutina trae a Clara y Hugo, entran al cuarto, no los saludo. Un desaire, mi humilde venganza. Teníamos un trato y lo rompieron. El odio en mis ojos rojos de tanto refregármelos después de llorar preocupa a Clara. Nunca estuvo tan fea como hoy, una atracción del tren fantasma. El pez víbora menos agraciado de todos los peces víboras.

¿Cómo te sentís, Roberta?, pregunta Hugo. Elijo el silencio. Giro sobre la cama, les doy la espalda.

Perdónenla, está desolada. Le ordenaron operarse de urgencia, mañana mismo, les explica Ciro. Yo puchereo, mis labios temblequean como la tarantela que devoré anoche. Me tapo con la sábana, evito que me vean desarmarme, no quiero darles el gusto. Soy una fiel defensora de la mentira, pero este engaño me desencajó. Ya no puedo confiar en la palabra de los médicos.

Extraño ser una niña.

Rutinas de la infancia:

- La ilusión al escuchar el timbre, sin importar quién estuviera detrás de la puerta.
- Cantar una melodía con la boca cerrada como respuesta a un sabor delicioso.
- Doblar las servilletas de tela en forma de lirio para la cena de Rosh Hashaná.
- Entrar a la habitación de mi hermano cuando no está, revisarle la mesa de luz.
- Tirar un colchón en el living, hacer una vertical, una medialuna, un flic flac.
- Ansiar la llegada de la adultez.
- Tener un único temor: que muera mi madre.

No es necesaria la muerte para que una familia se desintegre. La suma de varios individuos no forma una familia. Cada uno es un continente, separado por el océano. Mi hermano renunció a ser

parte, cargar responsabilidades sobre personas mayores que él, mi mamá se fue lejos y allá se quedó. No quiso cargar responsabilidades sobre personas menores que ella. Llevo años sin saber de mi mamá. Guardo una foto en un cajón, a veces la miro. Mi papá no se comporta como un papá, es una persona. Lo veo poco, algunas noches recibo un mensaje de él que dice: *Siento nostalgia de cuando éramos una familia.* A veces le pregunto qué es eso que extraña y responde: *Todo*. Yo no siento nostalgia de lo que fuimos, tal vez porque no estoy segura de qué fuimos. ¿Fuimos alguna vez una familia?

Clara me habla, algunos peces víbora tienen ese don. No la veo, pero presiento que está en cuchillas al costado de la cama. *Lamento que pases por esto, Roberta, pero no hay otra alternativa*, dice. El agua de los ojos cae de bronca, sin hacer ningún sonido, me escaparía por la ventana. Si la abro, podría entrar agua al submarino. Moriría de todas maneras.

Vas a tener que firmar unos papeles, muchos papeles, por ser la persona responsable de Roberta. *¿Vos sos familia?*, le pregunta Hugo a Ciro. *Sí*, responde.

***

La tristeza es buena para conciliar el sueño. Las aguas cálidas del caribe inundaron mis mejillas, un arrorró. Me dormí.

¿Qué hora es?, le pregunto a Ciro. *Las cuatro menos cinco de la tarde, amor*. *Escribile a Iris, quiero verla antes de la operación,* le pido por favor. Ciro acata mi orden con una única condición: que le permita avisarle a mi papá de la cirugía. Lo intervinieron tantas veces a ese hombre que habla como un médico. De las quince veces que entró al quirófano nunca, jamás, respetó las indicaciones del postoperatorio. Su desobediencia provocó que tuviera que volver a ser internado más de una vez.

Una cara conocida en la televisión. Es ella, la mujer pirata. ¡Es la hora de mi telenovela! Tal vez sea el último capítulo que pueda ver. Empieza la novela, mi vida en pausa.

Escena 1: La mujer pirata derrama unas gotas del frasco de veneno en un vaso de jugo, el líquido se pierde en el naranja saturado. La víctima entra al cuarto segundos después, bebe del vaso sin saber que la esposa desea su muerte.

Escena 2: La víctima conduce un auto. Los árboles se reflejan como una mancha verde en las ventanillas. Corte. Un grupo de jóvenes conversa en un bar, todas las mesas están ocupadas. A pesar del volumen bajo puedo sentir la música de tensión. El suspenso me hace olvidar que soy la que está en peligro. La víctima inclina su cuerpo hacia adelante, abre grande los ojos, el vehículo avanza zigzagueante, se sube a la vereda y atraviesa la vidriera del bar. Vuelan mesas, sillas, los jóvenes corren despavoridos. El auto por fin se detiene y dos chicas se acercan a rescatar al conductor.

—Este hombre debe estar muerto —dice una. Pude entenderle sin entrecerrar los ojos. Tres días en altamar son más que suficientes para relegar el habla, aferrarme a otro lenguaje. Universal. Leer los cuerpos, como hace un médico para averiguar si un paciente está enfermo.

Estamparse contra un comercio es una muerte respetable, siempre y cuando no haya otras víctimas fatales. Morir en un quirófano no es una muerte respetable. No hay épica.

Buenas muertes, en orden de preferencia:

- Devorada por la corriente tras salvar a un niño en el mar. Una despedida heroica.
- Accidente de avión. Defunción instantánea.
- Fulminada por un rayo. Tu nombre será susurrado en cada tormenta.
- Atacada por un oso negro en el bosque. Fama en los noticieros asegurada.
- Infarto por ataque de risa.

Leí varios casos, el más encantador es uno fechado en 1975: un albañil británico de cincuenta años que murió tras veinticinco minutos de una risa incontrolable. Su corazón no resistió, un paro cardíaco. La razón de la extensa carcajada fue un chiste de un programa de televisión, *The Goodies*. La viuda agradeció públicamente a los actores por haberle regalado ese momento feliz a su esposo, se fue con una sonrisa. Su nombre era Alex Mitchell.

Escucho en eco las palabras del cirujano: *Es mi obligación transmitirte que tal vez no puedas quedar embarazada con un tercio del útero.*

Una condena.

Es la hora del llanto. Los bebés pegan alaridos, yo también. Como ellos, no hay quién me calme.

***

¿Ya empezó la novela?, ¿llego tarde?, dice Elsa tras entrar a la habitación con una velocidad que ni ella sabía tener. *¿Otra vez llorando? Te vas a quedar seca, nena*. Ciro le aclara que estoy angustiada por la noticia de que me van a operar de urgencia y sacar una parte del útero.

Por suerte ya tenés tres hijos, nena, desliza mientras se acomoda en la silla pegada a la cama, no quiere perderse la función. Cuando nombra lo que no tengo, una paloma se estrella contra la ventana. ¿O se choca contra mí? No lo sé, sentí el impacto en la frente. Quedo atontada, disminuida a una ficha médica con datos erróneos. Doy un grito de desconsuelo. Una electricidad sube de los pies y escapa por la garganta.

Roberta no tiene hijos. Se habrá confundido con otra paciente, le aclara Ciro con los ojos prendidos fuego. *¿Pero cómo? ¿Quién hizo*

mal la ficha? Seguro fue Perla seguro. Ya no son como antes las enfermeras. En mi época aaah.

Elsa suspende el vómito de palabras y gira la cabeza para verme. Sus pupilas son de compasión. Yo le devuelvo la mirada, mis ojos para ella. Hacemos contacto. Ciro está en la habitación, pero en la escena solo estamos nosotras dos. Una intimidad.

Elsa despega su robustez de la silla y se sienta sobre mi cama. El movimiento es anunciado, se hunde el colchón. Su cuerpo pesa y me hace sentir menos sola. *Ay, Roberta, Robertita*, exclama y se agarra la cabeza como si se fuera a caer. Dice mi nombre, me diferencia de los otros internos. Ya no me llama *nena*. Pasa su mano por mi pelo sucio, los dedos resbalan de la grasa que se acumula en el cuero cabelludo. Nunca había estado a centímetros de una ballena. De cerca se ve diferente, la belleza se refunda. Como si todo lo que me hubiera parecido hermoso antes estuviera en duda.

Ella no me reta ni se fastidia con mis lágrimas. Acompaña mi fragilidad, un amor abundante. Es la primera vez que no merma mi dolor. *¿Quién la va a operar?*, le pregunta a Ciro*. Marco es el nombre*, le dice. *El Dr. Genovese. Una eminencia. Es el mejor cirujano, el mejor. Un hombre apasionado de su profesión. Y qué buen mozo es. Una escultura griega. ¿A qué hora la operan?*, vuelve a preguntar. *A las once de la mañana*, responde Ciro.

Perfecto, ya estarás despierta para la hora de nuestra novela, Roberta. Esa es una buena noticia, dice mostrando su dentadura desobediente.

Elsa y su aliento a atún. Abre la boca y el vaho traspasa hasta mi nuca. Me gusta que ese olor penetrante me tumbe, es el perfume de la contención. Los olores intensos me sacan de los asépticos de hospital. El insoportable olor a pulcro, a nuevo, a descartable. Puedo sentir a Elsa antes de que abra la puerta, me da ilusión su presencia. Una confidente, ella de mí, yo de ella. Su lengua es una ola que ondea, hace espuma.

Se terminó la joda se terminó. Debo ir a ver a las pesadas, soportar el destrato, hacerles entender que todavía no es la hora del sedante, escuchar quejas de mujeres que lo tienen todo. Dos meses, Elsa, dos meses.

¿Volvés más tarde?, le pregunto mientras estudio la coreografía de su renguera. *Ojalá todas las pacientes fueran como vos, Roberta*, dice tras prometerle a Ciro que exigirá que arreglen mi ficha médica.

***

La camarera trae puntual las dos bandejas. Son las cinco de la tarde, ella no entiende por qué sigo ocupando esta cama. Tantas veces me despedí. No pregunta, acomoda las tazas, arrima la mesa con ruedas.

Los primeros dos días de internación hacía el esfuerzo de discernir entre el día y la noche. En un hospital, solo los separa la hora de la merienda. El susto anula los sabores. Neutraliza los estímulos que nos aferran al suelo. Al estar. La única certeza que tengo, y que agarro con las dos manos como si fuera una liana, es que cuando tome el último sorbo de café con leche caerá la noche sobre mí.

Mastico lento, intento estirar los minutos, no quiero que se escape el día. En un hospital la noche es sinónimo de inquietud, son muchos días en cuestión de horas. La vigilia es intensa como bailar en una discoteca hasta el amanecer. Desorientada, con la transpiración humedeciendo la ropa, el calor que se vuelve agua y el agua que provoca un chucho de frío, el agotamiento que te impide dormir. El día y la noche se fusionan, un solo cielo.

Ayer fue domingo, hoy es lunes, repito. Hago cuentas para no ser desalojada de un sistema, me niego a ser una paria del tiempo. Pienso qué hace los lunes la gente que no está encerrada en un hospital. Se anuda la corbata frente al espejo, despierta por tercera vez a un hijo que prefiere seguir durmiendo, raspa la lámina carbonizada de una tostada que fue olvidada en el fuego, levanta la persiana del local a la calle buscando con la mirada al cafetero que ronda la zona, manguerea la vereda con la expectativa de que el agua se lleve todo. Imagino a esas personas como lo hago hace dos

días, pero algo cambia. Ya no puedo dibujarles la distancia entre los ojos, el grosor de los labios que se encoge al sonreír, los puntos negros que trazan caminos por toda la nariz, la ubicación de la raya que ordena al cabello. Son cabezas sin cara, gestos borrados, no llevan manos sino una mancha que anula la individualidad de los dedos. Es la confirmación, ya no pertenezco.

Amor, está subiendo Iris, dice Ciro. Le pido ayuda para cambiarme la remera, huele a enfermedad. Un perfume agrio que te aspira hasta tragarte. Me arreglo para ella porque es criticona. *Me deprime*, exclama cuando algo no le gusta. *La boina roja, rápido*, le grito a Ciro. La encaja sobre mi cabeza para cubrir las canas. Su cara a centímetros de la mía, lo estudio de cerca, los surcos de la piel que reconozco como la cuadra anterior a casa. Su rostro empieza a dejar de ser el mismo, Ciro se está descascarando.

Iris toca la puerta en código. *Ta-pa ta-pi-ta ta-pón*, marca el ritmo. Es nuestra contraseña. Hace más de quince años tenía un novio que no había tomado bien la ruptura, caía a mi casa, esperaba en el palier a que salga. Yo tenía miedo de abrir la puerta y que él se aparezca, ni siquiera me acercaba porque no quería que detectara la sombra de mis pies. Iris pensó un modo de anunciar su presencia, el sonido para bajar la guardia.

Relumbrante. Esa es la palabra. La piel bronceada, un dorado parejo en los hombros, los ojos delineados exactamente iguales, las pestañas tan largas que dan la vuelta. El pelo. ¡Ay, el pelo! Cortado en capas, los claritos recién hechos, el flequillo arqueado con secador, las puntas vitales. Sus manos son de una publicidad de revista *Para Ti*: las uñas largas y cuadradas, color habano. Ella todo lo quiere color habano: el empapelado del living, los almohadones de las sillas, el acolchado, las sandalias. Lo reclama en todos lados, salvo en sus pulmones. Fumó tabaco hasta que nació su primer hijo, después nunca más. Siempre dice: *No dejé el mal hábito por ser buena madre, sino para evitar los sermones de mi suegra. A mí nadie me va a decir lo que tengo que hacer*. Esa es Iris. No la entiendo, ella no me entiende, sin embargo, nos queremos. Nos queremos de una manera que aprendí de adulta. El amor como interrogante, la amistad como el descanso de una misma. Entre

nosotras no existen reproches ni malos entendidos. Iris resuelve. Hay personas que sirven para elegir regalos y hay personas que fracasan de manera estrepitosa en esa misión. Ella no sabe qué necesita, pero sabe qué le hace falta al otro. Cuando la relación con mi madre se agotó, hace cinco años, mi primer cumpleaños fue duro. Le confesé a Iris que era la primera vez que mi mamá no me haría la torta. *¿Necesitás una torta?*, me preguntó, y antes de responder ya la había encargado con su teléfono. Eligió una de chocolate, tres pisos, dulce de leche y mousse en el centro. Iris detesta el chocolate, afirma que su madre se empachó con chocolate cuando la llevaba en la panza, por eso le genera asco. Eso dice. Iris hace hasta lo imposible para que no sufra, a veces lo logra. Es mejor amiga que yo, nunca me lo hace saber.

Vengo a poner linda a mi amiga, advierte Iris apenas me ve. Valoro su indecorosa estrategia para decir sin nombrar que mi aspecto ofende a las leyes de la estética. Carga un generoso ramo de flores. Gladiolos rojos, muy rojos. No es cualquier flor, significa fuerza e integridad. La leyenda cuenta que en Roma los gladiadores rodeaban sus cuellos de bulbos de gladiolos durante las batallas para protegerse de la muerte. *¡Qué olor fétido hay en este lugar! Menos mal que traje flores perfumadas, las notas de clavo y almendra van a cubrir el hedor,* grita Iris. *¿No hay un solo florero en este sanatorio? Lo supuse*, dice y baja los párpados en señal de triunfo. De su cartera saca un objeto cóncavo de cerámica: un florero. Iris no camina, repta, repta como una cobra de mar. Por dentro tiene veneno, pero a diferencia de la villana de mi telenovela, decide no usarlo. Conmigo al menos. Hay que rodearse de amigas que no teman ser malvadas. Las personas que no tienen un ápice de peligrosidad son de quienes nos tenemos que cuidar. Lo importante es el uso del criterio para atacar. La situación debe ser propicia, no desperdiciar ni exhibir por demás la herramienta.

Iris se desplaza hasta el baño, el florero en sus manos, abre la canilla, el sonido del agua me da la pauta de que el sistema tiene mucha presión. Escucho un insulto, Iris salpicó su ropa. Repta el camino inverso, apoya el florero con agua sobre la mesa y encaja el

ramo. *Listo, ahora es otra cosa este lugar lúgubre*, pronuncia tras un largo suspiro.

Ciro observa a Iris, la deja hacer, ser ella. Le tiene cariño, aunque no lo exprese. *Amor, aprovecho que está Iris y voy a casa a buscar unas cosas, y a alimentar a Munch*, me dice mientras les da unos golpes a los almohadones aplastados del sillón, intenta devolverle la forma. *¿Cuánto tiempo te podés quedar?,* pregunta a la visita. *Hacé tus cosas tranquilo, Ciro, llegó Iris para animar la velada*, responde. El entusiasmo extorsivo de una amiga puede ser agobiante a veces. Pero no quise opacar su número, le devuelvo una sonrisa falsa. Un gesto mentiroso que sabe interpretar. La complicidad entre mentirosas. Ciro me da un beso en la boca, otro en la mejilla a mi amiga y se va.

Quedamos solas. Iris saca de su neceser una pinza de depilar. *Tengo la respiración corta del miedo*, le confieso. *La mejor arma contra el miedo es ponerse linda, levantar el espíritu.* Acerca su cara a la mía, estudia mi mentón, tira del pelo, lo arranca de raíz. *No voy a permitir que mi amiga parezca un lobo, ya tenés más barba que Ciro*, dice y tira del vello. Hunde la mano en la cartera, saca su botiquín de primeros auxilios: la cartuchera de maquillaje. Cubre mi palidez con base líquida, tres tonos arriba. El cuello parece de otro cuerpo. Rubor en las mejillas. Sombra perlada en los ojos y máscara de pestañas resistente al agua (dulce y salada). Le ruego que no insista con el labial, usar *rouge* para estar encerrada en un cuarto es lo más parecido a interpretar a un payaso triste. Iris reemplaza el color por la textura, desliza manteca de cacao por mis labios quebradizos. Un salón de belleza a domicilio. *Al quirófano vas a entrar hecha una reina*, dice mientras da los últimos retoques a su obra.

Al final me hace un pedido: *Ahora mirate al espejo*. Le hago caso. Frente a mis ojos, el espanto. Un cadáver maquillado. La tanatoestética decora, pero no puede simular vida.

Iris repara en el susto que me dio verme, la imposibilidad de reconocer mi reflejo. Me lleva de vuelta a la cama, habla sin parar

para impedir escuchar sus pensamientos. Ella tampoco me reconoce.

Mete a presión un tema: *Rober, ¿qué es ese tipito que está dibujado en tu puerta? Pensé que era el baño de caballeros. Después me di cuenta de que no era porque el tipito se está por caer*, dice. Le explico que todos me hablan de esa imagen, pero soy la única que no puede verla. *No sé*, repito como tantas veces estos días. Es abrumador no saber.

Iris descubre la uña podrida. Siento el disgusto en sus ojos, pero no dice nada*. ¿A qué hora te operaban?*

A las once, respondo. *Tengo ganas de hacer pis*, digo. *Ayudame con el perchero del suero así puedo llegar hasta el baño*. Iris hace lo que le pido, goza de ser útil. Empuja mi espalda con una mano, gira el tronco y tira de mis brazos. Se hace cargo de mi peso. Eso hacen las amigas. Estoy en posición vertical, las piernas inestables. Avanzo como un caracol, la planta de los pies deja un halo de humedad en el piso. Iris ralentiza su paso, se acopla a mi lentitud. Arrastro el perchero como si fuera otra extremidad del cuerpo, lo freno al lado del inodoro. Iris apoya el coxis sobre el mueble de la bacha, espera. Inicia una charla mientras hago pis. Pocas escenas de mayor intimidad que orinar en compañía de una amiga. El sonido del chorro invita a los chismes más jugosos, una reflexión impronunciable se irá por el inodoro cuando tire la cadena. Los diálogos mientras hacemos pis son como la confesión a un cura: no se vuelve a tocar el tema.

Seis escenas que definen a una buena amiga:

- Mudarse a tu casa para cuidar del perro mientras estás de viaje. (Enviarte fotografías de la convivencia dos veces al día).
- Meterse en el vestidor de un local de ropa para evaluar si la prenda favorece tu figura. (Ahuyentar a la vendedora que presiona detrás de la cortina preguntando si te quedó bien).
- Festejar que lograste hacer caca por primera vez en tu nuevo espacio de trabajo.
- Hurgar dentro de la cavidad vaginal buscando el hilo del tampón perdido.
- Inventarle un apodo ingenioso a la persona que tenés entre ceja y ceja.

■ Caminar abrazadas de la cintura tras enterrar a un familiar, durante los infinitos metros que te separan de la salida del cementerio.

¿Volviste a sangrar?, me pregunta Iris. *Solo unas gotas*, respondo. Me acerco a la bacha. Tres pasos. *Carlos Fogel*. Ábrete sésamo. Giro la perilla de la derecha, el agua sale enérgica. Empapo las manos y me refriego los ojos, se siente helada, un cubito de hielo derretido. Nos apoyamos en la ilusión de que lavarse la cara aclara las ideas. Despeja la mirada. Nunca sucede.

Escucho un cacareo. Iván vino de sorpresa. *¿Hay que pedir cita con la paciente?*, lanza detrás de la puerta del baño. La voz de Iván está por delante del llanto de los bebés, es más fuerte que el tronar de las amoladoras. Me sumergí tan profundo en estas aguas que aprendí a dirigir el oído, discrimino notas graves de agudas, aíslo el ruido proveniente de los pasillos, elijo qué escuchar y guardo ese sonido en una caja de resonancia.

Iris le grita a Iván que hay reunión en el baño, después aprieta el botón del inodoro que se lleva un líquido turbio. Del otro lado se escucha un canto, Iván tararea mi nombre. Es un minuto perfecto. Puedo tocar el amor de mis amigos, atraparlo en el aire. La amistad es un amor analógico, de protocolo artesanal. Un par de puntadas, gestos rústicos, el encuentro de las sombras. Iris e Iván chocan las palmas de las manos, son un equipo. Jugamos los tres a decir palabras bajo el agua y adivinarlas. Pueden pronunciarse solo dos veces. El océano no es aterrador con ellos.

¿Cómo es el cirujano que va a operarte?, me pregunta Iris. *Un tiburón blanco*, digo. *Su mandíbula está repleta de dientes, pero no sonríe*, agrego. Él conoce cómo soy por dentro, yo no sé nada de él. Un vínculo desparejo. ¿Se habrá operado alguna vez? ¿Qué tan obediente será como paciente? Es injusto entregarse a las manos de otro sin saber datos básicos del profesional:

■ Primer casete que compró.

- Criterio que aplica al ordenar su biblioteca.
- A qué edad se fue a vivir solo.
- Con qué frecuencia se come sus mocos.
- Sabor preferido de helado.
- Cuántos minutos se queda sentado en la butaca del cine cuando termina la película.

¿Es lindo?, pregunta Iván. *Tiene músculos y ojos sin fondo,* explico. Iris escupe una idea: buscar al tiburón blanco en redes sociales, ser detectives de su mundo privado. No uso el celular hace días, descansa en la mesa de luz, los mensajes se acumulan. Con mi mano libre escribo el nombre del cirujano: Marco Genovese. La revelación de una vida, escenas en diferentes espacios. Tiene una esposa rubia, dos hijos pequeños que saltan la soga, una profesión que ama. Parece ser de esas personas que prefieren trabajar a irse de vacaciones. Entrena en el gimnasio, practica natación. En ninguna imagen usa ojotas. No exhibe los pies. Casi todas las fotos lo muestran de ambo, el barbijo tapa sus miles de dientes. El espacio se repite, la pose también: dentro del quirófano, al lado de una parturienta, en sus brazos un recién nacido con la piel morada. Entonces lo comprendo: el Dr. Genovese es un obstetra, su tarea es conseguir que una mujer se convierta en madre. Trazar el contorno entre un cuerpo y el otro. Poblar el planeta de bebés.

¿Qué pondrá en mis brazos cuando termine la cirugía?

***

A las veinte horas llega mi cena. Liviana por las circunstancias. Será lo último sólido que ingiera antes de la operación. Ocho horas de ayuno mínimo. Pollo hervido con un puré de procedencia dudosa. No es zapallo, ni siquiera es naranja. Apenas tiene color, un acercamiento al ocre. *Tiene que comer, ponerse fuerte*, dice la

camarera. De repente se sale de su rutina. Pruebo una cucharada de puré para llevarle tranquilidad, devolverle algo de ternura. Retengo la materia en mi boca, es desabrido, no tiene gusto. La lengua indaga, no encuentra respuestas.

Iris prepara su retirada ante la insistencia de los hijos que la llaman cada quince minutos. Recoge sus cosas dispersas por el cuarto y las guarda dentro de su cartera. Se queja seis veces antes de irse, insiste en que la maternidad es un castigo. Yo miro para abajo, me invade algo extraño por el castigo que le toca. No es consciente de sus palabras, de a quien las dirige. Tampoco creo que deba comportarse distinto conmigo, los demás no tienen por qué achicarse frente a nuestras fragilidades. Iris hace tiempo, dilata la huida. Le cuestan las despedidas, por más breves que sean. Nunca quiere volver a su casa. Busca escapar de ser madre. A las 19.45 vuelve a su medio opaco.

¿Cómo estás?, me pregunta Iván. *Aterrada*. *¿Por qué no estarías aterrada?*, repregunta. Un largo silencio, tan extenso que puedo oír cómo succionan la teta los bebés de las habitaciones de al lado.

¿A qué le temés, a morir?

A despertar sin cuerpo.

Otro silencio. Todavía más largo. Traspasa las puertas automáticas del sanatorio, espío el comportamiento de los departamentos de la zona, escucho el rechinar de las sillas que se aproximan a la mesa, los saleros ser agitados como maracas de plástico en un casamiento. No logro ver a los habitantes de la propiedad, los objetos se mueven de forma autónoma, un barrio fantasma.

Un poco de agua te va a calmar, asegura Iván mientras toma la jarra de vidrio y llena un vaso. Iván intenta arreglar todo con un vaso de agua. ¿Te echaron del trabajo? Agua. ¿Te arañó un gato? Agua. ¿Se incendió tu casa? Agua. Llevo tres días sumergida en un enorme vaso de agua. *Gracias*, le digo al recibir su propuesta.

No voy a permitir que te arranquen la uña, me jura Iván. Lanzo una carcajada y escupo el líquido. Empapo las sábanas, unas gotas se cuelan por el cuello de mi remera, un frescor en el pecho, una sensación de verano se mezcla con la sangre prestada y recorre mis venas.

No hay que menospreciar el poder de un vaso de agua.

Elsa cumple su promesa, pocos minutos antes de las ocho vuelve a mi habitación para darme el beso de las buenas noches y desearme suerte. *¿Cómo anda la más llorona?*, dice mientras camina hacia mi cama con un pavoneo contenido, le pesan las piernas. Lo tomo como una pregunta retórica, no me ofusco porque me hace bien olerla. Comprobar que no soy una paciente más.

Qué calor hace en este cuarto, nena. Te traje un regalo te traje. Un caramelito que va a hacer que duermas toda la noche y no pienses cosas raras. Yo no te di nada si te preguntan, tomalo después de cenar porque es fuerte, me explica Elsa. En la palma de mi mano apoya una pastilla blanca, gigante, con una ranura en el centro. *Será nuestro secreto*, le digo.

¿Qué vas a comer?, le pregunto con pudor. *Unos ricos panchos, hay demasiada humedad para cocinar,* me cuenta. Elsa hace chistes sobre el paradero de mi marido, despotrica contra los hombres. *Todos iguales*, repite. Le explico que fue a buscar cosas a casa, ella no escucha, las voces se superponen. La dejo descargarse, no habla de Ciro sino de otro hombre.

La cena es simbólica. Tengo un cierre en el estómago. *No quiero más*, le digo a Iván. Aparta la bandeja mientras Elsa se acerca con su instrumental. Prepara la última transfusión antes de la cirugía. Conecta la manguera a la vía, elige el ritmo del goteo y se va. *En unas horas te lo saca Perla*, me dice.

Ciro demora, me preocupa que se le haga tarde porque afuera del océano el tiempo es otro. Una diferencia horaria. Estará dándose una ducha. Tarda no menos de cuarenta minutos, carga demasiado pelaje. Ciro hace una meditación de la limpieza, enjabona lento su cuerpo, dedica largos minutos a cada zona, se detiene en los omóplatos, dibuja óvalos, los dedos caminan hasta las clavículas, bajan hasta el esternón, golpea fuerte el pecho, las manos en puño,

estira el brazo y toca una a una las vértebras como si fueran teclas de un acordeón. Quiere atravesar los huesos, para conseguirlo a veces se arranca la piel de tanto frotar y frotar.

¿Cuántos minutos lleva quitarse la sal del océano?

Tal vez se permitió estar mal un rato, sin que yo lo vea, ojalá. Ciro llora solo tres veces al año, pero cuando lo asalta un llanto no puede detenerlo. Es incontrolable, un caño pinchado, dispara agua tibia, casi hirviendo, quema. Tiene lágrimas ardientes, se cocinan dentro de él y salen como llamas. Un dragón que escupe fuego por los ojos.

Solo tres asuntos quiebran a Ciro:

- La interacción entre un ventrílocuo y su muñeco.
- El andar de un elefante añejo.
- Estos versos de Wislawa Szymborska: *Lo llamamos grano de arena / Pero él no se llama a sí mismo ni grano ni arena / Prescinde de nombre.*

Roberta, ¿estás acá?, me llama Iván. *Voy y vengo*, le digo. Me pregunta adónde fui. Olvido dónde estuve cuando intento explicarlo. En un hospital la memoria solo es presente. Las huidas duran una exhalación, se diluyen al instante como una pastilla efervescente en un vaso de agua. Tomo otro sorbo para tranquilizar a Iván. Lee la desesperación en mis ojos, pierde plumas de los nervios.

Perdón la demora, escucho. Ciro volvió, su pelo húmedo, otro disfraz. De un hombro cuelga un bolso, es el tercero que trae al submarino. La casa quedará vacía. ¿Cuál es mi casa ahora? ¿Sigue siendo mía si no la habito? Las casas sin presencia humana parecen ataúdes. Esperan un cuerpo.

Te traje una sorpresa, amor, dice Ciro. Saca su celular del bolsillo del jean, mira fijo el aparato, lo sostiene con una mano a centímetros de mi cara. Es un video, soy testigo del movimiento, una vida en curso. Munch corre con un juguete de hule entre los dientes, hace trinar el chifle. Agudo, chistoso, insufrible. El sonido de la rutina, el certificado de un hogar, los ruidos molestos que te clavan los pies al suelo. Munch recorre el pasillo, trota por el living, se

revuelca en el sillón. Es naranja. Nunca fue naranja. Me cuesta reconocer los rincones, un recuerdo distorsionado. Los cuadros no son los mismos, la alfombra desapareció. La casa comienza a dejar de parecerse a mí, me desaloja.

Por un instante siento alivio de estar acá.

Munch ladra, retumba, me da tristeza no poder acariciarlo, el contraste con su entusiasmo. Temo que si sobrevivo a la operación y regreso a casa su olfato no me reconozca. ¿Me reconocerá al oler la otra sangre? Una desconocida.

Ciro me pregunta si comí rico, le cuento que la cena fue desangelada. La fila para pagar en el banco, un trámite. Tengo hambre. Saltaría por la ventana en busca de comida. Siempre preferí comer en casa antes que en un restaurante, pero ahora quisiera estar en un bodegón, contenida por el murmullo de los comensales.

Razones para comer afuera:

- La manteca se sirve en forma de rulo.
- Las servilletas son de tela.
- No hay que lavar los platos después de comer.
- Las palabras en el menú tienen la métrica de una poesía.
- La bandeja de metal ovalada donde sirven las pastas mantiene el calor.
- El pan nunca se acaba.
- Los mozos nos recuerdan.

¿Querés que contacte a tu mamá para avisarle de la operación de mañana, amor?, me pregunta Ciro. Le digo que no. *Estoy bien así, no puedo ocuparme de dos cuerpos*.

Desde que ya no la veo recuperé buenos recuerdos. Escenas donde mi mamá sonríe y yo también. Dos rectas que se cruzan en una equis y forman un punto. Me quedo con esas imágenes, películas pequeñas. Para mi madre fue primordial que aprenda a nadar. Crol, mariposa, pecho. No me llevó a inglés ni a danza artística, sino a una pileta olímpica. Gigante, interminable. *Si no sabés nadar, te volvés débil: alimento de tiburón*, afirmaba. Cuando por fin aprendí a tirarme de cabeza tenía nueve años. Al principio, lo

hacía arrodillada en el borde de la pileta, estiraba los brazos alrededor de las orejas, una mano sobre la otra, los pies apenas tocaban el suelo. Tardaba varios minutos en dejarme caer, abandonar el control. Los pensamientos más importantes hablaban durante esa pausa. Los dedos de los pies repelían el cemento, de a poco se iban despegando como una sopapa, el miedo irrumpía, el peso del torso decidía por sobre el temor, las manos se hundían, abrían el portal, el cuerpo era devorado por el agua. Meses después me animé a repetir el proceso con la espalda erguida. Practicaba cuatro horas por día, todas las tardes, durante las vacaciones, en una pileta de Montevideo, Uruguay. Mi mamá se quedaba en el departamento, piso diez, yo la llamaba con un grito hasta que su rostro aparecía en la ventana. Se asomaba con anteojos negros y un pañuelo que envolvía su cabello oscuro, cargando el misterio trágico de una diva de Hollywood de los años cincuenta. *Mirame*, le hacía señas. Ella se quitaba los lentes y sujetaba su cara con las dos manos, los brazos acodados en el marco de la ventana. Me tiraba una y otra vez. Después del chapuzón, escuchaba los aplausos de mi mamá. La rutina se repetía al día siguiente.

A fines de febrero sucedió: tomé carrera, flexioné las rodillas y salté. Fue un clavado limpio, perfecto. Mi madre me espiaba por la ventana como cada jornada, pero esa tarde desapareció de mi vista por un momento, apareció con su cámara de fotos colgada al cuello, me observó a través del lente, giró el obturador para un lado y para el otro, hizo *zoom* y disparó. Captó el segundo donde estaba suspendida en el aire. No me dejó caer.

Me levanto de la cama y observo mi perfil en la pared. La sombra de una embarazada. Vuelvo a acostarme. La cirugía de mañana determinará si podré gestar o no.

¿Cuántos bebés habrá en este piso? Los cuento dentro de mi cabeza, como si fueran ovejitas. Uno, dos, tres, cuatro, cinco.

Me voy quedando dormida.

Día 4

Sobre mi uña, un incendio. Las llamas del fuego no se ven. Solo un humo pesado y corpóreo que me quita el aire.

La uña está formada por ciento cincuenta capas de queratina, está pegada a la piel por tres lados. Mi uña se soltó de los tres.

Un zumbido. ¿Estoy soñando o estoy despierta? Abro los ojos, veo borroso, recorro con la mirada el cuarto de izquierda a derecha: el cuadro de Kandinsky, el sillón de dos cuerpos, la puerta, la televisión mediana colgada de la pared. No puedo delinear los objetos, pero sí percibir la proyección de las sombras.

Lo confirmo: estoy despierta, sigo acá. El ruido se agudiza, un viento huracanado. El submarino está muy lejos de la superficie, es imposible percibir una tormenta. No viene de afuera, ocurre adentro. La panza es alumbrada en el interior, como si fuera una cueva y alguien estuviera encerrado buscando la salida con una linterna. Se mueve, rebota de un lado al otro. El inicio de un tifón. Tirito de frío, estoy congelada. Miro mi cama, un charco de sangre en las sábanas. Mi ropa pesa, otro retorcijón. Me doblo del dolor, grito. Las contracciones volvieron, no son como las del primer día. Son tan fuertes que podrían abrir el océano en dos.

¿Qué pasa, amor?, escucho distorsionado. Apenas puedo entender. Le pregunto a Ciro qué hora es. Es medianoche, las doce y diez*. Voy a buscar a la enfermera ya mismo*. El submarino sigue descendiendo, lo noto en la presión atmosférica, la disminución de la temperatura. Llegamos a la zona abisal, la penumbra.

Otro retorcijón intenso, la contundencia de un trueno me sacude, un coágulo gigantesco. Sale una medusa por el canal vaginal y queda quieta sobre la cama. Toco con un dedo su campana, ella responde con un movimiento de tentáculos. La envuelvo con las sábanas, el arrope de un recién nacido. No tiene la mirada de Azucena, mi Azucena, pero salió del mismo lugar. La aprieto contra mi pecho, busco fundir los cuerpos. Siento un pinchazo, una descarga eléctrica que paraliza mis músculos. La medusa me picó. Debería bailar la tarantela para quitarme el veneno. No puedo, tengo las piernas acalambradas. Escupo otra medusa. Una más. No es necesario verlas para aseverar su gran tamaño. Levanto la vista para encontrar tranquilidad en los ojos de Ciro, no lo reconozco. Su cara está fragmentada, la nariz por un lado, la boca por el otro. No puedo leer sus gestos. El rostro se desarma y se rearma, cada vez más distante

de la imagen que conocí de él. *Amor, amor*, escucho tembloroso. Vuelvo a mirarlo, intento ubicar las cejas en el lugar que van, subirlas con el dedo índice. Nada queda en su sitio.

Le pido a Ciro que prenda la luz del techo, levanta la perilla, el cuarto sigue igual. A oscuras. La habitación es un campo de medusas fluorescentes. El brillo hace un baile continuo, los tentáculos repiten el mismo paso, una fiesta de la agonía. La tragedia arrastra postales de una belleza abrumadora, desubicada. Como la fotografía impresa en el diario de un choque entre dos camiones de carga en la ruta. Las imágenes más hipnóticas también son las más siniestras. Mi panza se ilumina como un trazador de cielo, es la bioluminiscencia de las medusas. El lenguaje secreto entre hermanos, una estrategia para encontrarse en la oscuridad. Un símbolo amenazante para quien se atreva a separarlas.

La enfermera no llega, las contracciones son cada vez más seguidas. Trillizos. Los invertebrados salen en grupo. Se enciman unos a otros sobre la cama. Un enjambre de medusas. Se inunda el cuarto, el submarino. Una fuga. Pierdo los litros de sangre que me transfundieron. Se forma un océano rojo dentro del buque. Faltan más de doce horas para la cirugía, temo no llegar a tiempo. Consumirme por completo. Ciro me acaricia el brazo, sujeta fuerte mi mano, entrecruzo los dedos, pujo. ¿Cuántas medusas pueden caber en un útero? *Tranquila, amor, ya viene la enfermera*, me susurra Ciro. La pantalla del televisor es un velador que dibuja la silueta del florero que dejó Iris apoyado sobre la mesa. Los gladiolos destellan, compiten con el color de la sangre, se balancean como las algas en el fondo del mar.

¿Qué pasó?, grita Perla. No reacciona, sus pies están clavados al piso. Bordeo su figura gracias a la luz de las medusas, tal vez Perla sea una próxima presa. *Ayudame, por favor*, le suplico. Exhalo chiquito el dióxido de carbono para impedir otra contracción, la ilusión de que puedo dominar la hemorragia. La enfermera sale del cuarto y regresa con varios trapos, intenta absorber la sangre, controlar la inundación dentro del submarino. Los trapos no alcanzan. Huye a pedir ayuda.

Giro sobre la cama, estiro los brazos, apoyo las manos en el piso helado, me tiro. Avanzo hacia el baño en cuatro patas, como un hipopótamo desesperado por sumergirse. Soy un animal salvaje, indomable. Voy dejando partes mías en el camino, las medusas siguen naciendo, se agrupan, forman un numeroso reino. Un parto infinito. Perla recoge las medusas del piso con bolsas de residuo y las traslada al baño. Revisará la estatura, el peso, anotará la información en un cuaderno. Escucho un ruido seco, se deshizo de ellas lanzándolas al tacho de basura. Ciro colabora con la enfermera que no da abasto, limpia las puertas salpicadas de sangre, persigue a las criaturas que intentan esconderse tras el sillón, sus luces las delatan. Le ruego a Ciro que me permita ver a las medusas antes de deshacerse de ellas. Se pone en cuclillas, acerca cada una a milímetros de mi cara, observo las caritas, los movimientos tímidos de vida. Inhalo, huelen a muerte.

Pienso en Adela, ¿estará viva? Cuando cumplí diecisiete años me contó que una vez estuvo embarazada, a los dos meses de gestación el corazón del feto dejó de latir. Le dieron una pastilla para que lo expulsara, ella recordaba seguido el dolor físico que sintió con las contracciones. Si estuviera acá, Adela me diría que pinte la escena, la textura de las medusas, el color de la sangre aplicada al lienzo con espátula.

¿Qué le falta al cuadro?

Ciro se hace cargo de mi cuerpo, me arrastra hasta el baño. Quiero mojarme la piel, enjuagar la sangre que chorrea por mis piernas. Toco a ciegas el mueble que contiene la bacha, susurro *Carlos Fogel*. Giro la canilla de la izquierda, la de agua caliente, para recuperar la temperatura corporal. Sale congelada. Manoteo la que está a su derecha, quema. Están invertidas. Escucho un sonido acuoso, el estruendo que hace una ola al impactar con una roca. Investigo de dónde viene, es dentro del baño, el terror delante de mis ojos. Las medusas rompieron la bolsa de residuo, fusionaron sus campanas, se han vuelto un solo cuerpo. Una gran masa que va ganando volumen, crece en altura, una planta carnívora que usa el

tacho de basura como maceta. Las medusas tienen la capacidad de morir y seguir vivas.

Llegan más enfermeras, son tres, luchan contra la fuerza de la naturaleza, intentan aplastar la gran masa con un palo, empujan la carne gelatinosa. El vientre vuelve a hincharse, tan grande que no puedo verme los pies. Un dolor nuevo, temo desmayarme, escupo otro bicho. Un pulpo. Sus ocho brazos, el par de ojos saltones y esa inmensa cabeza comprimen la atracción de la amenaza. Tiene tres corazones y un centenar de secretos. Hay científicos que aseguran que los pulpos sueñan al dormir. Ahora eran actores de mi pesadilla.

Ser asesinada por un pulpo es una buena muerte.

Pierdo el juicio como litros de sangre, la locura me alcanza. De mi ombligo sale una corriente de aire, quiero meter la cabeza, los hombros, después el tronco, desaparecer. Introduzco el dedo índice en el orificio, una fuerza me chupa como cuando de niña acercaba el meñique al sumidero de la bañera en pleno remolino.

Coqueteaba con el peligro, a veces fantaseaba con irme por el desagüe. No volver. Cinco pulpos. Salen en cadena, se apoderan de la habitación, usan sus tentáculos como cañones de agua. Mi sangre se volvió negra, tinta de calamar.

Faltan solo cuatro horas, resista señorita, me dice Perla. Su voz se acerca y aleja, se aleja y acerca. Tendida en el piso siento la suavidad de la mano de Ciro, un rayo de sol sobre mi mejilla. Se agacha y levanta mi cuerpo con los dos brazos, camina hasta la cama con la fuerza de un estibador que levanta bultos en el puerto. Quedo suspendida algunos minutos, Perla está cambiando las sábanas ensangrentadas por unas limpias. Secas. ¿Por cuánto tiempo? *Ahora sí, puede recostarla,* dice. *¿Alguna vez atendiste un caso grave como el mío?*, le pregunto esperando una afirmación, la certeza de que voy a sobrevivir. *Hace poco tiempo que soy enfermera, es todo nuevo para mí*. Siento un hormigueo en los dedos de las manos. La uña persiste. El blanco de la tela comienza a contaminarse, la tinta de calamar parece petróleo. Denso, pegajoso. Perla me prohíbe levantarme de la cama, alza mis piernas y despliega un pañal de dimensiones generosas. Ajusta las bandas en mi cintura.

Con la poca energía que me queda me hago un bollito. Acerco las piernas al pecho, como cuando de niña creía que debajo de las sábanas se escondían pirañas. Vuelven a buscar mis pies, están hambrientas. Tiemblo, los labios se mueven solos. El miedo deja de ser una emoción, es una persona.

Ciro se sube a la cama y me abraza espejando la posición fetal. Mancha su ropa, no le importa. *Estoy acá*, me dice al oído. Le pido a Perla que se quede en la habitación. *¿Podés darme la mano?*, le pregunto. Ella acepta sin hablar. Los tres en estado de vigilia. Percibo las voces de la televisión que nunca se apaga, distingo las palabras con nitidez. Escucho a un personaje decir: *No me da miedo mi muerte por lo que pase, sino por lo que no va a pasar.*

***

Llegó el gran día, anuncia una cara nueva. ¿Cuántas personas podemos conocer en un sanatorio? ¿De dónde salen? Quisiera que Elsa entrara por la puerta, olerla antes de ingresar al quirófano o que sea el primer perfume que huela cuando despierte. La mujer de delantal blanco se pone los anteojos y rompe un paquete, saca una jeringa. *Abrí y cerrá el puño*, me ordena. Apenas puedo respirar, las medusas y pulpos se llevaron restos de vida. La extraccionista me saca sangre para evaluar si pueden operarme, me informan que me transfundirán sangre durante la cirugía también. No conservo la energía para preguntarle el nombre, me siento en falta. Le señalo con el dedo índice la muñeca para preguntarle la hora. *Son las nueve de la mañana, Roberta*. Qué papelón, ella sabe cómo me llamo y yo no sé cómo se llama ella. Muda la sangre a un frasco chiquito, parece el envase de los atardeceres de tiza. Con mi mamá recorrimos muchas ferias, yo me soltaba de su mano al encontrar el puesto de los paisajes en polvo. Un día le dije que mi sueño era ser artesana, trabajar hasta la medianoche en una feria. Ella lanzó una carcajada nerviosa y le preguntó al vendedor cuánto salía su obra. Elegí un

amanecer porque son los que menos se venden, siempre quedan amontonados a un costado del paño, la gente prefiere los atardeceres. Apenas llegué a casa le quité el diminuto tapón de corcho al tubito y vertí el polvo de tiza en una taza como si fuera azúcar.

Venciste a la noche, amor, me dice Ciro desplomado en el sillón. Le guiño un ojo porque si sonriera podría asustarlo, soy una pasa de uva. La ingle, el pubis y los glúteos empapados de sangre y tejidos gelatinosos. Cadáveres de medusas y pulpos soñadores. Mi piel huele a metal, estoy sucia como un pingüino empetrolado. La extraccionista sale de la habitación cargando las muestras, detrás de ella asoma una enfermera, es Dora. ¡Justo Dora me toca hoy! *Quédese quieta que debo tomarle la presión y la temperatura. No se preocupe que antes de irme voy a cambiarle el pañal*, me dice. Un síntoma de alivio: menos mal que mi mamá no está acá. No permitiría por ningún medio que una desconocida me cambiara el pañal, primero ella rompería en llanto, yo tendría que consolarla, después discutiría con la enfermera, la echaría de la habitación y pondría manos a la obra. En el fondo sentiría placer de volver a tratarme como un bebé.

Iván te mandó un mensaje al celular deseándote suerte, dice que viene a la hora que quieras. También escribió Iris, estaba muy preocupada. Esos dos te quieren mucho. Ah, y tu papá quiere venir a verte, ahora. Vas a tener que mandarle una prueba de vida para sedarlo porque va a caer sin autorización, me informa Ciro. Su rostro se ordenó por la mañana, pero las palabras que salen de su boca se enciman, las letras están deshilachadas. No retengo el mensaje, igual que la sangre. Asiento con la cabeza.

***

Llaman a la puerta, los dos golpes secos me aturden, conservo la misma posición corporal en la cama desde hace más de diez horas. El

pañal nuevo me queda holgado, no contiene. *Buenos días, Roberta. Sé que tuviste una noche difícil, pero traigo una buena noticia. Al límite, pero los valores indican que estás apta para operarte*, me confirma Clara. Succiona cada palabra como mejillones. Confío en ella porque hoy tiene los dientes más torcidos. Suspiro. Nunca pensé desear que me abrieran en dos. *En una hora la van a venir a buscar*, le dice Clara a Ciro.

Lista de cosas que haré si sobrevivo a la cirugía:

- Retomar las clases de natación.
- Tirar abajo el mueble putrefacto de la cocina.
- Adoptar un segundo perro, uno bien feo.
- Volver a comprar el diario en papel.
- No ocultar mi cuerpo.
- Depilación definitiva en la línea alba.
- Aprender a manejar.
- Comprarle un televisor a Iván.
- Leer sobre dinosaurios tres horas al día.
- Acortar la distancia con mi hermano.
- Envejecer sin pena.

Clara acelera el paso, pide disculpas y repite que debe continuar la ronda. La puerta solo queda cerrada por cuatro segundos, una fuerza vuelve a abrirla. Es el cirujano. Está vestido de civil: camisa blanca y jean. *Me cambio y subo al quirófano, te espero arriba*. Su antipatía sigue intacta.

¿Podría estimar cuánto tiempo durará la operación?, pregunta Ciro con un respeto gélido. En ocasiones habla como un anciano, eso me gusta. En su vocabulario conviven diferentes rangos etarios, nunca se sabe cuál va a poner en práctica.

Te sugiero que vayas a comer algo al bar de la esquina. No serán menos de dos horas y la ansiedad no es buena compañera. A veces, los parientes persiguen a las enfermeras para interrogarlas, y ellas huyen porque justo hay pacientes que llaman al timbre, y los parientes, ante la ausencia de palabras, confirman sus pronósticos pesimistas. Personalmente mandaré un mensaje a tu celular cuando

termine la cirugía, desembuchó el doctor. Su decir hiere, inquieta como su presencia, la aleta de tiburón asomando a la superficie.

Me desespera pensar que Ciro esté fuera del submarino cuando suceda la cirugía. Perderme en el quirófano, no regresar a tierra firme.

En el verano de 1996, viajamos a Santo Domingo, uno de los últimos destinos que hicimos como familia. Mi hermano le propuso a mi padre alquilar un velero, le aseguró que sabía navegar. Se repartieron el protector solar por la nariz y los hombros, y caminaron hasta la orilla. Mi mamá les tomó una fotografía subiendo al velero sin que ellos se dieran cuenta, prefería que sus modelos no posen. El velero se fue alejando de nosotras, a ritmo lento, los detalles de las caras de los hombres de la familia se borraban de a poco. Las horas pasaban, ellos no volvían. El cielo se fue oscureciendo, apareció la primera estrella. Mi mamá me dijo que los dos estaban bien porque saludaban con la mano. Ella les devolvía el saludo agitando los brazos. Yo debía entrecerrar los ojos para reconocerlos, confirmaba que eran ellos por el color de las mallas. De repente, la playa se pobló de hombres con espaldas anchas, piernas musculosas. Entraron al mar corriendo y se subieron a un bote, el motor hacía mucho ruido y al avanzar dibujaba una espuma blanca en el agua. Al primer bote se sumaron dos más, se dirigían al punto donde estaba el velero. Mi padre y mi hermano no estaban saludando, pedían ayuda. Jamás entendimos lo que nos quisieron decir. Cuarenta minutos después fueron rescatados. A veces pienso que nunca volvieron.

Es importante que estés tranquila, me dice el cirujano. Le pregunto cómo va a ser la operación. *Voy a hacerte una cesárea, cortar siete capas de piel. Es la única manera posible.*

Cuando escucho *cesárea* dejo de preguntar aunque no entienda.

El Dr. Genovese le da un apretón de manos a Ciro y cierra la puerta. El silencio que invade la habitación magnifica el llanto de los bebés, gritan más que los días anteriores, como si hubieran nacido todos juntos al mismo tiempo. Escondo las manos debajo de las sábanas, araño la tela, de abajo para arriba. Todo se desmorona y cae, menos mi uña.

Paro la nariz, un aroma de textura aceitosa. Aparece ella empujando una silla de ruedas, la conduce como si fuera un *jet ski.*

Quería ser yo quien te cambie para entrar al quirófano. Elsa cambió su turno. Proyecta la voz para tapar el sonido indeseado. Saco las manos de abajo de las sábanas y la miro sin decir nada, observo sus ojos, las ojeras hundidas, las patas de gallo, las comisuras de la boca, la longitud de las orejas, los lóbulos estirados por usar aretes pesados.

Salgo un momento de la habitación así les doy privacidad, dice Ciro. Elsa agradece. *Hace las cosas fáciles*, repite.

Elsa me quita el pañal y apoya uno a estrenar sobre la tela de la silla de ruedas. Traslada mi cuerpo al *jet ski*. *Te voy a hacer un lindo peinado para la ocasión*, dice. Divide mi cabello enredado en dos, tira, me hace doler, pero intento disimularlo. Me entrego a las formas de Elsa, la convicción de sus manos. Teje mi pelo, entrelaza apurada los mechones rígidos como alambre de púa, dos trenzas al costado de la cabeza. *Mejor que en una peluquería*, dice mientras se aplaude a ella misma. Después despliega un traje de escafandra, me quito la remera y el corpiño, pasa una pierna, un brazo, después el otro, abotona detrás de la espalda, encaja el casco en mi cabeza y mete las largas trenzas a presión. Por último, ajusta el exótico calzado en mis pies. Me viste como si fuese su muñeca favorita.

Estás para una foto, pronuncia.

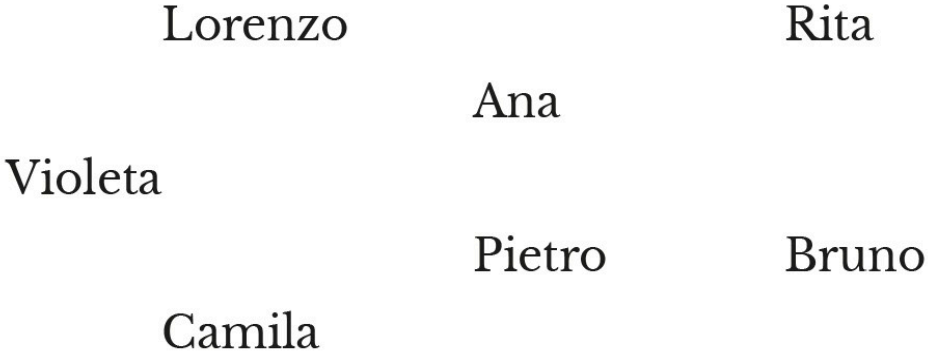
Llevo puesto el uniforme propicio para soportar las condiciones extremas de la corteza oceánica. Hay humanos que no logran salir vivos, simplemente mueren.

Las cirugías tienen mala fama, pero operarse es algo bueno. Tanta gente pendiente de vos, sos la estrella del quirófano. Y, además, el Dr. Genovese, qué galán, lo bien que huele. Ya quisiera estar en sus manos ya quisiera. Elsa me arrastra a pagar su monólogo con una sonrisa deforme.

Si sobreviviste a esta última noche, tenés que resistir la intervención, ¿me escuchaste? Sí, susurro, dejo escapar unas lágrimas, cuando empiezan no puedo detenerlas. Elsa se pone en cuclillas, consigue la altura de la silla de ruedas, y escurre mis lágrimas con su pulgar agrietado, intercala ojo izquierdo y derecho.

Nadie necesita una madre cuando una enfermera sabe cuidarte. *Bueno, chiquita, ahora a ser valiente. A las cuatro vuelvo y vemos la novela*. *No podés fallarme no podés*, exige Elsa.

Llegó el camillero, escucho. Reconozco la voz, pero no el rostro. Es Pedro, lo recuerdo del primer día. El hombre sin cara. La nube sigue ahí, tapando sus rasgos como una máscara. *¿Cómo estás?*, me pregunta. *Temblando*, le contesto. Se pone detrás de mí y empuja suave la silla de ruedas, me marea el movimiento, es la primera vez que salgo de la habitación en cuatro días. En el pasillo está parado Ciro, Pedro detiene el paso, nos permite despedirnos. En los momentos más cruciales de la vida no alcanza un beso, solo un abrazo funciona. Ciro se agacha y yo apoyo la cabeza en su hombro, aspiro el aroma de su pelo, champú anticaspa con perfume a menta. Tengo tantas cosas para decirle, pero pronuncio tres palabras: *Comé algo rico*. Él, otras tres: *Estás muy hermosa*. Me despido sin énfasis, como si estuviera segura de que nos reencontraremos. No lo estoy. La silla comienza a moverse, toma distancia de Ciro, decido no mirar atrás. Observo las puertas, son diferentes a la mía: tienen una decoración, carteles con un nombre.



Al final del pasillo, hay una escultura de dos perros. Parece un altar, rezo, aunque no sepa hacerlo de manera correcta. Repito para adentro lo que aprendí en las telenovelas.

Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu nombre…
Amén.

Por un momento soy católica. Perdón, papá. Perdón, abuelo.

El paseo continúa, imagino que si fuera una película esta escena se filmaría con un *travelling*, la cámara delante de mí. La banda

sonora sería melódica, incluiría un piano, pretende el llanto del espectador. Por precaución, no miro películas que suceden en hospitales. Pedro aprieta el botón del ascensor, las puertas plateadas se abren, me recibe un espejo. Qué irresponsabilidad. Sin embargo, no bajo la mirada, estudio la imagen. El traje me queda chistoso, es una pena que Ciro no haya tomado una foto. Es necesario graficar los momentos tristes. Los recuerdos de la tragedia son embusteros, deforman los hechos, mienten. Las fotografías ajustan la escala, ubican el drama fuera del cuerpo, un exorcismo. El ascensor sigue descendiendo al último piso. Once mil metros de profundidad. Un sonido tintineante anuncia que llegamos a la estación submarina. Las piernas me tiemblan, levanto la cabeza buscando los ojos de Pedro, intento despejar la nube de su cara. Exhalo fuerte por la boca para deshacerla, descubrir algún rastro humano. Exhalo más fuerte, la nube comienza a abrirse, asoman pistas de una cara. Tiene aparatos fijos, un alambre subraya la totalidad de sus dientes. Brillan como el mango de una cuchara. Los ojos son tan pequeños, color miel, uno más oscuro que el otro. Sigo subiendo, en su cabeza tiene una cofia, no es el modelo tradicional. Es de Pokemón. Se me escapa una risa chillona. *A mí también me gusta Pokemón*, le digo. Choca mi mano, una coincidencia. Me calma pensar en los monstruos, me calma pensar que yo soy uno más, parte de ellos.

Entramos a una habitación gigante, toda blanca, parece el cielo. Un pasaje a otra dimensión. A los costados, personas recostadas sobre camillas, ¿están vivas o muertas? Pedro no se detiene, sigue empujando la silla, hasta llegar al final del salón, hay dos puertas, las abre manualmente, un grupo de animales marinos me espera.

Bienvenida, pronuncia el Dr. Genovese. Es la primera vez que lo veo vestido como cirujano. Deslizo un inaudible *Hola*. El quirófano está poblado, hay una, dos, tres, seis criaturas.

- Un tiburón blanco: no mastica a su víctima, la deshace en grandes trozos, traga.
- Un pez pelícano: utiliza su larga cola como látigo, prende una luz color rosa.
- Un yelmo de nariz cuadrada: la placa ósea que cubre su cabeza lo hace parecer un caballero de la Edad Media.

- Un diablo negro: sus ojos son tan pequeños que logra ser invisible en la oscuridad.
- Un gran engullidor: su estómago puede ensancharse al tamaño de la presa.
- Un pez gota: es gordo y perezoso por estrategia de supervivencia. Es considerado el bicho más feo del océano.

Las criaturas hablan, las seis me saludan. Transmiten algo de calma. Cuando quiero darme cuenta, estoy recostada sobre la camilla, posición horizontal. Un cuerpo a punto de ser abierto, la escena de una autopsia. Pedro desaparece. La estación submarina no es cómo pensaba, es luminosa, un sol sobre mi frente.

Soy María, la instrumentadora, se presenta pez pelícano. *Vamos a transfundir sangre durante la cirugía, pero antes tengo que quitarte el piercing de arriba del labio*, me informa. Si se me cierra me mato, pienso. El segundo *piercing* está más escondido, en el centro de la lengua. Podría mentirle, como tantas veces lo hago, pero le digo la verdad: *Tengo otro más dentro de la boca*. La abro grande, María introduce sus dedos enfundados en látex, busca la bolilla con *strass*, desenrosca, desliza la barra por debajo de la lengua, suave, sale de a poco. La boca queda desnuda de metal. Me muestra el aro posando en su guante como si hubiera encontrado un caracol.

Quedate tranquila, voy a cuidar de tus joyas, me dice.

El Dr. Genovese charla con sus colegas, intento comprender los diálogos, hablan del clima, del partido de Boca, de la pizza que comerán a la noche. Creía que en el quirófano se alojaba el silencio de la soledad. Culpa del cine. Estoy rodeada de animales marinos que cuentan chistes, parlotean, me hacen parte de la ceremonia.

Roberta, voy a necesitar que firmes unos papeles. Es el consentimiento donde autorizás, si es necesario, la extracción del útero completo, me dice el cirujano mientras sostiene una carpeta rígida. María pone una lapicera azul en mi mano, la apoyo sobre el papel, dibujo un garabato. Una firma nada parecida a la mía, por falta de pulso y también porque no sé quién soy. Una cirugía es un contrato de confianza.

Tengo miedo, le confieso al Dr. Genovese al terminar de firmar. *Yo te voy a cuidar*, responde con dulzura. Se había roto su blindaje.

Prometeme que no me voy a morir, le digo. *Te lo prometo*, pronuncia rompiendo su código ético profesional.

Actitudes que voy a cambiar si salgo viva del quirófano:

- No levantarme de la mesa para lavar los platos apenas terminamos de cenar.
- No descuidar el tiempo con mis amigos.
- No callar cuando mi padre me ofrece tira de asado sabiendo que no como carne roja hace veinte años.
- No dilatar la visita al dentista.
- No pesarme cada mañana.
- No escuchar música con auriculares para evitar que me pregunten dónde queda una calle.
- No hacer *zapping*, quedarme en un solo canal.
- No estar tantas horas frente al televisor.
- No suspender planes cuarenta minutos antes.
- No tenerles miedo a las personas.

Alguien me habla al oído. *Quien permite que no te mueras soy yo, el anestesista*. Ríe al terminar de decirlo. Calco su risa, por las dudas, para evitar que me mate. Le pregunto cómo se llama. *Elías*. Tiene la cara aplastada, un clásico pez gota. *Ahí vamos, Roberta*, dice mientras el líquido comienza a entrar por la vía.

¿A dónde va el tiempo cuando perdemos la conciencia?

El Dr. Genovese vuelve a hablarme, conserva esa ternura inesperada. Me pide permiso para rasurarme el pubis, recuerdo que hace más de un mes no voy a la depiladora. Después recuerdo que tal vez no sobreviva a la operación. El cirujano levanta una parte del traje, escucho el motor de la máquina. Pierdo el pudor, les entrego mi cuerpo como si fuera un juguete roto que necesita ser reparado.

¿Ponemos música?, dice uno de ellos a lo lejos. Es la voz de Frank Sinatra, un muerto canta jazz: *Fly me to the Moon / Let me play among the stars / Let me see what spring is like on / A Jupiter and Mars*. Es un concierto íntimo, una fiesta humilde. Me preparé

para un velorio y nadie está de luto. Podría levantarme de la camilla y bailar *swing*, lo hago dentro de mi cabeza.

Cuanto más profundo me sumerjo en el océano, más oscuro es. El fondo se parece al espacio, lo más subterráneo y aéreo se tocan. El mismo abismo.

No hay gravedad, mi cuerpo gira, escucho mi respiración enlatada, soy una astronauta que tal vez no regrese a la Tierra. Al espacio también llegaron medusas. La NASA envió más de dos mil pólipos de medusas lunares en el transbordador espacial Columbia. Fue a principios de los noventa, la misión buscaba que los pólipos produzcan crías y observar cómo se desarrollaban las medusas fuera del agua y con falta de gravedad. Las pruebas mostraron pulsos y movimientos irregulares, conocieron el vértigo.

Floto en el espacio, no me caigo.

***

Roberta, Roberta… Roberta. Es mi nombre, una voz lo repite. Siento un placer desconocido, la calma de una canción de cuna. Levanto los párpados. Sin apuro. Mis ojos parecen vitrales.

Un tiburón blanco me habla, es el Dr. Genovese. Lo reconozco por sus pupilas sin fondo. Lo miro buscando respuestas, datos concretos. *La operación salió muy bien, estás fuera de peligro*. Sonrío para él, sin dientes porque deben estar sucios, mi aliento podría tumbarlo. Estoy viva. Los rezos funcionaron. ¿Iré a la iglesia a partir de ahora? Mi papá entenderá.

Roberta, hubo que extraerte el útero completo, lo lamento. De no hacerlo, ibas a volver a desangrarte en un futuro, era una bomba de tiempo, me explica ordenando sus cejas, un gesto compasivo. Sostengo la sonrisa. Asoma un diente, dos, los labios se estiran. Algunos vertebrados se amputan ellos mismos una parte del cuerpo para huir de la muerte, escapar de sus depredadores. Es un recurso de defensa llamado *autotomía*. El costo de sobrevivir es saber

desprenderse. Los tritones exhiben su vientre colorido frente a una amenaza, tonos vibrantes que oscilan entre el amarillo y el naranja. Son toxinas que pueden dañar a quien se atreva a comerlo. Si esa estrategia no es suficiente, sacrifica un miembro con la tranquilidad de que podrá regenerarse. Tiene la capacidad de volver a formar su corazón, también los ojos.

El útero era mi depredador. Abandoné el órgano reproductor y con él un deseo. Quedó flotando en el agua, todavía moviéndose, como la cola mutilada de un tritón.

Como te hicimos una cesárea, no podés hablar durante varias horas. Por favor, cumplí porque si no te vas a llenar de gases, me explica el cirujano. *Lo prometo*, le digo. *Roberta, ¡no hables!*, reitera. Tengo tantas cosas que decir. Dejo que las palabras naden adentro de la boca de la ballena.

PARTE II
El aliento de la ballena

Día 4 (por la tarde)

La uña color uva, los bordes se descosieron y ahora parece flotar sobre la carne. Está sostenida, apenas, por la cutícula, un par de puntadas la retienen. Tarde o temprano se va a desprender.

La uña crece entre tres y seis centímetros al mes, puede tardar entre tres y seis meses en renovarse por completo.

Abro los ojos, la cara luminosa de Ciro, las gotas de sudor de su frente siguen ahí. Lleva la máscara de un hipocampo, una corona de pelo en el centro de su silueta de caballo. Da vueltas a alrededor mío, baila, un cortejo. Vuelve a elegirme como su compañera de vida. En esa especie es el macho quien experimenta el embarazo, puede albergar más de mil embriones en su bolsa de cría.

Me operé, le susurro a Ciro. *Lo sé, no hables, amor*, dice.

Amor, me operé, vuelvo a decirle. *Shhhh*, hace Ciro antes de lanzar una carcajada. Nunca vi reír a un hipocampo.

Me invade una alegría desubicada. Debería estar triste, pero siento alivio. A veces se pierde y simplemente hay que aceptarlo. Sin embargo, sentía que había ganado algo. Pero, ¿qué? Una certeza. Ahora sabía de lo que no era capaz.

Cosas que no me pasarán:

- Hacer una prueba de embarazo escondida en el baño.
- Esperar con ansiedad los tres meses prudenciales.
- Padecer náuseas matutinas.
- Sujetar con un imán a la heladera las fotografías de la primera ecografía.
- Tener tetas grandes.
- Leer las instrucciones para armar la cuna, no entenderlas.
- Comprar un fular.
- Preocuparme por el precio de los pañales.
- Discutir con Iris para que no organice un *baby shower*.
- Lavar una a una las prendas del bebé y colgarlas en el tender unas semanas antes de su llegada.

Tirito de frío, no me importa. La cama está suspendida, las sábanas son de terciopelo. Tengo brazos, piernas, torso, caderas, pies, no siento nada. Como si el cuerpo que llevo tras la cirugía fuera una prótesis.

Roberta, durante los próximos días podés expulsar sangre, incluso tejidos. Es normal. No te asustes, me pide el tiburón. El Dr.

Genovese saluda a Ciro, termina su tarea y se prepara para irse. *Gracias*, le digo en voz baja. *No hables, pichona*, desliza. Pichona. La gente les teme a los tiburones blancos. No son malos, solo intentan protegerse del dolor.

¿Qué día es?, le pregunto a Ciro*. Te digo, pero no hables más, amor. Martes 10 de enero.*

¿Qué día es?, vuelvo a preguntar. Estoy muy drogada. Con razón las personas se drogan tanto. *Martes, 10 de enero. Nos van a retar, hacé caso.*

¿Sabés a quién le sacaron el útero? A mí. Se fue.

Viene la enfermera, por favor, hacé silencio.

¿Dónde está mi Roberta?, pregunta Elsa. Tiene un aura brillante, es uno de esos ángeles con cachetes regordetes que posan en las láminas baratas que venden en las tiendas de regalos. *Me operé*, le digo. *¿Pero qué hace hablando Roberta? No puede hablar*. Está enojada, la risa me brota. *Qué mal te estás portando, Roberta. La peor paciente*. Al terminar de decirlo lanza una carcajada. La alegría nos vuelve desobedientes. Por primera vez entiendo a mi papá. Más que eso, me reconozco en él.

A partir de ahora no más cháchara, después vas a tener retorcijones en la panza. Pedos, Roberta. Pe-dos. Hablo con las manos, le digo *te amo* a Ciro en lengua de señas, lo aprendí en una telenovela. Ciro mira a los costados. *¿Qué necesitás?*, pregunta. Vuelvo a transmitir el mensaje: la mano nace del pecho, sube pegada a la piel, acaricia el cuello hasta salir por la pera. *¿Agua? No podés todavía,* dice.

Qué graciosa está Roberta. Parece un bebé, dice Elsa. Escucho esa palabra y pienso lo extraño que es una cesárea sin un bebé. Elsa saca un espejo de mano del bolsillo de su delantal blanco, lo acerca a mi rostro. *Mirate, sos otra*.

Me esfuerzo en hacer foco, al costado de la nariz hay otros ojos, más claros, casi transparentes. Mi piel ya no es pálida, resplandece. Tengo el gesto de paz de una mujer que acaba de parir. ¿Qué nació? Cuando los flamencos salen del cascarón tienen un plumaje blanco, deben crecer, hacerse adultos para exhibir plumas rosas. Salí del quirófano con un disfraz de flamenco, toda mi piel es rosa

fosforescente. Podría brillar en la oscuridad, como lo hicieron las medusas en esta misma habitación.

Señalo la muñeca con el dedo para preguntar la hora. Elsa comprende: *Tres menos cuarto, nena. En un rato vuelvo y vemos la novela. Por la noche te van a transfundir otro litro de sangre. Ay, esos bebés que lloran. ¿Cuándo se callarán?*, agita las manos mirando el techo. No escucho el espamento de los recién nacidos. Tampoco las amoladoras.

En una hora ya puede mojarle los labios a su señora con algodón húmedo. Nada de agua, comida menos, indica Elsa levantando el dedito. Hace un silencio. *Te quedan simpáticas las trenzas, nena. Qué buena peluquera conseguiste, ¿no?*, reflexiona y marcha torcida hacia la puerta. ¡*Pst!*, chisto. Elsa se da vuelta, responde a mi llamado.

Apoyo la mano en el pecho, sube pegada a la piel, acaricia el cuello hasta salir por la pera.

¿Qué habrá querido decir esta Roberta?, dice y se va.

***

Es martes, 10 de enero. Es martes 10 de enero. Un día más donde las personas esperan el colectivo, suben al tren, se pasan dos paradas, aprovechan una oferta y compran cinco alfajores al precio de tres. Para mí, es un corte, una vida dividida en dos. El timbre de las voces tiene otro sonido, las palabras significan otra cosa. Tendré que aprender a hablar de cero, inventar un lenguaje que me permita decir eso que aún no sé cómo decir.

Ya no siento la presión en el vientre, desapareció como el cuerpo que ocupé treinta y siete años. ¿Qué cuerpo se oculta debajo de las sábanas? Lo difícil no es tener un cuerpo, es volverse dueña de él. Reconocerlo, entablar un diálogo, ganarse su confianza.

Toda cirugía es una discontinuidad.

A pesar de su aspecto amenazante, el tiburón cumplió su promesa: no me dejó morir. Me apena que no pueda compartir una fotografía con un bebé en brazos, no seré parte del álbum que tiene en su Instagram. Es el costo que debo pagar por seguir viva. A veces protagonizamos una foto, otras solo la miramos.

***

Dos golpes. *¿Se puede?* Clara atraviesa la habitación con un paso tenaz, se apura para llegar hasta donde estoy. Tan quieta, inmovilizada. La doctora estrena otra mirada, busca encontrarse con mis ojos, averiguar quién soy sin útero. Es como si nos viéramos por primera vez. Peinó su pelo para atrás, las características físicas que la hacen única en la fealdad están visibles hasta el detalle. Quisiera acariciar uno a uno los dientes gigantescos que impiden que cierre la boca, si me permitieran hablar le diría: sos el pez más hermoso de la zona abisal.

¿Cómo se siente la recién operada?, le pregunta a Ciro. *Me está costando que no hable*, responde. Traicionada por los míos, quién hubiera dicho.

Roberta, no hables porque después vas a tener cólicos y duelen. Clara podría haber sido directora de escuela primaria, pero eligió evitar que una mujer se llenara de gases. ¿Será mamá? No tiene cara de mamá. Sé reconocer muy bien la cara de mamá. Clara no tiene cara de mamá. Se acerca a la cama y toma la sábana blanca con una mano, me va destapando de a poco. No quiero ver, aprieto los párpados.

No tenés más panza, Roberta. Quedaste con el abdomen plano.

Clausuro mi boca con una mano para evitar un grito de euforia. Al escuchar a Clara, tomo conciencia de que llevo meses ocultando una panza, el deseo de un embarazo fantasma. ¿Dónde vivirán ahora las medusas?

Hasta mañana va a tener una sonda para el pis, no se puede levantar de la cama por nada del mundo. Por la noche, va a ingerir la primera comida, líquida por ahora, una sopa de calabaza, le explica Clara a Ciro. *Por suero le pasarán calmantes para que no le duela la herida*, agrega. Ciro le agradece cuatro veces y repite *macanudo*. Clara se despide hasta mañana, me alegra pensar que hay un mañana. Un mañana que incluye a Clara y su rostro monstruoso.

Hoy no quiero visitas, solo quiero estar con Ciro y con el cuerpo nuevo.

La infancia está idealizada.

Propiedades de ser grande:

- Decidir el destino de los paseos.
- Elegir a quién invitar a mi cumpleaños.
- Ser responsable de la vida de otros, sean personas o peces dorados.
- Mirar porno.
- Saber que si me hago pis encima no pasa nada.
- Ser autora total de mis errores.
- Internarme en el mar pasando la rompiente.
- Descubrir que hay cosas que me siguen dando miedo.

Permiso, permiso, hora de la novela, canta Elsa mientras recorre el cuarto haciendo un baile, sacude los hombros, hace vibrar su cabeza, avanza empujada por la ilusión. Está contenta. Entonces me doy cuenta: mi habitación es su refugio.

Aproveche para ir a comerse un panchito, muchacho. Yo me quedo con la nena, le dice Elsa a Ciro mientras estaciona su cuerpo macizo en la silla de acompañante. Ciro acepta la sugerencia, me da un beso en la frente y se cuelga la mochila al hombro. No creo que vaya a comerse un panchito, pero él es educado y tiene el sí fácil. Prefiere sentirse mal antes que ser descortés con el otro.

De paso vigilo que Roberta no hable, porque me anduvieron contando que se está portando muy mal se está.

Por favor, le dice Ciro. Un complot contra mí. Cierra la puerta.

No se escucha nada, nena. Vos sos joven, pero yo nací con el mobiliario de este sanatorio. Subile el volumen, me pide Elsa. Le explico con señas que desapareció el control remoto. No sé cómo, pero ella descifra mi mensaje.

Pero, pero, Roberta, de haberme dicho antes. Voy a sacarle el control remoto a alguna paciente de otro cuarto. Las parturientas ni prenden la televisión, no se van a dar cuenta.

Elsa se levanta de la silla, hace un gemido cuando toma impulso para ponerse en posición vertical. *Ya vengo, nena.* Observo cómo se aleja, en cada paso crece el vértigo de quedarme sola. Hace más de cuatro días que tengo compañía las veinticuatro horas. Serán solo unos minutos, me repito. La habitación queda en silencio. Miro alrededor: la ventana, la mesa, la puerta, el cuadro de Kandinsky, los colores brillan más, el amarillo está más amarillo.

En el taller de Adela, el amarillo era el color que primero se acababa. A veces me daba vergüenza avisarle, entonces compraba el pomo antes de ir, al llegar lo escondía dentro del enorme baúl donde convivían los verdes, azules, rojos, blancos y negros. Me escaparía de este submarino, correría hasta su taller, treparía el edificio, entraría por la ventana y llenaría su baúl de pomos amarillos.

¿Habrá tenido hijos Adela?

Volví y con control remoto en mano, grita Elsa mientras avanza por el cuarto como una topadora, olvida su renguera, su edad, el horario que debe cumplir como enfermera. La habitación se llena del olor de su aliento. Inhalo profundo, succiono el perfume a atún con las fosas nasales, lo guardo dentro de mí. Aire de mar.

Por favor, qué feo es el bebé de al lado. Y mirá que he visto bebés feos, nena, pero como este jamás. Es feucho, feucho. Tal vez no exista ese bebé y Elsa solo quiere hacerme sentir que no me estoy perdiendo de nada importante. Lo consigue.

5, 6, 7, 8… 65. Elsa sube el volumen de la televisión al máximo, convierte el ala de maternidad en el espacio común de un geriátrico. Los actores hablan a los gritos, me aturden. Ella mira fijo la pantalla del aparato, cambia de lugar: se sienta al borde de mi cama. Antes de desparramar su cuerpo chequea la sonda. *Cuánto pis, nena. Eso*

es bueno, seguí así, dice. *Empieza, empieza,* hace el gesto de los carteles de enfermería, silencio. El dedo índice sobre la boca.

Escena 1: Un hombre de barba y bigotes lee el diario en la cama. Tiene colgado al hombro un cabestrillo que inmoviliza su brazo derecho. La puerta se abre, la mujer pirata camina hasta el hombre herido, viste pollera negra y camisa con hombreras, blanca haciendo juego con el color del parche.

—¿Se fue Paulina? —pregunta.

Escucho la voz de la villana por primera vez. La proyecta con poder, habla con la seguridad de una emperadora. Ser mala es un talento para pocos, requiere esfuerzo, dedicación, disciplina.

— Sí, mamá —y agrega—, creo que hoy reabren la discoteca. No sabía que la habían cerrado por el escándalo.

La mujer pirata le quita el diario de las manos a su hijo.

—Es un escándalo fuerte, me costará dinero, pero tengo que pararlo —sentencia con conocimiento de causa. Deja en claro que no es la primera vez que lo hace.

Su primogénito la escucha, cada palabra que pronuncia lo aplasta más hondo en la cama. Se derrite, va perdiendo forma humana.

Y ella sigue hablando, un monólogo:

—¿Quieres que me hinque ante ti para suplicarte que cambies de vida? ¿Quieres que te lo pida de rodillas? ¿Quieres que te lo implore en nombre de tu padre? ¿Que me desgarre la piel para que veas hasta donde me duele todo esto?

La mujer pirata es la definición de una madre promedio: mete culpa por todos los poros.

Qué desagradecido ese hijo, un vago es, un vago. Cuánto dolor carga esa madre, comenta Elsa mientras sujeta su frente.

—Mamá, por favor, no me hables así —suplica el hombre, solo mueve los labios, el resto del cuerpo parece muerto.

—Así tengo que hablarle al hijo que perdí aquella noche. Al hijo que lleno de odio me miraba con un trompo en la mano.

Así son los hijos, les das todo y, zas, te clavan un puñal, interrumpe Elsa y gira la cabeza para mirarme*. Ni se te ocurra hablar, Roberta, ¿eh? Hay que tenerte cortita a vos.* Elsa me elige por sobre la telenovela, posa los ojos en mí varios segundos, sin decir nada. Hasta que rompe el silencio: *Es lindo verte bien, nena*. Estira el tronco, acorta la distancia, levanta un brazo y me corre el mechón de pelo de la cara.

Tenías razón, es hermoso operarse, susurro y me dejo arropar por el aliento de Elsa. Un abrazo de tarta de atún.

Siempre tengo razón, nena. Son años, una vida atrapada acá. Es difícil seguir órdenes de una desconocida, lo sé. Cuando nació mi primer hijo también me hicieron una cesárea. No podía hablar ni comer nada. Tenía tanta hambre. Mandé a mi cuñada a comprarme un sándwich de salame, lo devoré a escondidas en tres bocados. Pagué la desobediencia con dolor.

Largué una carcajada, escuché el sonido, pero no sentí la risa en el cuerpo.

Me quedaría toda la tarde con vos, pero las parturientas quejosas no paran de tocar el timbre. Después esos hijos les van a dar cada disgusto, dice Elsa resignada. *Tres meses, Elsa, tres meses*, repite.

La veo irse, el sube y baja de su renguera es más pronunciado, un resorte en los pies, se eleva tan alto que amenaza con quebrar el techo del submarino, pero la fuerza del piso la trae de vuelta como un imán. Sigo sintiendo el efecto de la anestesia, quisiera que esto dure para siempre.

Ya puede entrar, hombre, ya puede, escucho que le dice a Ciro.

Miro la televisión, el volumen está muy alto, sin embargo, las voces me parecen lejanas. Oigo más nítido el crujido de las paredes o los tacos que atraviesan el pasillo del tercer piso.

¿Cómo está la chica más valiente del hospital?, me pregunta Ciro. Suele exagerar, no esta vez. Respondo con el dedo pulgar, apunto para arriba, la superficie que comienzo a olvidar. Dudar de que existe.

¿Podrías bajar el volumen de la televisión? Extraño leer los labios de los personajes. Ciro se sorprende al ver el control remoto, pero no pregunta cómo apareció. Intenta que no hable de más. Con un solo botón enmudece a los actores, crea un silencio ficticio.

Recuerdo que tengo una madre. De alguna manera se enterará de que me sacaron el útero. Un rumor, alguna persona en común, la lengua floja de mi papá. *La intuición nunca me falla*, dirá cuando confirme su sospecha. Llorará mientras silba la pava en la hornalla, la dejará cantar un largo rato. Seguirá llorando. Por días. No saldrá de la cama durante una semana. Cuando baje el sol, la visitará cada tarde el mismo pensamiento: ¿a quién vestiré con la ropa de bebé de Roberta? Aquella que está atesorada para mis nietos. En el estante más alto de un placar de su casa, hay una enorme caja de cartón forrado, desborda de baberos, *bodys* y pequeñas camisas con volados. Mi madre solo permitió que tome un chaleco tejido color turquesa. También un saquito rosa viejo. Tengo las prendas escondidas en un cajón del vestidor, la tela desprende olor a sótano. A veces lo abro y observo la escala diminuta de una vida. Un cuerpo que ya no existe, otro cuerpo que ya no existirá.

Me despierta un sonido de ventosa. Abro un ojo, veo un cuerpo redondeado, prominente. Inhalo. Es Elsa. Desagota el recipiente de pis, el líquido salió del cuerpo sin que me diera cuenta. Entonces recuerdo que debajo de la túnica del sanatorio estoy desnuda. Estoy desnuda y no siento pudor. Soy un maniquí al que le cambian la ropa, lo visten, levantan y bajan sus brazos.

¿Cómo se siente la nena? Tu galán salió al pasillo, a hablar por teléfono, dice Elsa.

Me siento rara. ¿Cuándo voy a volver a menstruar?, le pregunto. Elsa junta las cejas, hace una pausa y abre la boca lo suficientemente grande para que salgan palabras de peso: *Roberta, te extrajeron el útero. No vas a volver a menstruar.*

Una revelación.

Incomodidades de menstruar en orden alfabético:

- Esconder la mancha de sangre que traspasó la prenda de ropa atando un buzo a la cintura.
- Estar inflada como una piñata.

- Ingentes cantidades de dinero en apósitos.
- La irritación en la ingle por la fricción del apósito.
- Masacrar un pantalón porque el periodo se anticipó unos días.
- Preocuparme si no me viene. Preocuparme si me viene.
- Puñaladas en el abdomen.
- Recordar que tendré que desangrarme por treinta años más.
- Resistir sin gritar el sonsonete constante de una amiga para que me pase al equipo de la copa menstrual.

¿Te vaciaron completamente?, me pregunta Elsa. *No, conservo los ovarios y el cuello del útero, el Dr. Genovese me lo confirmó*.

Es una suerte, al tener ovarios no necesitarás tomar hormonas. Si no, hubieras entrado en la menopausia a los treinta y siete años. Una picardía. Con esa carita de nena que tenés. A tu edad me sacaron todo, me vaciaron como a un pollo. Otras épocas.

Elsa no me deja sola, ni en el dolor ni en el recelo. Su historia tal vez sea cierta, tal vez sea mentira. Poco importa. Ella está pendiente de mi cuerpo de una manera distinta, mientras las otras enfermeras le otorgan un protagonismo épico, Elsa lo vuelve común y corriente. No nombra a la anomalía, habla de las coincidencias.

Bueno, nena, hoy vas a descansar bien. Te estoy pasando un calmante por suero. Esta noche a soñar cosas lindas. Es una orden, me dice Elsa antes de apoyarse en la mesa. Vierte la jarra de agua en el vaso de vidrio, lo llena hasta el borde. Fondo blanco. Vuelve a servirse, traga el líquido sin respirar. Las ballenas tragan su peso en agua para alimentarse, cazar el atún entre otras presas. Tienen un órgano en las mejillas que colabora con el proceso.

Ahora hago pasar a tu galán. Hasta mañana, nena.

¿Qué hora es?, le pregunto a Ciro. Las ojeras le llegan a la punta de la zapatilla, hace jueguitos al caminar. *Las ocho y media de la noche, amor*.

La puerta se abre y asoma de a poco el carrito con la cena. *Le traigo lo indicado por el cirujano*, dice la camarera. La bandeja no incluye pan ni postre. Tampoco nada sólido. El menú: sopa.

Ciro se levanta de la silla y ayuda a la camarera, a ella le disgusta el exceso de manos. Dice *Gracias* a regañadientes. *Buen provecho*, desliza y continúa su ronda.

¿Cuántas personas estarán cenando sopa en el sanatorio esta noche? Afuera estoy segura de que nadie, es enero, el asfalto debe quemar la planta de los pies como arena de playa sin balneario.

Ciro encastra la bandeja a la cama, arrima su silla, hunde la cuchara de metal en el líquido y lo acerca despacio a mi boca, una escena lenta. Tarda en llegar a destino, saboreo la espera. Soy dueña del tiempo. Entro en contacto con la temperatura de la sopa, está caliente pero no me hace daño, indago en la textura, la ausencia de sal. Trago. El estómago despierta, burbujea, responde al estímulo.

Es la primera comida desde ayer por la noche. No sé si está rica o desabrida, pero me completa. Me recuerda que no morí en el quirófano. Mis ojos se ponen húmedos, una lágrima se desliza por la mejilla, impacta en la mano peluda de Ciro. Lloro tomando sopa. Mi acompañante acaricia el brazo que tengo libre de vía, no hace preguntas, me mira durante unos minutos.

Estoy lista para otra cucharada, le digo. Las lágrimas suben por el pecho, atraviesan la garganta, se acumulan detrás de los ojos. Un chaparrón de esos que empapan. *Llorá todo lo que necesites, la sopa puede esperar*, dice Ciro.

No lloro de tristeza, le explico. Inhalo profundo. Respiro diferente, cambió la presión atmosférica. El submarino ascendió dos mil metros, se aleja de las fosas oceánicas. No pregunté en todo el día cuándo me darán el alta.

¿Sigue estando la figura misteriosa en la puerta de la habitación, amor?, le pregunto a Ciro. *Sigue ahí, tan chistosa como siempre*.

Pienso en un cuerpo sin útero.

¿Cómo seré por dentro ahora? Un cuerpo sin útero se parece a una pileta sin agua. Un vacío. No todo hueco es la antesala de una caída.

Día 5

Negra. Mi uña es un cielo de campo que de tan oscuro permite delinear el contorno de las estrellas.

A los niños y los hombres las uñas les crecen más rápido.

Buen día. Me despierta la voz de Perla. Se debe haber impresionado con la sangre que perdí la noche previa a la operación. O es probable que sea una rutina para ella, despedazar cantidad de medusas y pulpos, luchar cuerpo a cuerpo para que no la piquen. *Se te ve rozagante*, me dice mientras bombea el tensiómetro. Escucho el latido. Estoy viva.

Perla escribe sin prisa en una hoja, pispea la televisión hasta que el termómetro pita. *¿Seguís sin encontrar el control remoto?*, pregunta. *Elsa consiguió uno, pero me gusta más así, sin volumen.*

Estás perfecta, Roberta. Vacío el recipiente del pis y te dejo tranquila. Comienzo a tomarle cariño, ¿le gustarán las telenovelas?

Se lo pregunto: *¿Te gustan las telenovelas, Perla? ¿A quién no le gustan las telenovelas?,* responde. *A las cuatro dan una muy buena, es sobre una mujer pirata, seguramente la veamos con Elsa. Estás invitada*, le digo. Perla sonríe, no asegura su presencia.

En un rato te traerán el desayuno. Más tarde vuelvo a pasar, dice y cierra la puerta de la habitación. Sé que no vendrá a la función de la tarde, pero quería que no se sintiera menos que Elsa.

¿Cómo te sentís, amor?, me pregunta Ciro.

Amor, amor.

Nunca me había detenido a pensar en lo que significa que se dirijan a vos con ese término: *amor*. Y no *mi amor*. *Amor*, a secas. Soy el *amor*. El diccionario define cada palabra de diversas maneras. *Amor* comienza con esta: *Sentimiento intenso del ser humano que, partiendo de su propia insuficiencia, necesita y busca el encuentro y unión con otro ser.* Lo recuerdo porque todavía me causa enojo. Definir al amor desde la falta es un error. Y no uno chiquito. Pero hay otro significado más preciso: *Sentimiento de afecto, inclinación y entrega a alguien o algo.*

No diferencia entre personas u objetos, entre vivos o muertos, entre lugares o acciones. El amor también se trata de perder algo por estar con el otro. Ciro sacrifica la posibilidad de cortar un cordón umbilical al quedarse al lado mío. Jamás sabrá si sus hijos

continuarán el legado del lunar al costado de la nariz. Esa es otra definición de *amor*.

Sin mirarme al espejo tengo la certeza de que mi cara se ve mejor que la de Ciro. Carga el cansancio de un alpinista tras bajar de la montaña.

Soñé que nadaba con medusas, como si fuera una más del enjambre. No eran una amenaza, yo tampoco para ellas. Atravesamos el océano en espejo, imitaba la estrategia para desplazarse, estábamos tan cerca que la contracción y expansión rítmica de sus campanas alcanzaba para que mi cuerpo se propulse como un eco. Nadamos contra la corriente.

Deberías pintar esa imagen, me sugiere Ciro.

¿Cómo me siento, preguntaste? Después de meses, cerrar los ojos y dormir es una bendición. Había olvidado de qué se trata ese placer tan primario. La vigilia se había convertido en una identidad.

Descubrimientos durante esas noches de insomnio:

- Un programa de radio dedicado al campo que informa las condiciones meteorológicas y cotizaciones del grano.
- El placer de darme un largo baño cuando nadie en el edificio lo hace. Ser la única ventana iluminada a esa hora.
- Interiorizarme en las reglas de un deporte y conmoverme con su humilde épica: la competencia de bochas nacional.
- Ver cómo el escribano que vive enfrente de casa pinta patos de madera en serie, el pico es lo último que recibe color.
- Improvisar un revuelto sin huevos, adaptarme a los ingredientes que guardo en la alacena porque el supermercado está cerrado.
- Encontrar a Munch hipnotizado, observando la misma sección de zócalo de cinco a seis de la mañana.

No dormir fue devastador, pero voy a extrañar investigar la noche. El temor de estar perdiéndome de algo.

Amor, ¿creés que le agradecí lo suficiente al Dr. Genovese?, le transmito mi preocupación a Ciro. *Le agradeciste cuando despertaste de la anestesia y él sonrió. ¿Viste que no era tan malo como decías?*, intenta tranquilizarme.

Tengo miedo de que crea que no lo quiero, pienso en voz alta. *Es un médico, está acostumbrado. Los cirujanos tienen la piel dura*, dice Ciro.

Debería comprarle una caja de bombones, de tamaño generoso. ¿Le gustarán los de licor? Los cirujanos deben comer bombones de licor. ¿Podés comprar los bombones en un rato? ¿A qué hora pasará el doctor? Quiero dárselos hoy, sin falta.

Ciro se desvanece en la silla tras escuchar mi demanda. Su espalda comienza a adoptar la forma del sillón, después de todas estas noches durmiendo en él. Hace cinco días que no se saca las zapatillas. Tirita de frío. Tiene el semblante pálido, la cara chupada, ninguna enfermera mide su presión.

¿Estás bien, amor?, le pregunto.

Solo un poco agotado, responde con la voz entrecortada. Le falta el aire. ¿Quién cuida a los que cuidan?

Deberías ir un rato a casa hoy. Darte un baño, dormir una siesta. Necesitás un relevo. Pedile a Iris que te reemplace por la tarde, le propongo.

No hay que abusar de su disponibilidad. Ayer por la noche fue a casa para alimentar a Munch y sacarlo a pasear.

Iris no guarda las llaves de mi departamento en el fondo de un cajón, apenas se las entregué, las agregó a su llavero: estiró el aro de metal con la uña, dejó una pausa entre el primer y segundo círculo, y pasó cada llave con la paciencia de una costurera que enhebra el hilo en la aguja. Unió su casa a la mía.

La puerta se abre de golpe como si la hubiera empujado un ventarrón. Es Clara, se levantó enérgica, carga la intensidad de una vedete antes de salir de bambalinas. ¿Tendrá hambre? Le ofrezco la caja de confites que me regaló Iván. *¿Querés?* Sonríe y lanza: *No podés comer esas cosas, Roberta*.

Es improbable que una presa escape de la dentadura tenaz de un pez víbora. Pero un fallo de cálculo en las dimensiones de la presa puede matarlo. Si atrapa a un animal demasiado grande tal vez no logre engullirlo ni desprenderse de él. Clara me habla sin quitar los ojos de la hoja donde toma notas. Intento espiar, su letra es ilegible, una escritura introspectiva. ¿Qué dirá de mí esa hoja? Observaciones de un cuerpo extraño. Un animal en estudio que conservan en una enorme pecera. ¿Saldrá a la superficie alguna vez?

Desde ayer, Clara es más simpática, ríe a menudo, está menos acomplejada de sus enormes dientes. Debe sentir satisfacción cuando ve a una paciente revivir. El triunfo de un médico es hacer sentir chiquita a la muerte.

Roberta, te veo muy quieta. Tenés que caminar para largar los gases, dispara delante de Ciro. La humillación es tan profunda que se vuelve abstracta, se diluye en la atmósfera como un pedo.

No puedo levantarme, tengo la sonda, me justifico. *Voy a pedir que te la saquen ahora mismo*. Escribe algo más en su hoja misteriosa. *Caminar para eliminar gases*. Clara abraza su anotador y sale de la habitación.

¿Cuántos bebés habrán nacido por la noche en este sanatorio? ¿Qué porcentaje de nenas y qué porcentaje de nenes?

Entre la operación y esta mañana pasaron menos de veinticuatro horas. Para mí fue un cambio de estación. Observo las flores que me trajo Iris, están iguales que ayer, bien rojas, relucientes. Los gladiolos dejaron de ser algas. No me preocupa que se marchiten. Ya no me corre el reloj biológico. No corro a nadie. Detengo el paso, pero no estoy quieta. Como hacer la plancha en el mar, el movimiento sucede en las costillas, el aire entra por la nariz y recorre los huesos, da vueltas, subraya la estructura ósea con un soplido.

Solo en el reposo podemos observar la finitud de una nube, la velocidad con la que se fragmenta, pierde partes, se deshace. Los pintores retratan las nubes para salvarlas del olvido. Mi responsabilidad es pintar las medusas, medir el espacio en el lienzo y acomodarlas, una habitación para cada una. Darles una casa tras el desalojo.

Ahora tengo lugar dentro de mí. Hay un hueco.

Cuerpos huecos: una boya, una maraca, un bombo, una alcancía, un huevo de pascua, una lamparita, una bola navideña, una burbuja, una pelota de ping-pong.

***

Es una desgracia dormir boca arriba, pero esa fue la orden del cirujano para proteger la herida. Estoy completamente inmóvil, como los marineros que son atados a la cama al navegar por las aguas de la Antártida. Siempre dormí de costado. El cuerpo se mueve por instinto familiar, rastrea las posiciones conocidas. Ya no. Concilio el sueño gracias a los calmantes para el dolor que me pasan por suero. Cuando el efecto se apaga, recuerdo que me abrieron, atravesaron con un bisturí siete capas de piel, arrancaron el monstruo de mi vientre. Un útero desfigurado. Siento que parí y el bebé nació muerto.

Los órganos deben reacomodarse, desplazarse hasta encontrar su lugar. Abordar el vacío. Tengo los ojos cerrados, pero estoy despierta. Escucho a Dora entrar al cuarto, me hago la dormida. Le pregunta a Ciro si ya me levanté de la cama, qué indicaciones dio la médica en su primera ronda. Paro la oreja, me gusta espiar.

Pobre chica, perder el útero tan joven. Una pena realmente que no pueda tener hijos, dice Dora y se va.

Reescribo cada palabra en mi cabeza con la contundencia del filo de una navaja en la puerta de madera de un baño de estación de servicio. Tomo conciencia de que a partir de ahora esa es la mirada que recibiré de muchas mujeres. Me verán como un electrodoméstico fallado.

Abro los ojos y llamo a Ciro. *No cuentes de qué me operaron cuando la gente pregunte*, le pido.

No estoy preparada para decir que me sacaron el útero, los comentarios, las caras de lástima, los abrazos no pedidos, las

palmadas en la espalda, tener que escuchar una historia de vida de una amiga de una amiga de una amiga, el consuelo dudoso, la apropiación de un proceso, el morbo sobre husmear en la carne lacerada.

Una pregunta puede lastimar la herida. Escarba más que un bisturí.

Las personas demandan respuestas, se creen con el derecho a saber de qué está hecha una cicatriz. Y si la explicación no las satisface, atacan.

***

¿Cómo amaneció la nueva Roberta?, aparece Elsa, empuja su carrito de herramientas para calmar a la bestia, como una azafata que ofrece una copa de champagne por los pasillos del avión. Resalta mi cara de bien dormida. *Tenés la tez de una persona sanita*, grita exaltada mientras saca su cuaderno de uno de los bolsillos del uniforme. Toma mi mano, arranca una de las etiquetas de color de la pulsera de internación. *Me dejé las trenzas que me hiciste*, le digo. Sonríe y promete hacerlas más tirantes por la tarde. Repite la rutina: medir la presión, chequear si tengo fiebre, anotar sin mirar el papel. *Llegó el momento de sacarte la sonda, nena*, anuncia. Ciro se retira del cuarto para el procedimiento. No existe el recuerdo de cuando me introdujeron el catéter en la vejiga, un faltante en la memoria. ¿Dónde se guardan las acciones que suceden mientras estamos dormidos por la anestesia?

Hace un día que no muevo las piernas, Elsa las despierta con dos gestos, corre las sábanas y flexiona las rodillas. ¿Y si quedó una medusa escondida, atascada entre el intestino grueso y el riñón? Siento cómo me arrancan el catéter de la vejiga, rompe y arrasa. Va pasando por el delgado diámetro de la uretra, apenas siete milímetros. El catéter es un ancla oxidada que lastima con sus uñas. Araña las paredes rugosas de la concha, raspa todo lo que toca, se

clava con la violencia de una estaca. Me retuerzo en la cama. Es una tortura desmembrada en fotogramas. Un sufrimiento físico persuasivo, inerte a la conciencia humana. Puedo imaginar el interior enrojecido, inflamado. Veo al objeto extraño dejar huella en forma de heridas. Sé que tardarán en curarse y desaparecer.

Elsa tira del catéter, lo hace con la brutalidad de un arponero. Duele la independencia del cuerpo. Me tapo la cara, pego un alarido, me reta.

Después de lo que pasaste no podés llorar por esta pavada, Roberta. Las palmas de las manos me sudan del susto. Extraño tener los músculos dormidos.

¿Y si el cuerpo despierta como un animal herido en busca de venganza?

Le pregunto a Elsa cómo sabré cuando tenga ganas de hacer pis. *El cuerpo avisa*, me dice. *Antes de irme voy a curarte la cicatriz*, me cuenta. Tengo una cicatriz, me da ilusión. ¿Cuánto medirá? ¿Cuál será el grosor de la línea? Un misterio como la cara de un bebé cuando todavía no salió del útero. Mi cicatriz es la marca de una cesárea, el rastro de un parto.

Elsa levanta la bata que me cubre la piel, despega la cinta blanca de los bordes de la gasa. El vendaje ocupa el ancho completo de la cadera, traza la distancia entre una cresta ilíaca y la otra. Descubre la cicatriz, pero no logro verla en posición horizontal. Los movimientos son restringidos tras una cesárea, tengo prohibido hacer fuerza abdominal. Impulsada por la intriga le pido un favor a Elsa: describir la cicatriz. *Es como una mordida de cocodrilo*, dice.

La primera cicatriz que tuve fue a los dieciocho años. Una tarde de verano corría por toda la casa, en círculo, sin rumbo, empujada por una alegría desbordante. Estaba enamorada y no sabía dónde ubicar tanto amor. Corrí, corrí hasta que las paredes empapeladas se transformaron en una pintura fresca, una maratón para escapar de mí misma. A los tres minutos comencé a marearme, pero no podía poner un freno, avanzaba a toda velocidad hasta que choqué contra un mueble: una imponente caramelera antigua. Mi hombro golpeó uno de los frascos de vidrio, no oí el estallido. Miré el piso, un camino de sangre, busqué el origen, recorrí mi cuerpo hasta ver que

tenía la carne del brazo expuesta, abierta de par en par. Un surco. Era tan grande el miedo de salir lastimada que me anticipé al hecho. Enamorarse te expone al peligro. Abrí la ducha, me metí con ropa, el chorro tocó la herida, un suplicio. Salí de la bañera empapada de agua y sangre, llamé a mi madre y le pedí ayuda. A los pocos minutos, giró la llave y envolvió mi brazo con una toalla para frenar el sangrado. Tomamos un taxi en la puerta del edificio, yo lloraba, le rogaba a mi mamá que me jurara que no me iban a coser. Ella hizo el juramento. Quince puntos me hicieron. Con el tiempo la cicatriz tomó relieve, ahora parece un mensaje en braille.

Las personas ocultan sus cicatrices, quieren borrarlas de la piel. Mi papá se ofuscaba cada vez que veía mi hombro, insistía en regalarme la cirugía estética. Me negué.

Las cicatrices son una marca de batalla, hay que llevarlas con orgullo, casi con soberbia. La prueba de que ser frágiles no nos asegura la muerte.

Elsa humedece una gasa en alcohol y la desliza por arriba de la herida. Desinfecta la zona de guerra. Intenta hacerlo suavemente, aunque no sea su estilo, aprieto los puños, siento unas agujetas, el cosquilleo que produce una aguja de tatuar.

Quisiera quedarme a vivir en este instante, sobre esta liviandad que siento construir una casa. Mi casa. Elegir los muebles, el color de las cortinas, colgar la lámina de Kandinsky.

El pez víbora regresa al cuarto. *A la cuenta de tres voy a levantarte de la cama, entregate y no hagas fuerza*, me dice Clara. Tengo miedo de sentir el cuerpo. Tengo miedo de no sentir el cuerpo. ¿Y si olvidé cómo caminar? Ciro observa la escena sentado en la silla metálica, está en posición de alerta. *Un paso, otro paso, izquierda, derecha*, dice Clara. Caminar por primera vez después de una cesárea es como meterse en aguas heladas. Un deporte extremo. La temperatura es de cero grados centígrados. El mar tiene una capa congelada de hielo, hay que hacer un agujero, un pequeño

calado, el espacio que ocupa un cuerpo. En la natación de invierno los tramos son breves, no más de un kilómetro. Es recomendable no sumergir la cabeza, tampoco las manos.

Al principio, arrastro los pies, no despego la planta del suelo, confirmo que estoy lejos de la zona honda. Avanzo con la espalda encorvada, hago una cueva para proteger la herida. Clara apoya una mano en mi cintura. Acompaña el movimiento tímido. Es una soga tirante que me rescata cuando pierdo equilibrio, evita que me ahogue en las aguas heladas. Antes miraba el mar, ahora estoy adentro. Cambia la perspectiva, el tamaño de los objetos, el marco de la lámina de Kandinsky gana grosor, el sillón es más largo, descubro detalles en la mesa de luz, los bordes gastados, la pintura saltada. La meta es llegar al baño, lo hago tan despacio que Clara debe desacelerar su pulso, apagar el temperamento de urgencia. Me entrego a ella y ella se entrega a otra forma del tiempo. El agujero de hielo está hecho, pero debajo de mí hay otra capa. ¿Y si el piso se rompe? Me persigue el temor a perderme en las profundidades, regresar a las fosas oceánicas.

La cama se va alejando, siento vértigo. Los músculos comienzan a salir de la ensoñación, un hormigueo traza una curva entre los gemelos y los muslos. Camino dubitativa y recuerdo ese ejercicio de teatro donde te dejás caer con los ojos cerrados y un compañero te ataja. Confío en los reflejos del pez víbora. Toco la puerta del baño, Clara da por finalizada la práctica. Toma precauciones para que no me de hipotermia. Estoy agotada como si hubiera nadado en una pileta olímpica. Clara me devuelve lento al lugar seguro. Acomoda las almohadas antes de sentarme sobre el colchón. Después baja el torso de a poco, sube las piernas, las ubica en el territorio mullido. La cama es el agua tibia, recupero el calor corporal.

***

Agarro el celular después de varios días. Ensayo una primera conexión con la vida fuera del agua. El aparato me notifica que tengo cincuenta y cuatro mensajes acumulados. Sonrío, pienso en la cantidad de personas que me quieren, se preocupan por mí. Voy desplegando las palabras, la voz de los demás retumba, aunque no tengan sonido. Todos los mensajes preguntan lo mismo: *¿De qué te operaron?* No contesto, guardo el celular en el cajón de la mesa de luz.

Un espasmo. Siento una fuerte contracción en el vientre, una corriente de sangre empuja y sale del canal vaginal. Las medusas retornaron con fiereza, insisten en despedazarme por dentro, devorarme de a poco con la crueldad de un gusano. Otra medusa presiona, comprime todos mis huesos, la tensión en los órganos que provoca la enorme circunferencia de su campana anula el ingreso de oxígeno, no puedo respirar. Tras expulsarla sospecho que nunca gesté una medusa tan imponente y dañina.

¿En qué lugar del cuerpo viven ahora? ¿Y si el Dr. Genovese mintió y nunca me extrajo el útero?

Me suda la frente, el corazón palpita tan rápido que no puedo separar un latido de otro. Grito desde el diafragma, como lo hacen las adolescentes desnudas en una película de terror antes de morir acuchilladas. Ciro corre hasta la cama y me sujeta la cara. *Me volví a romper*, gimo entre lágrimas. Ciro revisa las sábanas, están impecables. Blancas como un lienzo virgen. No hay presencia de medusas, tampoco pulpos. Ni una gota de sangre. Nada.

Aprieto el botón para llamar a la enfermera. Estoy muy agitada, no encuentro calma en el relato de Ciro. Tengo una crisis de nervios, me ahogo con el llanto. ¿Dónde está la sangre? Elsa entra al cuarto, se pone bizca al verme quebrada: *¿Qué le pasa a mi Roberta? ¿Le duele algo?* Ciro describe la situación, del pánico no puedo hablar, las palabras están trabadas en el punto de la cicatriz. Elsa desarma la cama, revisa el colchón, después suspira con los brazos en jarra. *Tuviste un recuerdo físico, nena*, me dice. Insisto, le aseguro que lo que sentí fue real. *Buscá bien*, le pido. Elsa me muestra las sábanas para sacarme la duda, arrancarme los miedos con la evidencia. *Es*

normal sentir eso, seguramente te vuelva a pasar, explica. Nada de lo que digan me calma.

Dejar un cuerpo atrás es como una fotografía sobreimpresa. Un cuerpo sobre otro. Dos cuerpos. Ninguno mío.

***

Una nueva transfusión de sangre, la sexta en cinco días. Perla espera que el líquido encuentre su camino, verifica la cadencia, le ruego que ralentice el goteo. Tengo las venas afligidas, a punto de quebrarse. En mis brazos, una constelación, la evidencia de cada pinchazo. Me recuerda a ese juego donde hay que dibujar una imagen uniendo puntos, respetando el orden de la numeración. A veces se formaba una lechuza, otras un limón. Al dolor físico hay que engañarlo, ser infiel. La estrategia más eficaz es encontrar una geometría y obsesionarse, fijar la atención y mudar la molestia a otro terreno. Exploro el océano con mi vista panorámica, algo destella, me convoca. Es un grano gigantesco, rosado, a punto de explotar, ubicado en la punta de la nariz de Perla. Brilla como su nombre, en el centro guarda un litro de pus.

Le doy charla sin desviar los ojos del forúnculo: desde que me operé, tengo la necesidad de hablar, escuchar mi voz. *¿Vivís cerca del sanatorio? ¿Cuál es tu torta preferida? ¿Cuándo fue la última vez que fuiste al cine?* Lanzo las preguntas como dardos, impido que se vaya de la habitación. Perla responde haciendo una economía de las palabras:

Una hora en colectivo; torta tres leches; hace seis meses.

Termino la entrevista por hoy, permito el silencio. El llanto de un bebé lo rompe. Debe estar desorientado, intentando entender fuera del medio acuático. Me concentro en el ritmo, imagino que es un delfín haciendo sonidos a través de su espiráculo. El hoyo que tienen sobre la cabeza para respirar.

La forma de tomar aire de los delfines me recuerda a mi hermano. El nadador de la familia. Cuando tenía seis años lo miraba nadar, una hipnosis. Nadaba crol, lento, muy lento. Me enfurecía que lo hiciera tan lento, creía que nadar bien era hacerlo ligero, provocar un estruendo en cada patada de rana. Convertir el cuerpo en una lancha a motor. Un pequeño maremoto. Yo le preguntaba a mi papá: *¿Por qué nada tan lento?* Él decía: *Solo los mejores nadan lento*. Mi hermano sacaba la cabeza del agua cada tres brazadas, inhalaba aire por la boca, en ese microsegundo yo intentaba cruzar una mirada. Pero él volvía a sumergirse. No me veía. Nos separaba un andarivel.

¿Seguirá nadando del otro lado del océano?

Tocan la puerta, nuestro código secreto. Una electricidad recorre mis piernas al saber que Iris está a pocos metros. Siento que estuve de viaje. Entra cargada, dos bolsas enormes en cada mano. De una de ellas saca una prenda gris *melange*. *Te traje un jogging amplio sin elástico, así nunca presiona la herida. Yo sé lo que es atravesar una cesárea, este pantalón va a ser tu aliado*, es lo primero que dice Iris. *Es fulero como él solo, pero ahora necesitás comodidad*, agrega. Después de agradecerle le exijo un abrazo. Tengo un cuerpo sin estrenar al que educo de a poco, le presento otras pieles, olores que deberá memorizar. Busco el contacto físico, la eficacia de un calmante. Iris se agacha y envuelve mi espalda con sus brazos bronceados, deja un aire entre las dos por temor a rozar la cicatriz.

¿Te dolió la cesárea?, le pregunto. *No me acuerdo, fue hace mucho*, responde como si le hubiera pasado a otra persona.

Nunca vi su cicatriz, le pido que me la enseñe. Iris se desabotona el jean, pliega su bombacha y descubre la marca. Dos líneas, una vertical y otra horizontal. Parece la cruz luminosa de una farmacia. Después se abrocha el pantalón sin decir nada. Le disgusta su cicatriz, usa solo malla enteriza.

Te vestiste de gala para recibirme, ironiza al escanear con sus ojos delineados mi bata de hospital. *No estoy preparada para usar ropa todavía*, me justifico. Conservo el vestuario de la cirugía, por momentos siento que no desperté de la anestesia. Me gusta esa falta de control. Iris camina hasta la mesa, sujeta el florero, sonríe al

ver que los gladiolos sobrevivieron como la dueña. Traslada el recipiente al baño, escucho el agua de la canilla correr, renueva el líquido para que las flores duren más.

Reparo en el comportamiento de Iris. Da vueltas, hiperquinética, esquiva la profundidad en la conversación. Teme preguntarme cómo me siento tras la operación. Le hablo en su lenguaje, las acciones prácticas: *¿Te animás a ponerme el piercing en la lengua?* Iris responde con el saludo marcial, lleva la mano derecha con los dedos juntos hasta la sien.

Le indico dónde guardó Ciro el *piercing*. Iris abre el cajón de la mesa de luz, el espacio de mis pocas pertenencias. Un celular, la caja de caramelos que me regaló Iván y las joyas de acero inoxidable que me quitaron dentro del quirófano. El *piercing* está dentro de una diminuta bolsa de plástico transparente, igual a esas que usa un perito forense para preservar la evidencia.

Iris saca de su enorme cartera los anteojos de ver de cerca, el marco grueso de carey convierte sus ojos en un díptico. Desarma el *piercing*, sostiene las dos piezas y repta hasta mí, aproxima la cara y yo cuento una a una todas las escamas imbricadas de su piel de cobra de mar. Un accidente posibilita otra forma de la cercanía. Abro grande la boca, despliego la lengua para ella. Iris se mete dentro de mi cavidad oral, levanta la lengua con los dedos en pinza, busca el orificio en el surco medio, pero no encuentra el agujero. *No está*, asegura. Pincha la membrana mucosa de adelante para atrás, de izquierda a derecha.

Seguí buscando, balbuceo y la saliva se acumula hasta caer en forma de hilo por el medio del labio.

Iris detiene el proceso, descansa unos minutos. Vuelve a intentarlo. Se le acalambran las manos; a mí, la lengua. ¿Y si la lengua cambió de forma después de la operación? ¿Y si todas las partes del cuerpo mutaron? Le suplico que trate una vez más porque si espero hasta mañana el agujero va a cerrarse. Los dedos de Iris vuelven a nadar en el interior de la boca, rastrea las marcas del pasado, explora la zona húmeda con la entrega de una buscadora de oro.

Tras doce intentos, por fin lo logra, atraviesa el músculo con la barra de metal. Derramo un mar de baba sobre sus manos. Ella no se desconcentra, tampoco expresa asco. Es la escena más sexual de nuestra extensa amistad. Encaja la bola cautiva en la abertura del extremo superior, gira la pieza por los círculos del anillo, ajusta, genera una presión, por fin consigue la fijeza. Recupero la distinción que llevo desde hace más de quince años en la lengua. No todo tiene que ser diferente, algunos detalles deben permanecer.

¿Cómo están tus hijos? Al terminar de decirlo soy consciente de que nunca pregunto por ellos. *En su mundo*, responde. *¿Y cómo es ese mundo? Inaccesible*, dice y sacude el ruedo de su pantalón, algunos pelos de Munch quedaron adheridos a la tela. *¿Es difícil ser madre?* Las preguntas salen de mí como el hipo, la curiosidad nace en el diafragma.

Ser madre es quedarte encerrada en un sótano sin puerta, gritar, que nadie te escuche, el pánico te carcome y tenés que disimularlo. Aprender a mentir, me dice*. ¿Mentir a tus hijos o a vos? A todos*, sentencia.

***

Me gustaría recibir la visita de alguien en particular, de Munch. Extraño acariciar su lomo más que dormir en mi cama. Recostarme sobre su barriga peluda y observar cómo gira el ventilador, tratar de captar el movimiento de las aspas. Fantasear que estoy debajo de las hélices de un helicóptero en medio de una finca.

Motivos para vivir con un perro:

- Poder conversar sin hablar.
- Festejar su cumpleaños con un caracú.
- Cuando me ataca la ansiedad, abrazarlo hasta que su respiración coincida con la mía.
- Relajarme acariciando las almohadillas de las palmas de sus patas.

- Testear la paciencia de mi pareja viendo cómo le desenreda las rastas.
- No tener que compartir el chocolate.
- Que mi cocina huela a Doggie.
- Amarlo como representante de todos los perros.
- Cuando le ataca la ansiedad, abrazarlo hasta que su respiración coincida con la mía.

Cuando tenía nueve años, descubrí un perro al costado de la ruta, en el kilómetro 153 de la ruta 11. Le faltaba una pata. Mi mamá iba al volante, yo en el asiento trasero, grité para que se detenga. Ella acercó el auto a la banquina y puso el freno de mano. El perro era de gran tamaño, la piel atigrada, los ojos color café. Apenas nos vio se puso de pie, sabía hacerlo, distribuir el peso de todo el cuerpo en sus tres patas. Parecía autosuficiente, pero su mirada pedía amor. Le rogué a mi mamá que lo lleváramos a casa, insistí hasta que aceptó. *¿Qué le vamos a decir a tu papá?*, me preguntó afligida. *Si no le gusta que se vaya él de casa*, le dije. Lo llamé Muleta, pronuncié su nombre y él respondió, paró las orejas, movió la cola y subió al auto. Durante el viaje planeé la vida con Muleta, sacarlo a pasear todas las tardes, bañarlo cada viernes, fabricarle juguetes con botellas vacías. Lo amaba más por tener tres patas en vez de cuatro. Vivió conmigo solo quince días, mi padre lo rechazó a primera vista. Repetía que era deprimente ver un perro con tres patas. *Mañana no lo quiero ver acá*, gritó. Mi madre no tuvo el suficiente carácter para imponerse, horas después lo subió al auto y manejó más de cien kilómetros, condujo hasta un campo cerca de Dolores. Unos tíos se dedicaban a plantar papas, tenían gallinas y un par de perros callejeros. Mi mamá les pidió asilo para Muleta, a cambio les ofreció dinero. A los perros mutilados los llevan al campo, donde nadie los ve. Un vehículo roto perdido en el cementerio de autos. Lloré meses a Muleta, algunas noches todavía pienso en sus tres patas. Ahora que me falta un fragmento del cuerpo, ¿mi padre dejará de quererme?

***

Nena, nena. La novela, nena, es la hora, escucho. El reclamo de Elsa me saca de un sueño opresivo: es otoño, pero no predomina el frío. Los rayos del sol disparan a mis ojos, veo manchas rojas, diminutas nubes de sangre. Estoy sentada en un bote, flota en un mar desierto, alrededor mío no hay nadie, ni barcos ni personas. ¿Dónde están todos? ¿Escondidos bajo el agua? Estoy sola. El viento hace flamear los mechones de mi pelo como orejas de perro. Preparo la caña de pescar, incrusto un gusano en el anzuelo, tomo envión y sumerjo la carnada. Espero, la clave de un buen pescador es la paciencia. El hilo de seda se tensa, enrollo y tiro con las dos manos, la presa es pesada. Tal vez sea un mero o un pez palo. Cuando lo saque del mar voy a posar para la cámara alzando el pescado, mostrando lo largo que es su cuerpo. La foto de los pescadores con su trofeo se parece al registro dentro de una sala de parto, el obstetra levanta al bebé recién nacido de los tobillos, envuelto en sangre y fluidos pegajosos. La presa lucha, se niega a abandonar su medio, me paro sobre el bote y tiro imaginando que pesqué un barco hundido. La curiosidad me da fortaleza, tiro una vez más y la presa sale del mar. Un útero. Deforme, gigantesco, mío. Lo reconozco. Acerco el órgano a la boca, le doy un mordisco, mastico muchas veces antes de tragar, trituro los tejidos del endometrio con los dientes, lo devoro sin escrúpulos como un buitre. El sabor es agrio, no me gusta, pero sigo comiendo.

¿Quién soy sin el útero? ¿Sigo siendo una mujer?

Un barullo ensordecedor. Elsa sube el volumen de la televisión, al máximo, las actrices chillan, me siento en una fiesta en la que tenés que gritar para ser escuchada, no hay comunicación posible, solo tratar de adivinar palabras y sonreír frente al desentendimiento.

Escena 1: Un hombre de traje y corbata entra a una habitación amplia, atraviesa una arcada sostenida por dos columnas, camina hasta la cama de su madre. La mujer pirata.

—Yo me pregunto qué hubiera pasado si lastimabas a Vilma con ese trinche de la chimenea —vocifera furioso el hombre, lleva un peinado abultado como la madre.

—¿Te has preguntado qué pasará con esa herida que llevo ahora por dentro? —responde la mujer pirata con la espalda apoyada sobre la almohada. El parche combina con su bata de raso color obispo—. Lo hice porque sabía perfectamente que Vilma estaba engañándote —recita con el tono impune de una madre.

El hijo queda mudo, vuelve a ser niño cuando está parado frente a esa mujer, ella sigue atacando desde sus aposentos:

—¿Qué querías? ¿Disponer de la herencia? Yo te hubiera dado todo antes de permitir una farsa tan burda.

El hombre recupera el habla.

—Ponte en mi lugar, mamá. Claro, no eres hombre. Y no podrías entender la angustia de un hombre sin descendencia —le dice sosteniendo la mirada.

La mujer pirata no se conmueve, su cara está inmóvil, el mentón sostenido. A pesar de que su hijo es más alto, ella está por encima de él. No lo ve como a un hombre.

—No eres tú el del problema. Tu padre te sacó alguna vez de líos cuando ciertas mujeres querían enredarte con cuentos chinos.

Corte publicitario. Elsa bufa, se queja: *Nos perdimos varios minutos del capítulo, nena. Seguro algo importante*.

Le doy la razón, el compromiso con una telenovela debe ser místico, llegar a horario, jamás faltar, entregarse de cuerpo y alma.

Beneficios de las telenovelas:

- Entender la importancia de un rodete.
- Descansar de la tristeza propia para recostarse en la tragedia ajena.
- Comprender que lo que diferencia a un adolescente de un anciano es solo un bigote.

- Aprender que un secreto es una bomba de relojería.
- Que las columnas sean de telgopor no desacredita el palacio.
- La alcurnia de una familia se mide por lo elaborado de su timbre.
- Una mucama maneja más información que un abogado, y siempre usa uniforme.

La tanda termina. Elsa, hechizada por la trama, sube más el volumen de la televisión.

Escena 2:

—Yo amo a Vilma, mamá. No sé si puedas entender mi amor —grita el hombre de traje chocando contra una pared, el corazón de su madre.

—Vilma debe salir de tu vida, Alejandro. Es estéril. Y tu hermanito piensa casarse en diciembre, en un año vendrán los nietos —escupe sin escrúpulos la mujer pirata.

—Mi hijo nacerá en diciembre, mamá. Tengo otra mujer. Tú la conoces —remata Alejandro y rompe la pared, el corazón de su madre.

La cámara encierra el rostro de la mujer pirata, un primer plano detalla el granulado de su ira, abre los ojos grandes como los de un tarsero, la música dramática estalla. El niño se vuelve hombre, acerca su cuerpo al de la villana. Se miran durante varios segundos, el duelo de miradas de un wéstern.

Te apuesto a que ese hijo no es de Alejandro, es de otro hombre. Como el matrimonio de la habitación 210. El bebé no se parece en nada al padre. Salió con el pelo naranja, ninguno de los dos es pelirrojo, dice con verborragia Elsa, sentada en la punta de la cama. Después gira la cabeza hacia mí y me dedica una cara, levanta la ceja izquierda, hace vibrar sus párpados y tuerce la boca. Mis ojos son la cámara que encierra su cara en primer plano. El resto es una bruma.

¿Sabés cuántas de esas historias vi? Pfff, quince novelas puedo escribir. Pero no tengo tiempo, el mundo se lo pierde, sigue hablando mientras su cuerpo acapara más superficie del colchón, se recuesta para atrás usando los codos de apoyo.

Elsa es la única enfermera que se sienta sobre la cama. No creo que esté permitido en su rol, pero ella lo hace, decidida. Busca una cercanía, la encuentra. Me habla como si me conociera, ella no sabe que se volvió importante para mí. No como una madre, sino como alguien que me mira sin esperar una respuesta, un gesto retributivo. Es un vínculo con fecha de vencimiento, fugaz. Por eso es tan intenso. Es de carácter urgente que sepamos todo una de la otra, intercambiar nuestras vidas antes de que nada nos una.

***

Creo que tengo que hacer pis, le anuncio a Ciro. Una leve taquicardia. *Tranquila, yo te ayudo a levantarte*, me dice. Un temor me sube desde la planta de los pies, ¿y si expulso sangre? ¿Es un miedo o un deseo?

Ciro tira de los brazos para sentarme sobre la cama, después me levanta haciendo fuerza con sus manos debajo de mis axilas. Caminamos lento, doy pasos desconfiada, como si el piso fuera de arena y estuviera recubierto de conchillas, caracoles triturados. Es el primer trayecto que hacemos con Ciro desde la operación, cada pequeño movimiento me conmueve, todo toma relieve. La formación de una cicatriz queloide. Atravesamos la puerta del baño, el mismo espacio que estuvo desbordado de medusas y pulpos. Los azulejos están pulcros, la superficie brilla. Yo todavía puedo trazar los patrones de salpicaduras, mis ojos escanean la pared y detectan antiguas manchas de sangre como si tuviera lágrimas de luminol. Ciro encaja mi cola sobre la tabla del inodoro, se siente fría. Le pido que se quede. *Estoy al lado tuyo*, me dice. Me sujeto a su brazo haciendo de cuenta que es un barral, hago una leve contracción en

la vejiga, un calor tibio avanza por la uretra, el ardor me corta la respiración. Es un dolor nuevo, ingobernable. El líquido comienza a salir, parece ácido sulfúrico, aúllo como un lobo. Hago un camino con mis dedos por la piel de Ciro hasta llegar a su mano, la aprieto con todas mis fuerzas. Cuanto más pis hago, más me quema. Un incendio forestal, las llamas se propagan y las chispas salpican los genitales. De repente, siento un fervor. Un arrojo de placer. El dolor se cruza con el goce. La escena de sufrimiento muta en una situación erótica. Me excita hacer pis acompañada de Ciro, jamás lo hicimos en diez años que estamos juntos.

Al terminar, le pido que compruebe si hay restos de sangre en el inodoro. Me limpio con unos retazos de papel higiénico, los observo unos segundos, nada rojo. Ciro me despega del inodoro de un tirón, le doy un beso y estiro la mano para sujetarme de la bacha. *Carlos Fogel,* pronuncio. El agua fría me empapa los dedos, los dejo un rato en remojo. La uña sigue ahí, un fósil de la vida anterior. La presiono contra la carne para impedir que se desprenda.

***

Me imagino como un bebé de plástico, hundo el dedo índice en el abdomen, un baldío. ¿Pintaré diferente sin útero? Desde la mañana me invaden las ganas de pintar. Mi mano busca el pincel como si fuera un tenedor en una noche hambrienta. ¿Cómo será ese primer cuadro? El momento más incómodo es estar delante de la tela en blanco. El vacío enceguece, molesta a los ojos. Es peligroso mirar el lienzo virgen por mucho tiempo, podés ser succionado y perder la memoria. Olvidar quién sos y dónde vivís. Adela a veces pintaba con anteojos negros. Su estrategia para protegerse de la luz del abismo. En la primera clase me dijo: *Manchá la tela para cortar el blanco*. Yo cargué materia en una espátula y la deslicé por el lienzo, justo en el centro. Un gesto de color azul.

La tela en blanco ahora se encuentra dentro de mí.

¿Y si un cuerpo sin útero es una obra de pesos desequilibrados?

El piso se mueve, los muebles rebotan de un lado a otro. Estoy mareada, soy una marinera que al volver de altamar se siente arriba del barco. No entiendo dónde estoy, me sujeto al esqueleto de la cama para no caerme. A Ciro le preocupa mi comportamiento errático, corre en busca de una enfermera. Regresa con Dora. ¿Es Dora? Tiene el cabello de otro color, siempre fue gris ceniza, ahora es negro. *Vos tenías el pelo de otro color*, le digo agitada. Dora no hace caso a mi voz, habla con Ciro. *Seguramente es por efecto de las transfusiones, provocan mareo y confusión. Hasta por seis meses*, le explica. Estoy segura de que Dora nunca tuvo el pelo negro. Un líquido espeso me recorre el muslo, estiro la mano y acaricio la humedad, arrastro unas gotas con el dedo e inspecciono la composición.

¿Será sangre? ¿Volví a menstruar? El líquido es naranja claro, parece un periodo desteñido. Lo huelo, despide un perfume a animal muerto, chupo el dedo para comprobar si es o no sangre uterina. Conozco el sabor porque la noche previa a la internación lamí una medusa, guardé dentro de la boca la sangre que la cubría. La desesperación por retener la pérdida de mi cuerpo.

La textura es diferente, más chirla, tiene gusto avinagrado. No es sangre, hubiera preferido que lo fuera. ¿Es posible extrañar el horror? No es nostalgia, es una desorientación física.

Le aviso a Dora que algo me sale de la vagina. Revisa la zona, no se sobresalta. *Son restos de tejidos, lo que quedó viejo en el canal vaginal. Estás despidiendo lo último*, me dice.

En mi casa hay dos baños, yo uso el del piso de arriba porque tiene bañera y un armario enorme. El estante de abajo está colmado de paquetes de apósitos. ¿Qué debo hacer con ellos? ¿Tirarlos, donarlos? Tal vez me los quede y use los apósitos como hice durante veinticinco años. Por las dudas.

***

Cuando un cuerpo conoce la tragedia y sobrevive, las personas, los otros, reaccionan de tres maneras:

1- *Ya pasó.*
2- *Es terrible lo que te pasó.*
3- *No pasó nada.*

Mi padre se ubica en la tercera. Escribe mensajes al celular con impaciencia, pregunta cuándo me darán el alta para ir a cenar. Hoy por la mañana envió fotos de su nuevo auto, habla de él con la misma emoción que un abuelo de su nieto recién nacido. Solo habla de ese auto, es color gris metalizado. Como casi todos los autos. Es ridículamente grande, el tapizado de cuero, los vidrios polarizados. Si el conductor se distrae y no ve que un colectivo se cruza, la máquina frena sola. Previene la tragedia.

Tocan la puerta con un ritmo diferente. *Pase*, grita Ciro. Es una mujer voluptuosa salida del cine italiano de los sesenta. Lleva un flequillo batido y robusto que contrasta con sus ojos verdes, dos esmeraldas. Un cutis de azulejo. Está vestida toda de azul y tiene una boca enorme, labios brillantes. Parece un blenia, una especie de pez que presiona su boca extendida durante la lucha, se encuentra con el oponente en un beso. Gana el ejemplar que posee la boca de mayor tamaño. *Buenas tardes, Roberta. Mi nombre es Miranda, soy del equipo del Dr. Genovese. Voy a revisarte la herida*, dice abriendo y cerrando su mandíbula gigante. *¿Y el doctor?*, le pregunto. *Te espera la semana que viene en su consultorio para ver la evolución de la cicatriz*. Menciona el exterior y se me cierra el ombligo. No estoy lista para salir a la superficie.

La doctora despega la venda que cubre la herida, empapa la piel con un líquido frío, desliza una gasa húmeda con la dulzura que Elsa no tiene. Al terminar presiona con tres dedos el abdomen, la cobertura del pantano: *¿Duele?*, dice sin quitar los ojos del vientre. *Bastante*, respondo. *Voy a pedir que te suban la dosis de calmantes*,

promete. *¿Por qué no le contás a la médica el episodio que tuviste hoy?*, me expone Ciro. *Sentí que volvían a salir coágulos, que me desangraba otra vez. Pero no expulsé nada. No entiendo qué me pasa*, relato, y mientras salen las palabras toco el grosor de la angustia. Temo experimentar otro episodio.

Viviste una situación muy traumática, Roberta. Paciencia. Lleva tiempo acomodarse, aceptar los cambios físicos. Sabés que no vas a menstruar más, ¿no?, me dice. *Sí, estoy informada*. Miranda no se conforma con mi respuesta: *¿Hacés terapia? Sería importante que recibas contención psicológica*, sugiere. Su piel exuda olor a coco.

***

Me dejo las trenzas para dormir otra noche más, un mimo en el pelo que perdura. La nueva doctora indicó que me preparen una cena rica. *Es primordial el estado de ánimo de la paciente para transitar bien un postoperatorio*, dijo antes de despedirse. Es la cara opuesta al Dr. Genovese. Son el policía bueno y el policía malo. El menú incluye papas al horno, una de mis comidas favoritas. Mi mamá cocinaba esa guarnición cuando tenía miedo, usaba muchos condimentos, pimienta y una lluvia de romero. Las papas están humeantes, Ciro corta una en cuatro partes, sopla tres veces y lleva la cuchara a mi boca. Abro grande la mandíbula como un pez blenia, pienso en el sabor delicioso de una papa al horno, un premio a la valentía y al buen comportamiento. El miedo se esfumará como el humo. Aplasto la papa con la lengua, pesquiso si quedaron fragmentos rígidos, la textura es perfecta, delicada. Espero el sentimiento de goce, no llega. El sabor que siempre me gustó no me gusta más. Tampoco hizo desaparecer el miedo.

Nada es como antes.

¿Sentís ese olor?, le pregunto a Ciro con ojos de alarma. *¿Qué olor?*, repregunta. *Olor a sangre*. Ciro me devuelve una mirada inquieta. Repite que la habitación huele a alcohol etílico, me peina

las cejas con sus dedos para tranquilizarme. No lo logra. *Fijate si el colchón está seco*, le pido. Jura que lo está. Yo sigo oliendo la sangre. *Estás a salvo, amor*, me dice Ciro.

No se lo quise decir, pero el terror está vigente en la habitación, debajo de las sábanas.

¿Qué otra amenaza late ahora que la muerte no es una posibilidad? Volverme loca, no poder distinguir entre el pasado y el presente. Desintegrarme en un bucle del tiempo.

Día 6

Un cadáver. Algo muerto descansa al borde de la cama. Estoy muy dormida, pienso que es una corvina negra. Hasta que logro identificarla, es mi uña. Se había desprendido como el botón de un vestido. Contengo la respiración porque si exhalo puedo tirarla de la cama. Con los cachetes inflados espío el aspecto de mi dedo desnudo, en carne viva. Aún conserva la marca de la uña, un pantalón que de tanto uso memorizó las curvas de una figura. Me animo a tocar la ausencia, la promesa de una nueva piel es una ilusión suave. Desinflo los cachetes y tomo aquello que ya no me pertenece, analizo la textura, es rígida y seca como la cáscara de un pistacho. Alzo la uña en la palma de la mano, es lo último que me quedaba del cuerpo viejo.

A las nueve semanas de vida embrionaria se empiezan a desarrollar las uñas. Al cumplirse las veinte semanas queda formado el aparato ungueal completo.

Unas cosquillas en la nariz, achino los ojos, no puedo controlar el cimbronazo, sucede lo más temido: estornudo y hago fuerza con el abdomen, el reflejo impacta sobre la herida. Grito sin emitir sonido, estiro la mandíbula y aprieto los puños. Retumba el dolor en el vacío. ¿Y si se abrió la cicatriz? Le pido a Ciro que despegue la gasa y confirme si se saltaron los puntos, él se acobarda y llama a una enfermera. En estos días se volvió blando. Regresa acompañado de Perla, hoy vino maquillada. Cubrió su prominente grano con un kilo de base, de ayer a hoy creció tres milímetros, seguramente intentó deshacerse de él y este, ofendido, respondió con la venganza más encarnizada: ocupando más espacio. Tendré que hallar otra geometría. Dice *Buenos días* e inmediatamente levanta la bata y descubre el vendaje. *Está todo bien, Roberta. Cuando estornudes, intentá sujetar la zona de la herida quirúrgica*, me explica. Me da un escalofrío pensar qué pasará si me da un ataque de tos. Le cuento a Perla que se me cayó la uña. *¿Podrías ponerme una curita? Me da impresión ver cómo quedó el dedo*. *No es conveniente, es mejor que respire la zona*, sentencia. Meto la mano debajo de la sábana, escondo la lesión. Pregunto por Elsa, reclamo su presencia. Perla se ofusca, me hace sentir su enojo cuando me pincha la muñeca para inaugurar una nueva vía, la vena del brazo izquierdo que recibía sangre quedó muy castigada. *No sé qué turno hará Elsa hoy*, responde sin mirarme.

¿Qué hora es?, pregunto. *Las ocho menos cuarto*, me informa Ciro. Faltan ocho horas para la telenovela. El submarino sigue ascendiendo y con él las temperaturas, transpiro de tanto calor. Por la ventana entra demasiada luz, molesta el reflejo de la televisión. Ojalá el cielo estuviera encapotado, los días soleados son extorsivos y contrastan con el espanto. Cierro los ojos para intentar dormir hasta el almuerzo.

***

Un sismo. Debajo del ombligo ocurre el terremoto, escucho el ruido de la calamidad, el cuadro de Kandinsky vibra, la jarra de agua se sacude. Ciro duerme en el sillón, con las zapatillas puestas, lo llamo, no se despierta. Nadie me ayuda. Otro sismo, mucho más largo, los tentáculos de una medusa rodean mi útero y lo asfixian. Puedo contar el enjambre de medusas dentro de mí: uno, dos, tres, cuatro, cinco… quince, dieciséis, diecisiete. Diecisiete medusas. Hacen una ronda, se toman de los tentáculos y dan vueltas, expanden mi vientre, va a estallar. Hundo el abdomen para disminuir la presión, las medusas enfurecen y se fusionan, forman un planeta y empujan. La dilatación es de siete centímetros, me late la vagina, sale una bola gigante. Las piernas están empapadas en sangre, puedo sentirlo, tengo tanto frío. Me voy a morir, es inminente. *Ayúdenme*, grito y provoco un tercer sismo. Perla aparece en el cuarto, no sé si entró por la puerta o la ventana. Se asusta al verme compungida, le pregunta a Ciro qué pasa, está somnoliento y desorientado, corre hasta la cama con el corazón en la boca. *Me estoy desangrando. Volví a expulsar coágulos gigantes*, clamo con lo que me va quedando de voz. Perla me destapa, tira las sábanas al piso. Necesito a Elsa, no está. Un nuevo cimbronazo, grito para eliminar al diablo del cuerpo, estoy poseída. Llevo el mal. Perla me aplasta la nuca contra la almohada y apoya la palma de su mano en mi frente. *No tenés fiebre, pero estás delirando, Roberta. Entre las sábanas no hay coágulos, tus piernas están secas. Tuviste una alucinación*. Le juro que las contracciones ocurrieron. *¿Y si me vuelve a pasar?*, le pregunto con ojos aterrados. *Te voy a dar un calmante ahora*, dice para callarme. El engaño del bienestar.

¿Cuántos partos más voy a vivir para confirmar que nunca tendré uno?

Son las réplicas que deja una estructura vieja. Un recuerdo es más intenso que el sol del mediodía. Un recuerdo nace y nunca muere, pero puede matarte. Ninguna enfermera de este sanatorio me cree, estoy sola con el miedo. Nadie puede protegerme, impedir que caiga en el agujero de la nostalgia. Ese es el vacío que tengo en el vientre, el hoyo en la tierra para enterrar a un cadáver. La uña, el útero, un deseo muerto.

***

Dormí menos de veinte minutos y cuando despierto observo una mancha de humedad en la pared que veo de frente. ¿Estaba ayer? Es pequeña pero no pretende ser discreta, se ubica justo en el centro, a su alrededor blanco. La mancha de humedad traza la silueta de un comelenguas. El parásito entra a la boca de un pez y se adhiere a la lengua a través de sus tres pares de patas delanteras. Penetra las branquias de la víctima elegida e invade su cuerpo. Sin importar lo chiquito que es, provoca un daño irreparable: sorbe de la arteria encargada de suministrar sangre a la lengua. Le va quitando vida de a poco, hasta que corta los vasos sanguíneos y ocurre el desprendimiento de la lengua. El parásito reemplaza la ausencia, toma el lugar del órgano muerto. Fusiona su cuerpo a los músculos del muñón lingual. El pez no fallece, convive con su enemigo.

En el taller de Adela, había manchas de humedad, las saludaba al llegar en voz baja, eran mis compañeras de clase. Memorizaba las formas, tamaños y paletas, cuando volvía a casa las dibujaba en un papel. Intentaba tomar el control, atrapar la amenaza de podredumbre. Me desesperaba pensar en que cambiarían de aspecto o simplemente desaparecerían. ¿Cómo reconocer el taller de Adela si no estaban los lamparones en la pared blanca? Una tarde llegué al lugar y ya no estaban. Sentí un terror preciso: no poder ubicar la amenaza. Da miedo lo que no se ve.

Abro el cajón de la mesa de luz para confirmar que la uña sigue ahí. Tuve que rogarle a Ciro que la levantara del piso y la guardase antes de que la vea una enfermera y deseche el cuerpo. Quiero conservar la uña seca de sangre, una momia en un sarcófago.

¿Se puede?, dice Miranda escondida detrás de la puerta. La diferencia entre una enfermera y una médica es que la primera no pide permiso. Una enfermera está en todos lados, no solo pone un vendaje: es el vendaje. ¿Dónde está Elsa?

Miranda es todo lo coqueta que no es Clara. Ni siquiera cubre su ropa con el ambo, exhibe una blusa color índigo que marca sus tetas turgentes. Miranda es la definición de mujer. Puedo darme cuenta de

que es madre, dos hijos seguramente. Me corrijo: dos hijas, cursan la primera infancia. Tengo la facultad de leer a las mujeres, aseverar si están buscando quedar embarazadas, si llevan tiempo sin lograrlo o esperan jamás atravesar esa experiencia. Lo capto en la caída del pelo. En el pelo de una mujer se esconde la verdad, el cuero cabelludo delata sus intenciones. El deseo inalcanzable que la hace sentir mendiga. Esa es la razón por la que uso sombreros, boinas, capelinas. En la nuca se enredan los pensamientos más avergonzantes, mis ojos saben meterse en la raíz del rulo y en el nacimiento del mechón llovido, penetran hasta el rodete más voluminoso y compacto. El cabello de cada mujer me habla, se confiesa conmigo como si fuera un sacerdote, dialogo con los diferentes peinados, los recogidos abandonan su rigidez ante mi presencia. Escucho, intento ser indulgente, no juzgar, a veces lo hago, juro entregarme a la discreción, jamás doblegarme ante el chisme. Cargo con toda esa información, sepulto el secreto. Quisiera no tener esa capacidad, desentenderme.

Roberta, te decía que tengo una buena noticia para vos: tus análisis de sangre dieron mucho mejor, te voy a dar el alta ya mismo. Volvés a tu casa, me anuncia Miranda envolviéndome en su perfume a playa brasileña. Sus palabras suenan con la virulencia de un serrucho, mi cabeza es invadida por nubes negras que me electrocutan. *¡No! No estoy preparada para dejar el sanatorio. No hice caca todavía, no puedo irme,* le explico agitada. *El organismo se reactiva de a poco, pero vos estás bien. Te vamos a hacer el seguimiento de manera ambulatoria*, dice como si fuera algo bueno. *Pago dos días más, uno al menos. ¿Cuánto es? No sería prudente enviarme a casa en estas condiciones. Hoy me salió un líquido naranja de ahí abajo*, insisto*. ¿Es porque ya no me aguantan? Prometo no rezongar cuando me pinchen, pero déjenme quedarme un poco más.*

No sos la única paciente de este sanatorio que se pone triste cuando le dan el alta. Hagamos un trato: la firmo para las dieciocho horas, así disfrutás la última merienda. ¿Conforme?, dice sin

inmutarse. Mi mirada taciturna no la conmueve. Es una bruja. El Dr. Genovese jamás me desalojaría del sanatorio. *¿Hiciste pis hoy?*, pregunta para cambiar de tema. *Todavía no entiendo cuándo tengo que hacer pis. Sin la presión en el bajo vientre que me avisaba estoy perdida*, relato el drama. *Lo que dejaste de sentir es la presión que hacía el útero agrandado contra la vejiga*. Continúo mi drama: *Además, sufro si hago pis, me arde*. *Voy a indicar que te apliquen un desinflamatorio para la zona*, propone mientras escribe con birome. *Roberta, a partir de ahora vas a usar una faja. ¿Podés ir a comprársela? Tenés varios negocios cerca donde venden*, le dice a Ciro. *Si podés ir en breve sería lo mejor, así cuando termine la ronda te muestro cómo ponérsela a Roberta*, lo apura con sutileza. Es tan mandona, típico de madre de niñas. Ciro suma seis días listo para responder a la emergencia, toma su mochila y se marcha con paso raudo. Carga tanto sueño que está hiperquinético, un mono a pilas. La habitación queda despoblada. ¿La mancha de humedad está más grande?

Cosas que voy a extrañar de menstruar:

- Sincronizar el periodo con una amiga.
- Justificar un llanto desconsolado.
- Improvisar una danza para celebrar el fin de un ciclo.
- Creer que mi tristeza se va en la sangre.
- Prestarle una toallita a una desconocida en un baño público.
- Compartir un código con mujeres.

***

La incisión está abierta, las dos capas de piel distantes. Del interior sale humo, una columna eruptiva. Meto la mano en el cráter, como una niña que necesita quemarse para aprender, toco el fuego de la sangre. El magma encuentra una fisura y sale bajo otro nombre, la lava me salpica y pierdo el equilibrio, caigo dentro. La cicatriz me devora y quedo atrapada, encerrada en un cuerpo donde

los huesos son barrotes. Intento nadar en la sangre hirviendo, uso los dedos de remos, veo peces muertos, esqueletos de elefantes marinos limpios de carne, no queda nada vivo. Quiero huir de la ciudad acuática destruida, nado más rápido, el líquido es espeso y ralentiza mi brazada. Trago sangre, comienzo a ahogarme, desespero. Me sujeto del intestino grueso para pararme sobre él y encontrar el cráter por donde entré. Saco la cabeza, algo me tira del pie, vuelvo a hundirme en el océano.

¿Qué pasa, amor?, tres palabras me despiertan de la pesadilla. *No sé*, le respondo. *Cuando duermo imagino situaciones surrealistas, no te cuento porque odio que me cuenten sueños*. *¿Sigue estando la figura del hombrecito en la puerta, no?*, le pregunto. *¿Por qué te importa tanto esa imagen? Sigue estando, como el primer día*. Ahora que tengo el permiso, la posibilidad de salir del submarino, no quiero hacerlo. Construí una cotidianidad de rostros conocidos, una dieta ordenada, recibo amor en forma de cuidados, la excepción se volvió rutina, la cama fue calcando las curvas de mi cuerpo.

Llaman a la puerta. Por la intención del golpe seguro es Clara. *Esta habitación está helada*, se queja mientras pone los brazos en cruz para refregar su piel con las manos. Me pregunta si pasé una buena noche, le cuento que el problema es durante el día. *Sigo sintiendo el útero, los coágulos queriendo salir, la temperatura de la sangre al deslizarse por el muslo*, le explico. Clara arquea las cejas y cambia el tono de voz: *Tenés que confiar en mi palabra. Estás sana, Roberta. La sensación que tenés es temporal*, dice. Comienza a hartarse de mí, lo percibo. Estar sana no es sinónimo de estar bien.

¿Ya fuiste de cuerpo? El tema se volvió un asunto de Estado. *No, y me quieren dar el alta*, me quejo. Clara me apunta con sus colmillos, uno de ellos guarda un trozo de hoja verde, rechina los dientes, el crujido parece el masticar de una rata. Está a punto de morderme. Abre grande la boca, ataca: *No vas de cuerpo porque no caminás por la habitación. ¿Cuántos pasos diste hoy? Seguro ninguno. Tenés que colaborar en tu recuperación, Roberta*.

¿Y si al hacer fuerza se abre la cicatriz?, pregunto con inocencia. *No se va a abrir la cicatriz, pero tampoco hagas fuerza cuando vas al baño*, explica la médica. Después de una operación, hacer pis y caca son los parámetros para medir si el paciente evoluciona o no. Los temas que generan asco o pudor son hablados con naturalidad, es un pequeño paréntesis donde se nombra lo que nos esforzamos en tapar. Es un permiso liberador que hay que aprovechar, pero también saber desligarse al volver a la civilización.

Roberta, desde ayer tenés un latido extraño en la espalda, dice Clara. Así comienzan las películas de terror. *¿Es normal eso?*, pregunto, me da esperanzas de que la consecuencia de la anomalía sea quedarme más días en el sanatorio. *No debería estar ese latido, tal vez se vaya solo con el tiempo, pero para ser cautas realicé una interconsulta con endocrinología, porque aparece un valor hormonal disparado. Te saqué turno con la endocrinóloga de la obra social para el diecisiete de abril, dentro de tres meses. Y también te hice una orden para un análisis de sangre que le vas a llevar a la médica*. Después de entregarle las pequeñas hojas a Ciro apoya el sujetador de papeles en la mesa de luz, escribe apurada, como si llegara tarde a una cita. Enfoco la vista aprovechando mi talento para mirar de lejos, la letra tiene la legibilidad de un cardiograma. Es una conversación interna, un secreto entre doctores. Pero puedo ver aquello que nadie hace: sus dientes transparentes. Todas las personas ocultamos algo.

Clara detiene la escritura, guarda la birome en el bolsillo del ambo y nada velozmente hasta la cama. Estira un brazo y rodea mi hombro con su mano izquierda. Ella sabe en carne propia lo que atravesé porque, como todo pez víbora, también fue perseguida por medusas. *Ya vas a encontrar la manera de ser madre*, me dice. Percibo esa mirada. Sus ojos caritativos acompañan las palabras de consuelo frente a la realidad irremediable. La mutilación del órgano reproductor, el origen de una discapacidad.

¿Cómo compensar lo que falta?

 Hacer prolijo el repulgue de una empanada.

- Tener buena pronunciación del inglés.
- Tragar el semen.
- Emparejarme los dientes.
- Hacer cien sentadillas por día, hasta que el culo parezca una manzana.
- Manejar una moto.
- Ser graciosa, casi un payaso.
- Ganar el primer premio del Salón Nacional de las Artes.
- Ser la última en irme de la fiesta.

Una vida nueva llegó a la habitación 207. El llanto de los bebés me resulta distante, aunque ocurra del otro lado de la pared. Hay un muro entre la maternidad y yo. Las puertas tiemblan con cada grito, cierro los ojos y detengo la onda de sonido, no permito que traspase la habitación. Devuelvo la música a su sitio, al pecho de una madre.

Avanza la remodelación del sanatorio, una ciudad vieja es tragada por la máquina, cuando los pacientes duermen recogen los escombros. Las amoladoras funcionan como despertadores, son un recordatorio de que todo cambia, lo familiar se vuelve extraño y lo extraño familiar. La herramienta eléctrica lija, pule, corta con la precisión de un bisturí. El edificio es sometido a una cirugía, tiran abajo una parte suya. ¿Sentirán dolor las paredes al ser atravesadas por una masa? Si la arquitectura tiene memoria, ¿sufren de nostalgia los espacios?

La promesa de modernidad es atronadora. El disco de la amoladora gira a revoluciones muy altas, el zumbido metálico me recuerda a los ronquidos de mi mamá. La cama matrimonial se movía, yo me concentraba en seguir la métrica de su respiración, dilucidar las notas de su gruñido. Quería replicar el comportamiento de sus ronquidos para, a través de ellos, espiar su cabeza, meterme dentro. Es el único cabello de mujer que no supe leer. La noche en que por fin entré, me arrepentí. Una madre nunca duerme profundamente, el temor la acompaña dentro de los sueños. El miedo es una propiedad privada. No debe ser invadida.

Afuera garúa, dice agitado Ciro, su pelo gotea. Sujeta una bolsa de tela con una inscripción: *Ortopedia Piacentini*. El rubro que se nutre de la vejez y los accidentes. *¿De qué color es?*, le pregunto. *Negra*, confirma manteniendo el misterio. Miranda reaparece en el cuarto como si tuviera un detector de fajas. Las tetas le rebotan mientras camina. Su blusa ya no es color índigo, es cereza. ¿Se cambió de ropa o antes vi mal? ¿Sigue siendo jueves o ya es otro día? *Disculpen, ¿qué día es?*, pido orientación. *Jueves*, pronuncia Miranda. Ciro abre la bolsa y saca la prenda con el orgullo del deber cumplido. La médica revolea los ojos: *No es la faja apropiada*. Pierde los estribos al ver que la pieza es de encaje, diez prendedores adelante, otros diez atrás. Una belleza. Miranda me ayuda a ponerme de pie. A regañadientes desabotona la faja, alzo los brazos y me meto dentro de la pieza como si fuera un tubo, pero sigue de largo e impacta contra el suelo. ¿Me queda grande la faja o el cuerpo? *Vas a tener que cambiarla, de talle y modelo. No tiene que ser bonita sino práctica. Con velcro, para sacar y poner. Roberta necesita una faja posparto para su recuperación,* y agrega: *comprale también un par de bombachas holgadas, para evitar que le aprieten la herida*. Ciro sale de nuevo en la búsqueda, la odisea de hallar la faja correcta.

Hay palabras que son propias de un hospital:

Semblante

Afección

Mejoría

Suero

Intervención

Goteo

Vía

Curaciones

Parte

Agonía

Observación

Sutura

Escaras

Abrasión

Deterioro

Convalecencia

Un pequeño glosario.

Durante una internación, corta o extensa, se despliega un lenguaje relegado. La forma contiene al significado, no son eufemismos sino una elegancia en el habla. Escarbar en la belleza de otro idioma. Para nombrar la crudeza se necesitan términos que acaricien el oído.

A partir de la cirugía, los médicos y enfermeras repiten la palabra *recuperación*. Cada vez que la pronuncian siento un punzón clavándose en mi axila.

No se puede volver a un lugar que dejó de existir.

Lo que se pierde no se recupera. No quiero estar liviana, quiero sentirme completa.

No me animo a verme desnuda. Con el útero se fueron varios kilos. Siete u ocho. Tengo otro peso. Cuando camino, no siento el piso, los pies están desconectados de las piernas, no encajan, son de un talle equivocado.

***

Faltan quince minutos para las cuatro de la tarde y Elsa no dio señales. ¿Se habrá enojado porque me voy del sanatorio? La mancha de humedad ganó espacio, se expandió un par de centímetros. ¿Cuándo lo hizo? Me pregunto si puedo encapsularla, inmortalizar la figura en una única forma si la vigilo. Clavo los ojos en la mancha y me dedico a observarla. Desde que Clara me informó del latido en la espalda no dejo de escucharlo. Es como un *tic tac* de un reloj a cuerda, por momentos se apaga, pero cuando creo que ya no está vuelve a cantar: *tic tac tic tac tic tac.*

Acá estoy, nena, acá estoy. Las parturientas no me soltaban, chilla Elsa. Su tono destemplado y ese respirar corto de exfumadora silencian el latido de la espalda. Ella es un control remoto que le baja el volumen, el terror en mi cuerpo se aplaca. Mide la presión, cuando está por poner el broche al dedo índice descubre la novedad. *Por fin*

se cayó esa uña horrible. Hoy llueve, se cae el cielo. Le voy a jugar a la uña en la quiniela, dice contenta*. Pensé que ya no venías*, le digo. *Nena, si fuera por mí me pasaría el día entero en este cuarto, pero es jueves*. *¿Qué pasa los jueves?*, pregunto cargando la duda de si tendría que saberlo. *El jueves es el día que nacen más bebés, se multiplican como conejos, a veces no alcanza la cantidad de habitaciones no alcanza. ¿Para qué quieren tantos hijos?* Sube al máximo el sonido de la televisión. Las dos sabemos que será la última tarde juntas, nos hacemos las tontas.

Empieza la novela.

Escena 1: La mujer pirata viste un conjunto morado, en su cabeza un recogido forma un sombrero de pelo, le da distinción de reina. Está sentada en un sillón ajeno, no apoya la espalda. Espera. Por la izquierda entra una mujer embarazada. Muy embarazada. A punto de explotar. Las dos entran en el mismo plano.

—¿Desde cuándo viven aquí? —pregunta la villana a la persona que más desprecia: su nuera pobre.

—Desde que me casé, señora. Sé que Mauricio la engañó —responde la joven.

—Eso no importa. Es el pasado, lo que importa ahora es el futuro —dice la mujer pirata. La cámara encuadra su rostro para contemplar algunos detalles: unos aros de brillantes, los labios pintados de rojo, el parche haciendo juego con la ropa—. No será todo fácil para mí, pero haré el intento, Leonora —agrega ensayando gestos benévolos.

No le creo nada. Está mintiendo está, grita Elsa mientras se sirve un vaso de agua.

Leonora le pregunta a la mujer pirata cuál es ese intento que hará.

—Ponerme por encima de mí misma —promete. Luego clava su garfio—. Claro que Alejandro y tú no son de la misma clase…

La cara de Leonora se tensa, después pierde color.

—Yo no creo en los cuentos de hadas, Leonora. No vine aquí para fingir ser una madre comprensiva y tolerante. Vine para hablar contigo de mujer a mujer.

No confíes en ella, Leonora, es una arpía, te va a engrupir, le grita Elsa a la televisión. Es una niña inmersa en una obra de títeres

avisando a la protagonista que detrás de ella se encuentra la amenaza.

Asustada, Leonora le pregunta a su suegra si lo que pretende es obligarla a divorciarse de su hijo. La mujer pirata se levanta del sillón y se acerca sigilosa a Leonora con un caminar preciso de madre.

—Al contrario, estoy aquí para pedirte que perdones a Alejandro por este infierno que te hizo pasar —pronuncia con una dulzura impostada. Leonora la mira desde abajo, observa cómo la villana desciende hasta su nivel, sentada a su lado continúa el discurso—. Soy una mujer como tú, Leonora. Soy madre como tú. Fui esposa como lo eres tú ahora. ¿Cómo pudiste permitir una boda así, a oscuras, en secreto, a espaldas mías? ¿Por qué?

—Por amor —responde Leonora con unos ojos tan tristes que amagan diluirse.

Qué poco se quiere esa chica, pobrecita. Va a sufrir tanto, reflexiona Elsa apenada.

¿Qué pasará cuando el *tic tac* de la espalda me aturda? ¿Y si no tolero la ausencia de Elsa? Tomo un lápiz y el cuaderno apoyado en la mesa de luz, flexiono las piernas y transformo los muslos en un tablero de dibujo. Retrato a Elsa. Ella está tan petrificada con la trama de la novela que no se percata. Debo ser prudente, mi amor hacia ella puede asustarla. Peor, sentirse extorsionada a quererme. Matisse sostenía que hacer un retrato debía ser una actividad enteramente basada en principios lógicos, como construir una casa. El pintor no debe preocuparse por el lado humano. Lo tiene o no lo tiene. Si lo tiene, aparecerá en el retrato, no importa cómo, y cuanto menos sepamos, mejor. De Elsa sabía poco, casi nada. Cada línea que trazaba en el retrato era un ladrillo de la casa, su cuerpo de ballena, una construcción de cimientos fuertes, raíces indestructibles.

Primero tiro líneas verticales y horizontales, cruzo rectas para tallar el esqueleto de Elsa. Retratar a una persona sentada es más complejo porque la estructura ósea se comprime, la unión entre los huesos se vuelve introspectiva y hay que imaginar el interior del cuerpo. Estudio el perfil 3/4 de la ballena, la forma del cráneo, la circunferencia del cuello, la distancia entre los hombros, la postura jorobada, la miro para atesorar su manera de mirar.

Calculo mal las dimensiones de su cuerpo, no cabe en la hoja. La ballena azul es el animal más grande del mundo. Puede medir hasta treinta metros, pesar más de 180.000 kilos. Su corazón es del tamaño de un auto, su boca puede albergar a cien personas. Nunca vi a Elsa fuera del agua, si la encuentro en tierra firme tal vez no pueda reconocerla.

¿Qué hacés, Roberta? ¿Escribir una carta?, pregunta frunciendo la nariz. *Ablando un poco la mano para no olvidarme cómo dibujar*, miento. *Sos rara, nena eh. Ese pelo pide jabón y agua urgente. ¿Te lo vas a lavar por fin?*, me pincha. Es su estrategia para impedir encariñarse conmigo, demasiado tarde. *Juro que antes de dejar el sanatorio me baño*, le digo.

Tras la pausa comercial, Elsa devuelve sus ojos a la pantalla, denosta a la villana, se indigna cada vez que disfraza de bondad sus planes demoníacos. Yo, en cambio, la comprendo. Ahora me parezco a la mujer pirata, las dos perdimos una parte del cuerpo y debemos aprender a vivir con la falta. Su pérdida es visible, la mía está oculta. Como el dolor. El vacío es invisible. Cuando a una persona le falta un brazo, una pierna, un ojo, lo primero que una piensa al mirarla es qué le pasó. Cuál es la escena anterior. La imagen del accidente. Queremos preguntar con la impunidad de un niño, sin medir las consecuencias de la palabra.

Mentiras que diré cuando pregunten qué me pasó.
A mis compañeros de trabajo:
Me sacaron el apéndice.

Al encargado del edificio:
Una intoxicación.

A mis excompañeros de escuela:
En realidad, lo internaron a mi marido y yo lo acompañé.

A familiares lejanos:
Fractura de cadera.

A la gente chusma:
Estuve en rehabilitación.

¿Y si las mentiras no alcanzan?
Y a quienes les diga la verdad, ¿qué les voy a decir?

***

Ahora sí, se alegra Miranda al ver la nueva faja que trajo Ciro de la ortopedia. Es espantosa, color té con leche, el tono de la depresión. *Te voy a explicar cómo hacer para que quede bien ajustada, debe contener a Roberta*, le dice a Ciro. Abre la faja como si fuera un libro, acomoda la tela debajo de mi cintura, me envuelve. Un papel de regalo que cubre la fragilidad. La médica estira el lado áspero de la faja y lo hace encontrar con la felpa. Sella la coraza, apenas puedo respirar. *Vas a usarla siempre, te la sacás solo para bañarte, Roberta*. Ciro escucha, guarda demasiada información dentro de su cabeza, tiene el jopo deshecho, la paciencia austera.

Le pregunto a Miranda cómo será mi vida a partir de ahora. *Cuarenta y cinco días sin sexo ni actividad física. Prohibido terminantemente levantarte de la cama haciendo fuerza abdominal. Tenés que usar la fuerza de las piernas y los brazos. Al principio es prudente que te ayude otra persona. Dormir boca arriba, bajo ninguna circunstancia otra posición*, enumera con tono severo. *Pero yo solo puedo dormir de costado*, intervengo afligida. *Bueno, no corre más eso ahora. Es por unas semanas, te vas a acostumbrar*, desdramatiza. La quietud es llevar puesta una faja. *Durante diez días podés manchar con sangre la bombacha, no vas a usar apósitos sino algodón*, sigue explicando Miranda. *¿Y si sigo sangrando más días?*,

pregunto. *Volvés al sanatorio*. Miranda se despide, me desea suerte y un buen dormir.

Huelo otra vez sangre, callo. Transpiro y lo siento más fuerte, es un perfume que no puedo sacarme de la piel, persiste como el ajo después de ser comido. *Tengo calor, ¿podrías subir un poco el aire acondicionado?*, le pido a Ciro. *¿Más todavía?*, repregunta mientras abriga sus orejas con la capucha del buzo. Se niega a mi solicitud.

Falta una hora para que me den el alta. Cuando no queremos dejar un espacio el tiempo pasa más rápido. Es una cuenta regresiva que te va desalojando de a poco, me meto debajo de las sábanas, de pies a cabeza. Escucho la voz de mi mamá obligándome a salir de la bañera, confío en que si me sumerjo nadie me verá. En el océano somos distintos, interpretamos personajes, las personas que podríamos haber sido, las personas que quisiéramos ser. Los complejos con el cuerpo se diluyen, pierden sentido en el medio acuático. Vemos con ojos de pez. Nadie es feo bajo el agua. La monstruosidad y la belleza se fusionan, un único paisaje donde lo singular es el verdadero tesoro.

***

Caen las últimas gotas de la transfusión de hierro. Perla cierra la llave del suero, no desconecta la manguera. Se volvió una extremidad más de mi esqueleto en estos días. Observo el grano de la nariz de Perla, ella me descubre, se molesta, ninguna dice nada. Para tapar una protuberancia del rostro se utilizan los mismos conocimientos que en la pintura: si un grano está rojo hay que cubrirlo de verde. Bajar la intensidad de la furia con el color complementario, y sobre él aplicar la base. *En un rato te traen la merienda*, dice Perla.

Desde la cama veo el mismo paisaje que el primer día: Ciro sentado en el sillón. A pesar de estar cansado emana nerviosismo, sacude su pierna izquierda, corre sentado. *¿Qué me estás ocultando?*, deslizo con gesto pícaro. *Me escribió un mensaje tu*

madre. *¿Necesita algo?*, pregunto con una mirada tan fría como la temperatura de la habitación. *Se enteró de que estás internada, pregunta cómo estás*. *Respondele que voy a estar bien*, digo. Hubo un verano ventoso en el que tuve una madre dulce. Fue en aquel enero que aprendió a nadar. Durante cuarenta años se negó a ir a clases, sostenía que saber nadar no era importante ni urgente. Hasta que en un viaje familiar se aisló de nosotros tres para dedicarse a estudiar a las personas desde la pileta baja de los niños. Examinaba el nado de los turistas, buscaba la raíz de las coreografías, trataba de imitar los movimientos. Mi mamá estudiaba a los extranjeros y yo la estudiaba a ella, una extranjera más. Al noveno día se metió al mar, tan transparente como los colmillos del pez víbora. Entré detrás de ella con una cámara acuática descartable, el agua estaba tibia. Mi mamá hizo la plancha y yo nadé alrededor de su cuerpo con la precisión obsesiva de un compás. Era una guardavidas que cuidaba de que no se ahogara. Estábamos bajo la misma temperatura, compartimos el océano sin pronunciar palabra. Cuando el sol se puso tenue, mi mamá desarmó su rigidez y tomó impulso con los pies para alcanzarme, enredamos las manos. Fue una escena solo de nosotras dos. Nos sumergimos y la observé debajo del agua a través de la mirilla de la cámara, le saqué un rollo entero. Todavía conservo el álbum que protege esas imágenes: mi madre es una distorsión. Su rostro es un helado derretido, las pupilas llevan el mismo color de la piel, ojos de carne. La cabeza está fusionada al torso, el torso a las piernas, sin huesos que unen las partes, es un cuerpo sin esqueleto. No tiene luz ni sombra. La veo como si tuviera cataratas. Podría ser mi mamá o cualquier otra persona.

Desde que me operaron, la imagen de mi madre se va desdibujando dentro de mí. Veo su cara borrosa, la boca ausente. Por la noche no estoy segura de si existió o no, un animal extinto. Durante los ocho meses previos a la internación creía verla caminar por la calle, cargando bolsas al cruzar la avenida Pueyrredón. Todas las mujeres son mi madre. Cuando pienso en ella la veo como en una foto acuática. Así quedan en la memoria las personas que dejan de pertenecer a nuestra vida. A esas personas también hay que

encontrarles un lugar, ubicarlas en un sitio, para que no regresen en una mancha de humedad.

***

Elsa vuelve. Siempre vuelve. Estudio su caminar para guardarlo en la cabeza, imaginarla entrar a mi habitación cuando algo me duele. Elsa sube y baja como los caballos de un carrusel, la danza de su renguera. *Cómo voy a extrañar esta helada, nena. Vuelvo una y otra vez a este cuarto porque es el único que me ayuda con los sofocos de la menopausia*, se ríe como marrana. Ciro aprovecha que tengo compañía para ir a tesorería a pagar los gastos adicionales de la internación. *Te voy a dar vuelta, levantate la bata que te voy a aplicar la inyección en el glúteo que ordenó la doctora*, dice con voz de sargento. Me acomoda boca abajo y antes de respirar profundo clava la aguja como una espada. Grito desde las entrañas, lloriqueo.

Sacarse un dolor implica otro dolor.

No es para tanto, nena. ¿Hasta el último minuto vas a ser llorona? Elsa desconecta la manguera de la transfusión. Luego me saca las dos vías. Tira de las cintas, arranca uno a uno todos los pelos del brazo. Una sombra de la cinta queda marcada. El tatuaje de la tragedia. Elsa repasa la zona con un algodón humedecido en alcohol. La sombra no sale. El brazo lleno de moretones y lastimaduras. Geometrías de variadas formas y colores, un fragmento del cuadro *El carnaval del Arlequín* de Joan Miró. La ballena envuelve hielo en varios retazos de gasa y lo apoya sobre la piel. Quema. Un chucho de frío. Quiero dejarle algo mío a Elsa, no sé qué. Estiro la mano y toco la caja de caramelos que me trajo Iván, jamás la abrí. Improviso un obsequio de despedida. *Para vos*, le digo al entregarle la golosina. Una lágrima hace fuerza por salir, lucha para detenerla. Se sienta en la cama, me mira y pronuncia mi nombre: *Roberta*. *Roberta*. Nos quedamos en silencio.

Busco una cosa y vuelvo, dice Elsa y sale. Aparece cargando una bolsa enorme, es como una red para cazar un monstruo del mar. *Para vos*, desliza con pudor. El nailon transparente permite ver el interior del tesoro: comprimidos analgésicos, vendas y apósitos. Elsa me entrega su mundo.

Las ballenas hembras se reúnen seguido con aquellas compañeras con las que se vincularon en el pasado. Sin importar el paso del tiempo, son capaces de encontrarlas en el océano. No soy una ballena, pero confío en que Elsa podrá reconocer mi olor si vuelvo a sumergirme.

Ciro entra a la habitación, pregunta si todo está en orden. *Es un decir*, exclama Elsa mientras despliega los materiales para la curación de la cicatriz. *Te voy a mostrar cómo limpiarle la herida a Roberta*, le dice a Ciro. A partir de ahora será él quien deba desinfectar la zona. Ciro observa con los brazos en jarra, un aprendiz intentando guardar cada palabra, memoriza los movimientos de las manos de la enfermera, calcula la cantidad de gasa utilizada, la extensión de la cinta. *Prestá atención*, grita la enfermera más autoritaria del sanatorio. Ciro me mira, ríe.

Le pregunto a Elsa qué va a hacer cuando se jubile.

Cuidar de mí, responde.

Ciro deshace los moños del camisolín, me quita el traje de escafandra que cubre mi piel desde que entré al quirófano. Le pido quedarme a solas en el baño, acepta.

Estudio lo que quedó de mí frente al espejo. La imagen de una mujer anónima. La venda en el vientre interrumpe la desnudez. Observo el cuerpo como si estuviera en un museo intentando comprender una pintura del Renacimiento.

¿Qué le falta al cuadro?

Sostengo la mirada y recorro la catástrofe con las dos manos, toco cada zona de la destrucción. El territorio arrasado. Las piernas son dos escarbadientes, desapareció la masa muscular de los brazos y gemelos. La cintura se redujo más de diez centímetros, se borraron las curvas. No tengo culo, tampoco tetas. Los huesos no dejan lugar al misterio, las costillas se ofrecen, el ombligo cambió de forma. Las medusas me comieron por dentro. Quien se refleja en el espejo no

soy yo. Es la persona que seré algún día. Debo desaprender los gestos y dimensiones de la estructura anterior, olvidarla como un gran amor dañino. No hay dolor más intenso que separarse del propio cuerpo. El costo de sobrevivir es sepultar la vida que podríamos haber tenido.

Antes de abrir la ducha desarmo las trenzas que tejió Elsa. Debo desenredar los pensamientos de la cabeza. Hago el camino inverso, empiezo por las puntas y al final llego a la raíz. El pelo está lleno de reproches, recrimina abandono. Impone resistencia y el peine frena, tengo poca fuerza en los brazos para luchar contra la rebelión capilar. Un nudo al lado del otro, trabas, como el nervio animal al masticar un trozo de carne. Cae pelo muerto al piso con la parsimonia de una telaraña. El suelo se va alfombrando. Ciro toca la puerta, se asoma, pregunta si necesito ayuda. *Por ahora, no*, le digo. Doy unos pasos con cuidado hasta la ducha, sobre el cerámico hay una silla blanca. Nadie sentado en ella. Deslizo la placa de la mampara, meto un pie, después el otro. Estoy dentro de la pecera. *Carlos Fogel*. Una llovizna me masajea la frente y los párpados, el cuero se va despegando del esqueleto. Giro al máximo la perilla de agua fría, la ducha muta en una violenta cascada, transmuto en sirena. El chorro de agua golpea mis huesos, los despierta de la pesadilla, pero no del todo. Huelo sangre. Busco el jabón para engañar al olfato, inhalo, perfume a jazmín. Lo apoyo en el pecho, dibujo un oleaje hasta crear espuma de mar. Repaso el esqueleto con la paciencia de un poema. El cuello despide líquidos túrbidos, conjura más de un espíritu. El miedo sigue adherido a la piel.

La presión del agua delinea la silueta enrarecida. No es mi cuerpo, pero es un cuerpo. El océano me pertenece. La neblina avanza, una nube gigante de vapor rodea los objetos del espacio, no veo mis pies. El pelo carga el peso de un mueble cuando está mojado. Llevo el champú al centro de la cabeza, aprieto el recipiente como si fuera un pomo de acrílico y cubro de materia la línea del cuero cabelludo. Sostengo el pulso, trazo una raya perfecta. La clave es aguantar la respiración. Exhalo. Clavo las nueve uñas en el cráneo

y refriego fuerte hasta olvidar qué me pasó. Las manos vuelven a la quietud, recuerdo. Ciro grita mi nombre, desesperado. *Amor, cerrá la ducha ya, ¡inundaste la habitación! No salgas del baño, te podés resbalar*. Le aterra que me dé un golpe, pero más que una enfermera descubra la trapisonda. No es la primera vez que inundo un submarino. Ciro empuja toallas detrás de la puerta del baño, trata de evitar que el agua salga al pasillo del sanatorio. Llama a recepción, pide más toallas, logra contener el desborde. Entra al baño, lo espero envuelta en una toalla blanca. No sé cómo cubrir la desnudez sin usar la fuerza abdominal. Ciro saca de una pequeña bolsa una muda de ropa, nueva, a estrenar. Es color gris *melange*, generosa de tela. Se agacha y hace pasar cada pie por los huecos de la bombacha, la sube lento por las piernas sin depilar, el algodón me acaricia la piel húmeda. Cuando la bombacha se encaja en la cadera me asalta una descarga eléctrica. Es más erótico que te vistan que que te saquen la ropa. Dejo caer la toalla al piso, levanto los brazos, Ciro cerca el perímetro de mi cintura con la faja, tira de un extremo y sella la armadura. La escena es excitante.

Una revelación: a partir de ahora tendré sexo sin un objetivo, solo por placer.

¿Qué posibilidades no perdió mi cuerpo con la pérdida del útero?:

- Colgar la ropa en la terraza comunitaria.
- Saltar una ola.
- Hacer pogo en un recital.
- Improvisar un desprolijo *pas de deux.*
- Balancearme en una hamaca.
- Errar un penal con gracia.
- Bajar la escalera montada en la baranda.
- Imitar a la Novicia Rebelde en el pasto de cualquier plaza.
- Acurrucarme en el pecho de otro.
- Correr al churrero en la playa.
- Sacudir las latas antes de pintar un grafiti.
- Jugar al metegol.
- Marcar músculo haciendo fierros.
- Liderar el trencito en un casamiento.

¿Se puede?, pregunta la camarera tras golpear tres veces a la puerta. La mujer del uniforme fucsia ingresa a la habitación en reversa, estaciona el carrito en el lugar de siempre: en el pie de la cama. Yo no estoy dentro de ella. Veo a la camarera desde un nuevo ángulo, descubro sus zapatillas celestes, el largo de los cordones, los zoquetes blancos debajo del tobillo. Espero la merienda sentada en la silla, la espalda rígida contra el respaldo, las manos sobre la falda. La faja restringe mis movimientos, soy una figura de acción articulada. Hago el esfuerzo de no caer en la tentación, trepar a la cama, retornar con la impunidad de un insecto. Es tiempo de despegar la piel de las sábanas. Un ataque de abstinencia, los huesos buscan el colchón, quisiera zambullirme como si fuera una pelopincho. En la cama no hay peligro de caída.

Buen provecho, dice la camarera. Los alimentos tienen un envoltorio, como si fueran regalos, pequeñas ilusiones. Tres galletitas de agua, un queso untable, una mermelada de frambuesa, un paquete con vainillas, un saquito de té negro. Vajilla blanca, frágil como la salud de los enfermos, una lechera diminuta, una jarra de café caliente y otra con agua hirviendo. Esta vez no tengo los brazos inmóviles, pero me dejo atender por Ciro. Interpreto un rato más a una enferma.

Alza la jarra de café y vierte un poco en una taza honda. Corta la oscuridad con un chorro de leche, me pide que le avise y eso hago: *Suficiente, gracias.* Ciro unta con queso blanco una galletita como si fuera caviar, muerdo la mitad y le ofrezco la otra. Él abre grande la boca y clava los dientes sin preocuparse por hacer migas. Me busco en sus ojos, mi oscuridad se pierde en las pupilas negras. Un cuerpo en tinieblas. Acerco la taza a la boca, sorbo, me quemo la lengua. *Está muy caliente, hay que esperar*, le explico a Ciro. *Estamos pasados de la hora. Tenemos que dejar la habitación, amor*, me dice con tono parco. Hago de mi mano una garra y atrapo todos los alimentos sobrevivientes de la bandeja: un paquete con vainillas, una galletita de agua, un resto de queso untable, una mermelada de frambuesa, un saquito de té negro, tres sobres de edulcorante. Escondo sigilosa el motín en la mochila. Será el desayuno de

mañana. *¿Es necesario robarte el queso y la mermelada?* Hay suficiente comida en casa, me juzga. *Un souvenir*, me excuso.

No te olvides nada, me dice Ciro. Le pido un favor: *Parate al lado del suero*. Me hace caso con la condición de que después nos vayamos. *Iris está llegando con su auto*, repite. *Juntá los pies, levantá el mentón*, ordeno. Posa recto, saca pecho, toma el palo como si fuera un arpón. No sonríe, sostiene el gesto recio del marinero. Clic, saco la foto.

A medida que me acerco a la puerta dejo de ser la paciente, adquiero el punto de vista de las visitas. Miro la cama, inhalo, la funda de la almohada conserva mi olor. Estudio ese rincón, la tristeza sigue ahí. Las sábanas están abarrotadas en la punta, una comunidad de glaciares. Las masas de hielo que se formaron sobre mi cuerpo, una montaña esbelta, se deslizaron lentamente cuando abandoné el colchón. Presencio un paisaje desolado. La escena posterior a una muerte.

Escaneo el espacio que a partir de ahora dejará de ser mío. Un recorrido mental para dibujar en mi cabeza la habitación 206. ¿Podré volver cuando necesite?

De izquierda a derecha:

- Una botonera para subir o bajar la temperatura de la habitación.
- Una televisión mediana colgada de una pared.
- Una ventana tapada por unas cortinas color maíz.
- Una silla plateada de respaldo duro.
- Una cama con rejas laterales.
- Una puerta entreabierta que permite espiar la bacha reluciente del baño.
- En un cuadro de marco grueso, color salmón, la reproducción de una pintura de Kandinsky. Rojo, azul, gris, negro y amarillo. Geometrías discutiendo entre sí, formas que suplican ser admiradas. Se trata de *Círculo gris* (1923).
- Un sillón de dos cuerpos del color de la impaciencia.

■ Una guarda de ositos marrones divide al empapelado en dos, arriba blanco, abajo beige. Es un cuarto para recibir a un bebé. O para despedirse de esa escena.

La mancha de humedad tomó forma humana.

Apago la televisión, apoyo el control remoto sobre la mesa de luz. Cuando el próximo paciente encienda el aparato todavía estará clavado el canal de las telenovelas. La memoria del electrodoméstico.

Fragancias que voy a extrañar del sanatorio:

■ El café quemado por la mañana.
■ El jabón antibacteriano del baño.
■ El desinfectante agresivo.
■ El plástico de las bolsas del tacho de desechos patógenos.
■ El suavizante de los ambos.
■ El pino del limpiador líquido para pisos.
■ El champú de coco del cabello de Miranda.
■ La vainilla de la tarantela que sirven de postre.
■ El aliento a atún de Elsa.

Antes de pedirle a Ciro que me calce las zapatillas me aseguro de no olvidarme nada en el submarino, guardo en la mochila un par de remeras, el cuaderno, el celular, el *piercing* de arriba del labio. Dejo una sola cosa: la uña en el cajón de la mesa de luz. Una parte mía queda en el sanatorio. Es una forma de no abandonar el océano, seguir nadando entre las ballenas, los tiburones y los peces víbora. Sentirme protegida.

Engancho detrás de las orejas el barbijo como si fuera un *snorkel*, meto el cabello húmedo dentro de la boina roja: un gorro de natación. Avanzo de a pasos breves, Ciro me sujeta de la cintura, acompaña el movimiento. Un nado chiquito. Tardo más tiempo en salir de la habitación que en lo que me tomó entrar. La puerta está entornada, espío el comportamiento del pasillo, el desfile de caras, un ritmo agitado, sonidos me tironean de la ropa. Junto un pie con el

otro, estoy fuera del cuarto. Giro la cabeza y clavo los ojos en la parte superior de la puerta, en el centro hay un óvalo dorado con tres números: 206. Al lado, la imagen de la obsesión. Ahí estaba la figura, la imaginé por días. Ahora estaba frente a ella, un misterio había concluido. La silueta es negra, no posee manos ni pies, las extremidades no tienen filo, terminan en curva, la cabeza se encuentra separada del torso, es un esqueleto sin cuello.

Levanta los brazos, pide ayuda con la desesperación de un turista que lucha contra la corriente para impedir ser tragado por el mar. Está a punto de caer. El instante previo al impacto, el prólogo de la tragedia. Es una escena sin pasado ni futuro. Un espejo congelado. El cuadro parece quieto, pero no lo está. Las líneas alrededor de la figura comprimen y representan las fases del movimiento, los riesgos de estar vivo. No le tememos a la muerte sino al dolor. El accidente no tiene pasado ni futuro, por eso la imagen se vuelve tatuaje. Un nudo marinero hecho de pelo, escondido bajo la nuca.

Empujada por la curiosidad, interrumpo la caminata apresurada de una enfermera: *Disculpe, ¿qué significa este ícono?*, le pregunto mientras señalo el dibujo cómico del hombrecito. *Peligro de caída*, responde y sigue su marcha.

Camino en dirección opuesta al equipo médico: tiburones martillo, peces espada, ofiuras, cachalotes, belugas, delfines, tortugas, pepinos de mar. No conozco a ninguno, saludo con la mano a cada bicho de la fauna abisal. Sigo siendo una sirena, pero ahora tengo piernas. 201, 200, 199, 198, 197… un bebé por habitación. Parecen iguales pero cada llanto es único en el sufrimiento, un abecedario de la incertidumbre. Las medusas desconocen las lágrimas, la mayoría de las especies no tienen ojos.

Los recién nacidos se preparan para tener cuerpo propio, ensayan una voz. Es el precalentamiento de una cantante lírica antes de salir al escenario. Al final del pasillo se encuentra la escultura de los dos perros, el altar donde recé la mañana de la cirugía. Junto las manos, le agradezco como se hace con los santos. Subimos al ascensor, una jaula plateada. Me siento mareada, es el cambio de presión, cuesta salir del agua. Miro mi muñeca, todavía llevo la pulsera de internación. *Perchik, Roberta. 572182. 7/01/2023. 1.29.*

Una nota aguda nos avisa que llegamos a destino, la zona fótica. Debemos escalar una rampa, a pocos metros se encuentran las puertas autonómicas, la frontera entre el exterior y el océano.

Mis pies se mueven, una patada de tijera, soy un hombre rana que intenta subir a la superficie antes de quedarse sin oxígeno. Lo hago lento, porque si subo demasiado rápido el nitrógeno puede formar burbujas en el cuerpo, causar daños en los tejidos. La enfermedad de las curvas. Por eso la velocidad debe ser la correcta. Los últimos metros son los más difíciles, la ansiedad por llegar, hasta que escucho el sonido que me devuelve a la Tierra, la cabeza sale del agua. Emerjo, una niña con flotadores en los brazos que levanta el mentón para evitar tragar agua. Estoy agitada, es la adrenalina de despegar del fondo. Pataleo, revuelvo el agua con las manos, suplico que no me ataque un calambre. Recupero el oxígeno, los oídos se destapan, escucho el ruido de los autos.

Por más escondida que esté, puedo tocar el aire.

Dos miradas sobre el riesgo de estar viva

Lo último que Roberta alcanza a ver, antes de que una fuerza descomunal —un tifón que la arrastra hacia el fondo del mar— la devore, es el desprendimiento de una uña. Como en esos sueños donde el cuerpo se derrite y muta hasta volverse otro, Roberta se disuelve. La sangre irrumpe como una corriente primitiva, capaz de engendrar medusas, cardúmenes y fantasmas hospitalarios que la invaden y la deforman, mientras libra en el sanatorio una batalla que oscila entre el espanto y la ternura.

Un cuerpo puede ser territorio, océano, sanatorio, espejismo. En *Por más escondida que esté*, Roberta atraviesa la fiebre de la sangre y la metamorfosis de un útero convertido en hábitat marino, tan delirante como ominoso. La internación se transforma en un viaje al límite: su cuerpo sangra, se desarma, da a luz criaturas imposibles. Entre médicos, enfermeras y pasillos asépticos, la protagonista enfrenta la amenaza de perder su útero y la certeza de que su identidad está a punto de resquebrajarse. Pero también descubre que son los otros quienes vuelven tolerable el horror. Si una cirugía puede intervenir un cuerpo para salvarlo, Elsa y Ciro —una enfermera y un amante incondicional— atraviesan esa misma frontera: suturan, sostienen y devuelven a Roberta una forma posible de unidad.

Con una prosa que abre grietas en la realidad clínica para dejar entrar lo monstruoso y lo poético, Maia Debowicz escribe una novela que interroga qué significa habitar un cuerpo: cuáles son sus límites, sus posibilidades, sus delirios y sus peores pesadillas. Y, al mismo tiempo, cómo el cuidado, la complicidad y la entrega se revelan como los únicos antídotos frente a lo que nos acecha.

Por más escondida que esté es una exploración visceral y magnética del cuerpo: entre el dolor y la ternura, entre lo

monstruoso y lo luminoso. Una novela sobre la pérdida, la metamorfosis y la vida que insiste después de la vida.

Cecilia Fanti

Tu cuerpo sube al escenario, noche tras noche, hace su show, lo deja todo y vuelve a repetir esa rutina ya sea de local o de visitante. Confías en él sabiendo que no es infalible. Incluso le exigís más de lo aconsejable, siendo consciente de eso. Ante la primera señal de alerta, podés cuidarte con las comidas, hacer ejercicio, intentar dormir ocho horas diarias, simular tener una vida sana por un tiempo: lo que vos quieras. Y así y todo es muy posible que en algún momento tu cuerpo no vaya a poder con el rocanrol que es la vida. Que tu cuerpo te pida parar, desenchufarse, no ir a 2/20. El cuerpo tiene una forma de expresarse, de dar señales, aunque sean sutiles, y ni hablar cuando las hace bien evidentes. El cuerpo cuando no lo escuchaste y grita puede ser extremo, rencoroso, un misterio, volverse hermético al punto de tener que sacarle qué le anda pasando siendo invasivos. Y si el cuerpo no quiere hablar… preparate. A la Roberta de Maia el cuerpo se le altera de una forma propia de una película de David Cronenberg, se le va al carajo corte *La sustancia* de Coralie Fargeat, y ante la desesperación e incógnita de lo que le anda pasando, durante esa semana eterna conviviendo con la fauna de un sanatorio, ese cuerpo y su rocanrol a merced de la Vieja Cosechera y del derrape hacia la locura, ese *Body rock* y el alma de Roberta/Maia —más quienes la acompañan y soldadean— se le plantan a la muerte y a la enajenación abanderando un verso de una canción que proclama: *tengo el corazón para ganar, vos los ojos diciendo que voy a poder*. Y mierda que da pelea la Debowicz.

Leo Oyola

Agradecimientos

A Calvi, por no soltarme la mano en el inicio, desarrollo y fin de la pesadilla.

A Lucas Fauno, por hacerme reír en la oscuridad.

A mis conejos, por ser los mejores enfermeros.

A Flor Monfort, por sumergirse conmigo y evitar que me ahogue.

A la Rusa Hernández, por estar en los detalles y hacer crecer cada capítulo.

A Sabri Sosa, por su empuje y confianza ciega en mi escritura.

A todo el equipo de La Crujía, por cuidar de este libro.

A María Elvira Woinilowicz, por ser una cirujana de las palabras.

A Ceci Fanti, por escribir el texto de contratapa y la dedicación minuciosa para que mis libros lleguen a los lectores.

A Leo Oyola, por escribir el texto de contratapa y encontrar la canción precisa.

A Sebastián Freire, por ayudarme a reconocerme en las fotos.

A Hinde Pomeraniec, por las lecturas sugeridas y el amor maternal.

A Herminda Lahitte, por regalarme zambas.

A Marisa García, por enseñarme otra clase de amor.

A mi papá, por ser mi lector entusiasta.

A Nico Suárez, por reconstruir mis músculos.

A Germán Casella, por cada chiste incorrecto.

A Marto Santabaya, por ser mi muleta en los primeros pasos después de la tragedia.

A Emilse Pizarro, por ser mi cómplice y recibirme con Zucaritas.

A Juan Ferrari, por ser el amigo perfecto.

A Matías Martin, por sacar mi mejor versión.

A Clemente Cancela, por celebrar mis rarezas.

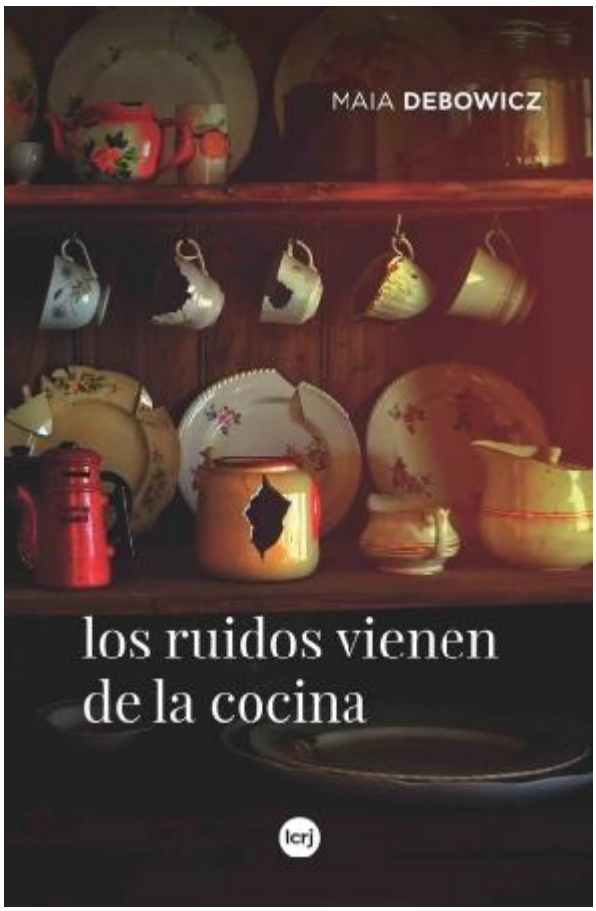
A Sol Santoro, por acompañarme al baño y nunca juzgarme.

A Carla Wais, por impedir que naturalice el miedo.

A Graciela y Jazmín, por ser una familia distinta.

A todos los oyentes de Todo Pasa que me escribieron noche y día durante la internación.

Al Dr. Manolizi, por salvarme la vida.



Los ruidos vienen de la cocina

Debowicz, Maia

9789876013819

280

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

"Nunca se sabe cuán lejos puede llegar una madre, dice Maia Debowicz en esta, su segunda novela. En una primera persona cercana y llena de descripciones vibrantes, y una constelación de personajes adorables (también odiosos, en algunos casos), la

narradora descubre el nacimiento de cinco gazapos en su casa, y de esa materia frágil y a la vez superpoderosa se arma para contar el resto. **La sensibilidad animal se vuelve un misterio** demasiado terrenal en donde se puede buscar respuestas o aniquilar esa certeza de que somos los únicos que nos cuestionamos cosas: **el instinto materno, la violencia, el romance, los ataques de celos, incluso la salud mental aparecen como espejos de lo que pasa entre humanos que creen saberlo todo**. La cocina como ámbito privado y político se ilumina en este texto porque de ahí vienen los sonidos de la niñez, como un murmullo o una música de fondo, ese lugar donde todo avanza y retrocede en el tiempo. En *Los ruidos vienen de la cocina*, Maia Debowicz narra para entender: ¿es su propia vida la que está contando?, ¿es esa su madre, ese su novio?, ¿esos sus conejos? No lo sabremos. Lo que sí sabemos es que una hija puede sobrevivir a una madre inestable y salir triunfante, y eso es mucho más que un descubrimiento, es una respiración que acompaña todo el trayecto" (Flor Monfort, del prólogo).

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El ombligo del mundo

Coria, Julia

9789876013734

104

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La única verdad es la ficción, propone Julia Coria y da vuelta el debate sobre la literatura del yo: lo único que está más en boga que la autoficción es criticarla. Discute, con ella misma, con sus alumnos, con sus colegas y más que nada con quienes se embarcan en combatir esta forma de escritura. Con la misma pasión, va

salpicando cada uno de los capítulos de este libro con **sugerencias sencillas**, no por ello menos poderosas, **sobre la experiencia, personal y de otros autores, de escribir la propia vida**: qué hace falta para detectar que el texto falla, qué o cuánta fidelidad le debemos a la vida real, en qué medida esa fidelidad sería posible o deseable, cuánto idealizamos lo anodino o nos enviciamos con detalles sin importancia más que para el autor. Hacia el final nos deja lo que ella llama su único consejo real de escritura: **si no quieren escribir una historia, no la escriban; si quieren escribirla, agarren la pala**. En *El ombligo del mundo*, Julia Coria se mete en la discusión acerca de la autoficción. Muestra sus armas, se pelea con los dichos de otros, pero siempre desde un lugar no definitivo. Duda, sigue adelante, da ejemplos y contraejemplos, vuelve sobre sus pasos. Discute. Julia Coria, discute. Y no lo hace a los gritos. Utiliza para ello su aventura personal con la escritura. También la aventura de muchos otros escritores y escritoras. Me gusta mucho lo que ha hecho" (Federico Jeanmaire, del prólogo).

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Alguien a quien contarle todo

D'Alessio, Joana

9789876013697

144

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

"¿Cuáles son los momentos que determinan el curso de una vida? *Alguien a quien contarle todo* es un libro de relatos entrelazados que funciona como una novela rota. Es, también, una indagación sobre la familia y la pareja. Las escenas y las imágenes se suceden como en una película, empujadas por una prosa feroz y musical: **un**

matrimonio a punto de quebrarse, unas vacaciones familiares en la playa que se vuelven un infierno, un diagnóstico grave y repentino, la ciudad sacudida por una corrida bancaria y dos personas unidas solo por el sexo.

Como si fueran caracoles, piedritas erosionadas por la sal y el agua del mar que se desparraman en la orilla, Joana D'Alessio recoge y enhebra situaciones cotidianas a las que les saca brillo. A medida que avanzamos de relato en relato, la voz de la narradora nos guía con gracia, humor y honestidad, por los **pasadizos secretos de la vida conyugal, el sexo, la maternidad, los duelos, la amistad, la enfermedad, la muerte**. El don de su autora es el de saber vislumbrar los destellos que irradian los materiales con los que están hechas las cosas más comunes, la belleza y la alegría que, junto al dolor de las pérdidas, se abre paso entre lo incierto y el porvenir" (Virginia Cosin).

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Lectores rebeldes y razones por las que leer vale la pena

Bialet, Graciela

9789876013802

272

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

"¿Leer vale la pena? ¿Por qué? ¿Se puede construir un lector? **¿Qué leen los que leen?** ¿Dónde? ¿Qué sentido tiene? ¿Forma lectores la escuela? No leer, ¿es un déficit educativo? **Graciela Bialet nos ofrece en este libro un recorrido lleno de**

preguntas para los lectores rebeldes, para los inquietos o incorrectos lectores seriales, **para todos aquellos que quieran pensar si leer literatura en la infancia importa**. ¿Qué literatura? ¿Qué lecturas? *Lectores rebeldes. Y razones por las que leer vale la pena* reúne una serie de ensayos y anécdotas de la autora a lo largo de su camino profesional: encuentros con escritores y con alumnos, ideas sobre el mundo y las comunicaciones, una necesaria pedagogía de la lectura, literatura infantil y abuso sexual, y una invitación final al ejercicio de la memoria.

Con sencillez, agilidad y belleza, Graciela nos sacude la modorra, esa que nos dice que es imposible tratar de luchar para que los chicos lean —que en definitiva hacemos lo que podemos en este campo minado— o que la lectura es cosa de expertos; y nos conduce a las entrañas, al meollo del asunto, para entender por qué pasa lo que pasa, para correr el velo y comprometerse" (Margarita Eggers Lan, del Prólogo).

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Tengo hasta ahí

Gattari, Florencia

9789876013833

120

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

"**¿Qué es lo infantil en un libro?** O ¿qué es un libro para niños? Florencia Gattari pregunta, ensaya respuestas, arriesga. Avanza con belleza y precisión en su propio costurero de la mente, y nos da una definición. O varias. Porque se mueve en un territorio no definitivo, en un lugar que no arrincona: el de la ficción. Para eso, Florencia

Gattari se sirve de recuerdos de su propia infancia y la de otros, de anécdotas, lecturas, conversaciones con pacientes y postales que de tanto mirar hablan: en una sala de espera, en una plaza, en un viaje a Tornquist. Inicios, Terquedades y Pasar a otra cosa son las partes que componen este libro y arman un entramado donde hacer pie o donde seguir con el devaneo, un lugar para pensar, rodear y decir aquello sobre lo que habla sin saber pero igual habla: escribir para chicos y chicas. **Florencia**, claro, no pone como ejemplo sus propios textos. **Nos trae en cambio a María Teresa Andruetto, a Graciela Cabal, a Ema Wolf, a Nora Hilb, a Alejandra Pizarnik, a Alicia Genovese**. Y entonces *Tengo hasta ahí* tiene un ahí muy amplio. ¡Miren eso! ¡Y eso! ¡Y eso!, parece señalar. Un ahí que es muchas veces otros libros. Lo más generoso que una escritura puede hacer" (Laura Wittner, del prólogo).

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)